

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 14.

NUM. 168.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

DICIEMBRE, 1902

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA
ALBERTO BARRAGAN

LA NOVELA

DE UN

HOMBRE SENSATO

(CONCLUSIÓN)

XIX

Hicimos sin detenernos el trayecto hasta Ginebra. En cuanto llegamos á esta ciudad, tomamos el vapor para Clarens.

Paramos en un hotel á orillas del lago. Nuestras dos habitaciones del segundo piso, con un balcón bajo el cual cabrilleaban las azules ondas, eran verdaderamente encantadoras. Desde nuestras ventanas veíamos las montañas que se elevaban al otro lado del lago. Los rayos del sol bañaban alegremente las dos habitaciones.

—¡Qué bonito es esto!—exclamó Olga tendiéndose sobre un amplio y mullido diván.—Deja esos baúles y ven á abrazarme...

Me estrechó entre sus brazos con pasión. El pasado revivía... A juzgar por los comienzos, podían esperarse maravillas. De pronto, retiró sus manos aprisionadas en las mías y se las llevó á los ojos.

—¿Qué tienes, querida Olga?—pregunté.

—No comprendo lo que me ha sucedido. ¿Cómo he podido abandonar á mi hija?—exclamó con voz temblorosa.—¿Cómo he tenido valor para eso?... ¡No lo comprendo!... Apenas la dí

un beso... ¡Pobre hijita mía!... ¿Cómo lo has permitido tú?... No hubieras debido... era menester decirme... no dejármelo hacer... yo estaba como aletargada...

Me costó mucho trabajo calmarla; por fin se convenció ante mis argumentos: confesó que hubiera sido una imprudencia transportar una criatura tan tierna á un país que no conocíamos.

Desde que llegamos á Clarens, consagré todo el tiempo á mi querida enferma. De nuevo compartía todas sus ocupaciones: ella lo exigía, y yo me sometía gustoso. La acompañé en sus largas excursiones por las montañas; la llevaba á las viñas y me atiborraba dócilmente de uvas, aunque no me apeteciese. La paseaba en barca; después volvía á llevarla á la montaña. Parecía recobrar la salud: su cutis adquiría de nuevo frescura y belleza; las fuerzas parecían renacer. Pero se encontraba aún muy débil, muy delgada...

Una mañana—era el 1.º de Octubre—Olga se levantó triste y quejándose de dolor de cabeza. La propuse tomar un coche abierto é ir á dar un paseo.

—No —dijo,— hoy no iré á ninguna parte... No puedes figurarte qué angustia siento, qué opresión de corazón... no sé qué presentimiento siniestro... ¡Andrei!—añadió después de un corto silencio,— haz lo que te pido, ¿quieres?... Siéntate ahí y escribe lo que te voy á dictar.

Accedí á su ruego.

—Escribe: «A Ana Gavrilovna Turtchaninof, palacio Maslovity. Envíe usted inmediatamente á Cleopatra, con su nodriza ó alguna otra persona.» No puedes imaginarte el ansia que tengo de verla. Me parece que si no la veo ahora, no la veré ya...

La miré con angustia. No había en su cara nada que alarmase de una manera particular; la expresión de tristeza que tenía desde la mañana, era un poco menor. Llamé y dí orden para que llevaran el despacho al telégrafo.

En aquel momento traían el almuerzo. Olga se sentó á la

mesa, como lo venía haciendo todos aquellos días; tomó un poco de cada plato, pero no consiguió comer la cuarta parte de lo que yo le servía.

—¡Qué mal hecho está el almuerzo!—decía.—Todo es malo hoy.

Y á partir de aquél, ya no hubo nada de su gusto. Había perdido el apetito. También desde ese día, pidió que estuvieran siempre cerradas puertas y balcones; se quejaba de frío y de humedad. Se envolvía en una gran capa, y no cesaba de estremecerse.

Al cabo de una semana, tuvimos que dejar nuestras bonitas habitaciones por otras más calientes; pero desde las cuales no se veían ni el lago ni los montes.

Diez días después del envío de nuestro telegrama, vimos detenerse un coche á la puerta del hotel. En aquel coche venía Cleopatra, en brazos de su nodriza, y á su lado... ¡Ana Gavrilovna!... La llevada de mi antigua amiga en persona, me pareció significativa: anunciaba algún importante acontecimiento.

—¿A que no me esperaban ustedes?—exclamó abrazándonos alegremente.—Pensé que sería la mejor escolta para la pequeña... Y además, hacía mucho tiempo que deseaba hacer un viaje al extranjero.

Olga se mostraba asombrada ante tanta bondad, y no encontraba palabras para dar las gracias á la excelente señora. Cogió á la niña en brazos y la cubrió de besos, estrechándola contra su corazón. Fue una verdadera fiesta. Cleopatra recibía sus caricias con complacencia: sonreía y le tendía sus bracitos. Nuestra pequeña estaba monísima y rebosaba salud. Y se parecía mucho á su madre.

Ana Gavrilovna hizo que la enseñaran en seguida las mejores habitaciones del hotel, y eligió tres muy grandes que daban á los montes. Quedó maravillada ante el panorama que se desarrollaba ante su vista, y declaró que se creía transportada á un paraíso. Como Olga estaba dedicada por completo á su

hija, pude yo acompañar á Ana Gavrilovna á sus habitaciones.

—Tu mujer tiene muy mala cara—me dijo en cuanto estuvimos solos.—Perdona si te digo francamente mi impresión. ¿Pero sabes por qué he venido?

—Estoy seguro de que debe usted tener poderosos motivos—contesté.

—En efecto. Es verdad que estaba decidida, de todos modos, á escoltar á la pequeña. La quiero como si fuera hija mía. Pero tenía otras razones para emprender el viaje... *Aquellos* llegan aquí uno de estos días...

—¡Ellos aquí!—exclamé con un grito de asombro.

Permanecí un instante silencioso, pero no tardé en tomar un partido; de ninguna manera quería volver á ver á Nadenka... No quería que mi alma fuese de nuevo tiranizada por las preocupaciones que dormían hacía algunos meses.

—¿Sabe Nadenka que estamos en Clarens?

—Lo sabe. Han vuelto á Rusia... Tú ignoras, sin duda, que han tenido un hijo... El niño murió á poco de nacer... No puedes figurarte lo que les ha afligido tal desgracia... sobre todo á Ivan Evsevitch... ¡Pobre hombre! Daba verdadera lástima... Su hijo era su retrato... Se parecían como dos gotas de agua... ¡Y cuántos cuidados le han prodigado! ¡Pobre criatura!

—Pero si ella sabe que estamos aquí, ¿cómo se le ocurre venir?

—Te diré la verdad, Andrei. Quiere verte. Me lo ha dicho ella misma cuando les he visto en Rusia: «¡Tengo tantas cosas que decirle!» me ha repetido cien veces. Unicamente para verte ha decidido este viaje.

—¡Y yo que no quiero entrevistas!... Ruego á usted que se lo diga...

—¿Cómo? ¿Te niegas á verla?—exclamó Ana Gavrilovna muy sorprendida.—Sin duda la consideras culpable para contigo—añadió después de un momento de reflexión.

—¿Culpable, de qué? ¿Quiere usted decírmelo?

—Pues... como era tu prometida... y se casó con otro...

Yo no pude menos de sonreirme.

—Ana Gavrilovna, la felicidad le ha hecho á usted cándida y ha oscurecido su memoria. Soy *yo* quien se casó *primero*. ¿Es posible que lo haya usted olvidado?... Sabe usted perfectamente que yo deseaba el matrimonio de Nadenka; que he sido, por decirlo así, el inventor del mismo.

—Eso es verdad...

—Pues si es verdad, ¿en qué puede haberme faltado Nadejda Alexsevna? Ni ella ni yo somos culpables mutuamente.

—Entonces, ¿por qué te niegas á verla?

—Porque me horrorizan las situaciones falsas. Nuestras relaciones deben ser puras. Somos ambos demasiado inteligentes para consentir en otra cosa. Pero su marido y mi mujer tienen motivos para no pensar lo mismo. Olga es muy susceptible en este punto. Harto poco tiempo la queda de vida para que yo consienta que la trísteza la amargue sus últimos días. En cuanto á Maslovity, sus sospechas podrían costar caro á Nadenka. ¿Me comprende usted, Ana Gavrilovna?

—¡Te comprendo, amigo mío!—exclamó ella con acento de sincero agradecimiento.

La idea de pagar caro las sospechas de Maslovity produjo tal efecto en la buena señora, que se puso á escribir inmediatamente á su hija. La expuso con elocuencia las razones que se oponían á un encuentro entre nosotros, y la aconsejó que eligiese cualquier otro punto de Suiza que no fuera Clarens.

No tardó en enfriarse el tiempo. Nos vimos obligados á encerrarnos al lado del fuego. Nuestra vida se concentró en las tres habitaciones que tomamos á la llegada de Cleopatra. Olga no manifestaba ningún deseo de respirar el aire exterior. De día en día veía cómo se debilitaba, y yo comparaba su vida, como otros muchos lo han hecho antes de mí, á la luz vacilante de una lámpara que se apaga.

Yo no podía salir sino para las cosas indispensables. Cada vez que lo hacía, lo aprovechaba para pasar á las habitaciones de Ana Gavrilovna. Su yerno y su hija se habían detenido en

Ginebra, por consejos de aquélla, no obstante la preferencia de Ivan Evsevitch en favor del clima de Italia; Nandénka quiso quedarse en Suiza, y, completamente esclavo de los deseos de su mujer, se resignó el viejo millonario.

Mis conversaciones con Ana Gavrilovna tenían, naturalmente, por efecto evocar los recuerdos del pasado, exhumar las reliquias sepultadas en lo más profundo de mi corazón.

Con gran sorpresa mía noté que tales reliquias estaban bastante averiadas. Me ví obligado á reconocer—¡con cuánta estupefacción!—que mis sentimientos respecto de Nadia habían cambiado radicalmente: el recuerdo de la encantadora joven no despertaba ya en mí ni transportes, ni deseos, ni siquiera el dulce sentimiento de amistad que me inspiraba en otro tiempo. Año y medio de vida común con Olga, las alegrías y las penas compartidas habían producido su efecto. El sér á quien yo quería únicamente era mi mujer; nuestra hijita estrechaba y consolidaba los lazos que nos unían. En cuanto á Nadenka, me parecía una extraña.

El breve invierno suizo pasó tan de prisa que apenas tuvimos tiempo de fijarnos en su presencia. A mediados de Febrero reinaba ya la primavera con todo el esplendor de sus flores.

—Ahora voy á poder salir á respirar—decía Olga alegre.

La naturaleza regenerada la tentaba. Yo contaba también con el efecto tonificante del aire puro.

Salimos, pues, el primer día en que mi mujer se sintió bastante fuerte. Envuelta en pieles, apoyada en mi brazo, probó á andar valientemente. Pero apenas hubo dado diez pasos, cuando se vió obligada á detenerse. El aire libre la producía vértigos. Sin embargo, se repuso en seguida y pudo continuar su paseo. Jamás había visto yo á Olga tan animada, tan amable, tan tierna conmigo. Su pecho rebosaba—decía ella—una alegría inmensa, indefinible. Cogía mi mano y la colocaba sobre su corazón.

—¡Mira como late!—decía.—¡Es de felicidad! Jamás he sentido tal deseo de vivir; jamás te he amado tanto.

Su corazón, en efecto, latía con fuerza.

En lo alto de una colina poco elevada descubrimos un sitio solitario y encantador. Olga hizo que me sentase, y ella se sentó en mis rodillas. Enlazándome con sus brazos y estrechándome contra su pecho, permaneció largo tiempo inmóvil y silenciosa. Su corazón latía irregularmente, con fuerza extraordinaria.

—¡Que diga lo que quiera! ¡Qué me importa ahora!...—
murmuró de repente.

—¿Quién, Olga?

Ivan... mi hermano. Que me desapruebe, que me censure, me es igual... ¡Moriré así, junto á ti!

Y me estrechó con más fuerza. Pero de pronto sentí que sus brazos se aflojaban; apenas tuve tiempo de sostenerla.

—¡Olga!...

Escuché su corazón; latía lentamente, con latidos casi imperceptibles. Se había desmayado. El impulso hacia la felicidad que acaba de arrebatársela había sido superior á sus fuerzas. Cuando volvió en sí, su debilidad era extrema: me ví obligado á llevarla en brazos casi hasta el hotel.

Por la noche la atacó la fiebre y una tos horrible. Envié á buscar un médico.

—Tranquilidad, ni conversaciones ni excitaciones de ningún género—prescribió.

En el pasillo me preguntó:

—¿Es su mujer de usted esta señora?

Comprendí el sentido de la pregunta.

—Sí, es mi mujer... y sé la fatal verdad—respondí.

—En ese caso, nada tengo que añadir—dijo el médico tendiéndome la mano con aire compasivo.

Volví al lado de Olga, me senté á su cabecera y me esforcé en tomar un aire satisfecho, como si el doctor me hubiera prometido el pronto restablecimiento de la enferma. Pero no lo logré, sin duda. Mi corazón se oprimía de angustia á la vista de aquella mujer, tan digna de felicidad, y que se extin-

guía casi antes de haber vivido. Al mismo tiempo examinaba mi propia vida, aquella vida cuya trama, pacientemente elaborada, se desarrollaba ante mí... El contraste impresionaba.

Olga me cogió una mano y se la llevó á la frente, que estaba ardiendo; en sus mejillas asomaban siniestras chapetas rojas.

—Querido mío... hay que dar gracias á la suerte por la prórroga que me ha concedido...—dijo con esfuerzo.—¿No he pasado ya con mucho el plazo de mi pasaporte?

Su ocurrencia la hizo sonreír. Yo me callé, incapaz de ofrecer vulgares consuelos á una persona tan segura de su estado.

—¡Abrázame!... estréchame entre tus brazos. Quiero morir dichosa—dijo después de un silencio.

Yo uní mis labios á los suyos en un prolongado beso.

—¡No, no! no me beses así... Podrías contagiarte.

Aquellas palabras me arrancaron lágrimas. ¡Pobre Olga! ¡Desdichada!

Mandó que trajeran á Cleopatra, besó tiernamente sus mejillas, sus ojos, sus manos; después ordenó que se la llevaran.

—Es preciso que no respire el aire de mi cuarto — dijo. Quiero que viva más tiempo que su madre...

Aprovechando un momento fui á ver á Ana Gavrilovna. La encontré medio tendida en un diván. Al verme dió un gran suspiro.

—¿Qué tiene usted?—pregunté.

—Estoy trastornada... completamente trastornada... ¡Nadenka ha venido á verme!

—¿Nadenka?

—¡Sí! Y la razón es grave, muy grave.

Ana Gavrilovna se levantó, se dirigió á la puerta para asegurarse de que estaba bien cerrada, y después vino hacia mí con aire de misterio.

—Has de saber—comenzó diciendo— que ayer por la mañana Ivan Evsevitch ha sufrido un ataque... Como te lo digo...

Estaban los dos sentados á la mesa; Ivan acababa de tomar una taza de té, cuando Nadenka le vió que se reclinaba brusca-mente en el respaldo de su asiento... Corre hacia él, ve que se ahoga... Llama, envía á buscar al médico. Llega éste, le palpa, le examina, le fricciona, le hace tomar una cosa... Con gran trabajo le hace volver en sí... Era un ataque de apoplejía... El peligro ha desaparecido por el momento, según parece; pero si se repite... todo habrá concluído... Tal es la sentencia del médico. Está en cama con la mitad del cuerpo paralizado... ¿Comprendes, Andrei?... Si se repite, ¡todo ha concluído!...

—Así pues, ¿Nadenka se preocupa del testamento? — pregunté bruscamente.

—¡Nadenka!... No la conoces. Es incapaz... Pero... ¿no es mi deber preocuparme por ella?

—Todo lo que usted quiera. ¿Pero de qué sirve?

—¡Andrei!—exclamó perpleja—¿no podrías inventar algo?

—No hay nada que inventar. Convenga usted en que sería difícil decir á un enfermo: «Querido amigo, como puedes morirte de un momento á otro, te ruego que hagas testamento.» Este sería el modo mejor de que testase en favor de otro.

—¡Y qué hacer entonces, Dios mío! ¿Habrá que abandonar...?

—Ponga usted su confianza en Dios; es lo único que le queda—dije con burlona sonrisa.

Después, compadecido al ver su angustia, añadí:

—Tranquilícese usted. Existe un documento que puede valer millones.

Ana Gavrilovna levantó la cabeza y me miró con avidez.

—¡Acaba!... ¿Por qué atormentarme así?

—Porque no puedo hacer otra cosa. Lo siento, pero me es imposible añadir una palabra más. Porque aun cuando es usted una mujer inteligente, al fin y al cabo es usted una mujer... El único consejo que puedo darle es éste: Vaya usted al lado de su hija y cuide usted á su yerno con toda la ternura de que es usted capaz; sobre todo, no hagan ustedes la más remota

alusión al testamento. Puede usted escribirme á la Lista de Correos, ó si es preciso, venir á hablarme en persona.

—Sea así...—dijo Ana Gavrilovna con sumisión.— Puesto que tú lo dices, debe ser lo mejor.

—Precisamente.

Media hora después marchaba á reunirse con su hija. Por mi parte, hubiera dado cualquier cosa por ir á enterarme en persona de lo que pasaba. Pero no podía dejar á Olga. La enfermedad la había hecho caprichosa é irritable; mis más breves ausencias eran un pretexto para escenas penosas. Así, por ejemplo, me hacía sentar junto á la cama, y mirándome fijamente, me decía:

—¡Cuánto agradecimiento te debo! Me consagras todo el tiempo... Me sonríes; pero leo en tu cara que me detestas... ¿No es verdad que es repugnante cuidar á enfermos?... Se comprende: son tan enojosos, tan pesados... ¡tan feos!...

Le cogía las manos, las besaba con aflicción.

—¿Qué dices, querida mía? ¿No ves lo que me ofendes?

—Sí, sí. Quieres consolarme, pero, en el fondo de tu alma, piensas: «¡Con tal de que acabe pronto!...» ¡Ya lo sé, ya!...

Separaba sus manos de las mías, se volvía hacia la pared, tapándose la cabeza con las mantas. El ruido de su tos sofocada me desgarraba el corazón.

—Y esa... esa señora de Maslovity... esa Nadenka... ¿Está aquí?—volvía ella á decir frunciendo las cejas, y con sombría expresión de odio en su mirada. Su marido se morirá... yo también... ¡Quedaréis libres!...

—¡Olga!... ¡deberías avergonzarte al hablar así!...

Es cuanto se me ocurría replicarla.

Y, de pronto, se arrepentía. Las lágrimas brotaban de sus ojos, me atraía hacia sí y me decía:

—¡Perdóname, querido mío! Eres el mejor, el más generoso de los hombres... Y yo no hago sino enojarte, y darte que hacer... ¡Perdóname!...

Así, pues, me era casi imposible ir á Ginebra. Sin embar-

go, tal viaje me parecía indispensable; el viejo, enfermo y sintiendo la muerte cerca, podía concebir algún proyecto extraño. Yo había adquirido sobre él cierta influencia: mi sola aparición en su cuarto podía tener por resultado el dar á sus ideas el curso deseado.

Con gran alivio mío se presentó un pretexto para hacer el viaje. Olga estaba descontenta del vino, y me fue fácil convencerla de que debía yo ir á Ginebra para comprarlo mejor. Le prometí además consultar con una celebridad médica. Harto sabía yo que ningún doctor del mundo podía salvarla; pero hay mentiras piadosas.

Olga consintió en dejarme marchar. Envié un telegrama á Ana Gavrilovna, rogándole viniera á reemplazarme durante algunas horas. Mi mujer encontró muy natural verla á su cabecera, porque la creía en el hotel.

—Aquel está mejor, mucho mejor—me dijo al oído mi amiga.—No se ha hablado de testamento.

Llegué á Ginebra.

Por la acogida que me hicieron los mozos del Gran Hotel, en cuanto pronuncié el nombre de Maslovity, juzgué de la consideración otorgada al millonario. Me hicieron subir al primer piso. Llamé:

—¡Adelante!—contestó la voz de Nadenka, que me pareció más profunda y más dulce que antes.

Me estremecí al oírla y necesité algunos segundos para dominarme. Pero, vencida la primera emoción, pude entrar, tranquilamente, comportándome con el respeto debido á la ama de la casa.

Nadenka estaba sentada al lado de una ventana, con un libro en la mano. A la primera ojeada ví que estaba sola. La puerta de una habitación inmediata estaba entornada.

—¡Usted!—exclamó ella con turbado acento.

Su libro rodó por el suelo, y se puso roja como la grana. Nos miramos en silencio unos momentos. Por fin se levantó haciendo un visible esfuerzo.

—Celebro mucho ver á usted—murmuró con voz insegura, tendiéndome la mano.

Se la estreché diciendo:

—¿Está mejor Ivan Evsevitch?

—Sí, muchas gracias. Precisamente hoy ha hablado de usted. Se alegrará mucho de verle. Voy á prevenirle.

Salió precipitadamente. Algunos instantes después oí la voz de Maslovity que me llamaba de lejos.

—¡Andrei Nicolaevitch! Entre usted... entre usted... se lo ruego.

Atravesé la habitación inmediata y entré en una tercera, que era el cuarto de Maslovity.

Hallé á Maslovity sumamente cambiado y envejecido. Su respiración era ruidosa y jadeante. Tenía puesta una bata ramada, y sujetaba un bastón en forma de cayado.

—¡Qué amable es usted! Tiene usted á su señora también enferma y viene usted á verme... Siéntese usted.

Le miré con atención. Lo que me dijo le había fatigado. Hice con la imaginación un rápido cálculo sobre lo que podía aún vivir... Con una ojeada por la habitación me aseguré de la ausencia de Nadenka.

—¿Sabe usted—añadió Maslovity—que precisamente pensaba en usted estos días?

—¿Sí?

—Sí. Pensaba: «Heme aquí incapaz de testar.» Afortunadamente me encuentro mejor, pero hubiera podido no ser así... podía haber desaparecido... ¿Qué hubiera sido de mi mujer y su madre si no hubiésemos tomado las disposiciones que usted sabe?... Ahora estoy tranquilo... la situación de mi mujer está asegurada...

—¿Para qué pensar en estas cosas?—exclamé en tono fingido.—Usted se restablecerá y nos enterrará á todos...

—¡No lo pienso yo así! ¿Y cómo está su señora de usted?

—Va mejor. Espero verla pronto bien del todo.

Esta mentira no fue premeditada. Tuve de pronto la intui-

ción de que era indispensable. Cuando un hombre pasa días enteros clavado en su butaca, su imaginación trabaja, ¿y sabe uno jamás lo que puede ocurrírsele?

—Doy gracias á Dios por haber tomado á tiempo mis disposiciones—replicó Maslovity, que parecía estar fijo en su idea.

Pero yo sabía bastante y resolví abreviar mi visita, tanto más cuanto que Ivan Evsevitch estaba visiblemente extenuado. Cuando me levanté para dejarle y le tendí la mano, me atrajo hacia él y me dijo al oído:

—¡No puede usted imaginarse lo niña que es! ¿Creerá usted que no me ha hablado jamás ni una palabra referente á su porvenir?... Y su madre tampoco... Me moría, lo estaban viendo, y ni una palabra siquiera... Velará usted por sus intereses en caso de mi muerte, ¿no es cierto?

Me atrajo aún más y me abrazó, dándome así una prenda inesperada de la estabilidad de sus intenciones.

—Usted es un hombre sin compasión—añadió en voz más débil todavía.—Al devolverme el cheque por mediación de mi mujer, me dió usted una ruda lección... Me ví confundido, aplastado, por mejor decir... No tuve tacto, es verdad, pero obedecí únicamente á la inspiración de mi corazón...

Le aseguré que estaba plenamente convencido de ello, y deseándole un pronto restablecimiento, salí cerrando la puerta con cuidado. La habitación siguiente estaba vacía, y habiéndola cruzado, cerré igualmente la puerta que daba á la primera habitación, en donde pensaba encontrar á Nadenka. Estaba allí, en efecto, de pie junto á una ventana, con la cabeza medio vuelta hacia mí. Me pareció muy agitada; me acerqué y le tendí la mano. Ella me dió la suya volviendo la cabeza.

—¿Qué tiene usted, Nadejda Alexsevna?—pregunté sin soltarla la mano.

Me respondió con voz entrecortada:

—No puedo responder á esa pregunta, Andrei Nicolae-vitch... Yo no sé si está bien... Si hubiera usted debido venir aquí...

—Crea usted, querida amiga, que he hecho bien. ¿Acaso no sabe usted que yo obro pocas veces sin poderosos motivos?

Y habiéndole besado la mano, salí precipitadamente. No quería prolongar una escena que en otras circunstancias hubiera podido hacer mis delicias, pero que podía ser odiosa en aquellos momentos.

Aquella breve entrevista me había bastado, por lo demás, para cerciorarme de que Nadenka estaba muy hermosa y que no había dejado por completo de pertenecerme.

XX

Apenas transcurrió una semana, cuando los acontecimientos se precipitaron. Olga, aunque comprendía que estaba perdida, no sospechaba, sin embargo, que su fin estuviese tan próximo. Vegetaba en una quietud que no carecía de dulzura, cuando de pronto sintió que la envolvía el helado soplo de la muerte. Era media noche. Un fúnebre silencio pesaba sobre el hotel. Yo dormitaba en una butaca cerca de la cama de la enferma; la vasta habitación estaba débilmente iluminada por una lamparilla. De repente me sacó de mi sopor un ligero movimiento de Olga. Me volví y quedé sobrecogido de espanto. Sentada en la cama, medio desnuda, con los cabellos sueltos, pálida como una muerta, con las mejillas hundidas, todas las facciones descompuestas, estaba horrible. Sus ojos, desmesuradamente abiertos, flameaban.

—¡La muerte!... ¡La muerte que viene!... ¡Mira!—dijo con voz ronca.

Y arrojándose contra la pared se encogió miedosamente, extendiendo los brazos como para defenderse.

—¡Cálmate, querida mía! ¡Es un sueño!—dije dulcemente. Se estremeció.

—¡No, no sueño!... ¡No ha sido un sueño!... ¡La he visto, me ha tocado! ¡Andrei! ¡Andrei! ¿Es imposible hacerme vivir

todavía un poco... nada más que un poco?... ¡Quisiera tanto vivir!... ¡Ah!... ¡Es imposible... imposible!... Nada sirve ya... ni tu amor... ni tu talento tan práctico, tan inventivo... ¿Por qué no puedes nada, Andrei?...! ¡Sacrifica cuanto posees, pero que me salven!... ¡Que me salven!... ¡Un año solamente... un mes... un día!...

Se puso á sollozar. En vano le prodigué palabras afectuosas y dulces caricias. Gimió así durante una hora. Por fin, extenuada, sin fuerzas, cayó en un sueño pesado, agitado por pesadillas. Sin duda soñaba con la muerte bajo la forma salvaje que le presta la infancia y que queda impresa en nuestra imaginación hasta la vejez, á pesar de nuestra razón: un esqueleto repugnante, con órbitas vacías, mandíbulas que hacen gestos, y la guadaña en la mano... La monstruosa imagen atormentaba su sueño. Exhalaba suspiros quejumbrosos, volviéndose sin cesar hacia la pared; á través de sus pestañas cerradas, brotaban gruesas lágrimas que corrían por sus mejillas.

Yo pasé una noche verdaderamente cruel, espantosa...

A eso de las diez de la mañana el sueño de la pobre criatura se hizo más tranquilo y más profundo. Me separé dulcemente de la cabecera y fui á ver á mi Cleopatra. El aire de Suiza ejercía una feliz influencia sobre la salud de la niña. Apenas había tenido tiempo de besarla cuando oí pasos precipitados y ví aparecer á Ana Gavrilovna, sofocada, anhelante. Entró en el cuarto como una tromba, se arrojó en una butaca balbuceando palabras entrecortadas.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!... Todavía no puedo creerlo... Déjame respirar... ¡Oh, querido mío!... ¡Oh, Andrei Nicolae-vitch!...

Estalló en sollozos. Comprendí en seguida, y el espectáculo de la desesperación de la pobre señora estuvo á punto de arrancarme una sonrisa. Pero conseguí reprimir á tiempo tan intempestiva alegría.

—¿Ivan Evsevitch?...—pregunté.

—¡Sí, el mismo!... ¡Ah, Señor!... nadie lo esperaba... Iba mucho mejor... hasta empezaba á pasearse por los pasillos... Se le creía curado... y de repente... ¡crac!... ¡Dios mío!... ¡Un hombre tan bueno!...

—Perdone usted, Ana Gavrilovna, ¿qué quiere usted decir con ese «crac»? ¿Ha sufrido un nuevo ataque de apoplejía?

—¡Muerto!... ¡Muerto, te digo!... Media hora después de empezar el ataque... Y ni una palabra; el pobre, la lengua no le obedecía... Entonces yo no pude contenerme y le dije: «¡Ivan Evsevitch! ¡Querido amigo! ¡Tú te vas!... ¿Y nosotras?... ¿Nadia y yo?... ¿Cómo vamos á quedar?» Quiso responderme, pero no pudo articular más que sílabas:

«*Bal... Bal... An... bal...*» En una palabra, ¡todo se ha perdido!

—Hum... tal vez ese «*An...*» significaba *Andrei*—dije con calma.

—¡Ah! ¡Dios mío!... ¡Tienes razón!... ¡Seguramente quiso decir Andrei Nicolaevitch! ¿Cómo no se me habrá ocurrido?...

—Y ese «*Bal... Bal...*» podría significar también...

—¿Qué?... ¿El qué?... ¿Lo sabes tú?...

—Pudiera ser... Pero no es de esto de lo que hay que ocuparse ahora. No ha hecho usted bien en venir aquí. ¿Cómo ha tenido usted el valor de dejar á Nadenka sola con el difunto? Podría caer mala...

—Bien lo sé, si... Pero no he podido contenerme... Cuando me he imaginado que sus parientes podían llegar, y echarnos, y apoderarse de todo... A mi edad tales contratiempos son terribles.

—Sin embargo, ya ha sabido soportar otros... Pero no se trata de esto... Es preciso que se vuelva usted en el primer tren. Hará usted á su yerno suntuosos funerales—bien se los ha ganado;—después esperará usted mis consejos. Pero no venga usted aquí de ninguna manera. Yo no podré asistir á los funerales: mi mujer se está muriendo... Lo principal es que no se inquiete usted.

—¡No inquietarme!

—Lo repito; no se inquiete usted. Y diga usted á Nadenka que no se inquiete tampoco.

—Ya veo que he hecho bien en venir. Me has aliviado el corazón. Sin ti no sé qué sería de mí... Me voy. Adiós.

Pasé los dos días siguientes á la cabecera de Olga. En la mañana del tercer día, completamente rendido de fatiga, después de aquellas dos noches sin dormir pasadas en la pesada atmósfera de un cuarto de enfermo, salí para respirar una bocanada de aire fresco. Me sentía á la vez, si puede decirse, agotado y sobreexcitado. Aquellas largas horas á solas con una moribunda, aquel trabajo lento de destrucción seguido paso á paso, aquella lucha desesperada contra la muerte, todo aquello me revolvía, suscitaba una imperiosa necesidad de reacción, de movimiento... una protesta involuntaria de todo mi sér. Ante aquella descomposición inminente sentía con dolor que el amor se me escapaba y me invadía la repugnancia...

Sí, lo sentía; no se puede amar á la muerte. Solamente los vivos me atraían poderosamente. Tenía necesidad de vida, de la vida sana, con su luz, sus alegres rumores, sus mil combinaciones que constituyen su fuego seductor... La actividad creadora, que dormitaba en mí desde hacía dos años, se despertaba con nuevas fuerzas, y yo caminaba aspirando á plenos pulmones el aire puro de la mañana.

Me encontraba aún á la vista del hotel, cuando pasó rápidamente á mi lado un coche con dos mujeres, en las que reconocí á Ana Gavrilovna y su hija.

Me paré en seco. ¿Iban acaso á parar en el mismo hotel que yo? No. Se detuvieron ante un hotel inmediato, se apearon y desaparecieron por la puerta de entrada.

Sin pensarlo siquiera volví sobre mis pasos, y cinco minutos después llamaba á la puerta de sus habitaciones.

—¡Adelante!—dijo la voz de Ana Gavrilovna.

Entré. Nadenka no estaba en el salón. Sin duda se estaba

arreglando un poco. Al verme acometió á Ana Gavrilovna un acceso de ternura. Me abrazó y me besó.

—Sobre todo, no te enfades, amigo mío—dijo.—Realmente no podía más... Y como no podía dejar sola á Nadenka, la he traído conmigo... No podía estar más tiempo allí... A cada momento me imaginaba ver á los sobrinos llegar y echarnos... Solamente al pensarlo me horrorizaba. No podía dormir. Aquí estamos... En tu presencia me siento más tranquila. ¿No te enfadarás?

—Sí, ¡me enfadaré!

—Pero ¿por qué?

—No hay para qué decírselo, Ana Gavrilovna, por cuanto no me comprendería usted.

—Pues bien, no lo digas. Pero no me riñas, te lo ruego.

La buena señora estaba dispuesta á aceptarlo todo de mí. ¡Con qué tierna confianza me contemplaba!... Su mirada parecía decirme:

—¡Protégeme! ¡no me dejes devorar! ¿No somos solidarios?

Se levantó, y asomándose á la habitación inmediata:

—¡Nadenka! ¿acabas pronto?—preguntó.

—Aquí estoy—contestó Nadia, que apareció en el umbral y se quedó parada al verme.

—Perdóname un instante—me dijo Ana Gavrilovna,—tengo que dar algunas órdenes.

Salió, y leí en sus ojos que se trataba de una maniobra diplomática.

Miré á la joven, que permanecía inmóvil y silenciosa en el mismo sitio.

—¡Nadia!—dije lentamente,—¿desea usted que me retire? Dígame usted una palabra, y la dejo para no volver más.

—¡Quédate!... ¡quédate, Andrei!...—exclamó ella precipitadamente.—¡Tengo tantas cosas que decirte, que explicarte!...

Me acerqué á ella, y cogiéndole las dos manos, la llevé hacia una ventana. Durante largo rato, la miré insistentemente en sus ojos azules.

—Dime, ¿te rebelaste mucho contra mí?... ¿Me has detestado mucho?

—¡Sí, Andrei, sí!... Pero en seguida tuve horror de mí misma. Comprendí que tú habías hecho todo aquello por mí. Me abrumó la vergüenza. Deseaba ansiosamente verte para decírtelo. ¿Pero sabes tú, Andrei, lo que sobre todo quiero confesarte, porque no cometeré la baja de ser hipócrita contigo? ¡Que tenías razón!...

—¿En qué?

—En lo que has hecho. Yo tenía sed de lujo, de riqueza. No hubiera podido soportar la pobreza, ni aun contigo.

—¿Entonces has sido dichosa?

—No quiero mentir: ¡no he sufrido! Hemos visitado toda Europa. Todos esos nuevos espectáculos me entretenían. Diariamente veía cosas extraordinarias, disfrutaba de todos los lujos. ¡Ah! me encontrarás muy egoísta, muy indigna quizá. Pero te debo la verdad.

La contemplé en silencio. ¿Qué podía echarle en cara? ¿No era ella mi discípula? Y si, por casualidad, no me pareciesen demasiado «sanas» las ideas de Nadenka, ¿á quién culpar sino á mí?...

Rechinó una puerta en la habitación inmediata. Era Ana Gavrilovna que volvía. Nosotros continuábamos de pie, junto á la ventana; una ojeada bastó á la madre para comprender que estaba hecha la paz. Se arrojó con transporte en mis brazos; después se puso á besar á su hija.

—¡Oh, queridos míos!—exclamó.—¡Qué fortuna al ver que ya sois amigos!

Me despedí, censurándome por haber permanecido tanto tiempo lejos de mi pobre Olga. Ana Gavrilovna me siguió al pasillo.

—Andrei Nicolaevitch—me dijo con acento de súplica,—no me dejes tanto tiempo en esta incertidumbre. Dime cuál es, en suma, nuestra situación. ¿Somos ricos, ó nos quedamos en la calle?

—Me extraña, Ana Gavrilovna, encontrar á usted tan impaciente... Perdóneme... tengo prisa...

Y me dirigí á la escalera.

—¡Malo, malo!...—dijo ella amenazándome amistosamente con un dedo.—¿Quieres privarme del sueño?

—La saludé desde lejos y salí. Solamente algunos pasos me separaban de mi hotel. Al acercarme, ví á tres ó cuatro criados que estaban en la puerta mirando á todos lados con inquietud. En cuanto aparecí, el mozo que nos servía de ordinario se separó del grupo y se adelantó corriendo á mi encuentro. El presentimiento de una catástrofe me hizo latir el corazón.

—¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido?—me apresuré á preguntar.

—¡Oh, señor! le estamos buscando por todas partes hace mucho tiempo.

—¿Qué hay, en nombre del cielo?

—La señora está muy mal... La señora ha llamado; la han encontrado casi sin conocimiento... No ha podido decir más que «¡Mi marido! ¡Que llamen á mi marido!» Se ha enviado á buscar al doctor...

Aparté á aquel hombre y subí apresuradamente las escaleras. Desde el fondo de nuestra habitación se escapaba un gemido débil y continuo. Entré en el cuarto. A la cabecera de la cama, el doctor, de pie, con aire grave, tomaba el pulso de la enferma. Olga respiraba con muha dificultad. De sus labios pálidos se escapaba un tenue ronquido. Me acerqué silenciosamente.

—¿Qué ha tenido?—pregunté en voz baja al médico.

Se volvió hacia mí con aire de compasión.

—Un acceso de vida un minuto antes de la muerte—murmuró con un movimiento de desaliento.

Se retiró al cabo de un momento.

Me incliné hacia mi mujer... Creí sentir en su respiración el hálito de la muerte... Dulcemente pasé mi mano por su frente. Alzó los párpados, me reconoció y sonrió.

—He sentido que me iba... Tenía miedo de morirme sin ti... Te he llamado... ¡Andrei!... Esto va á acabar muy pronto...

Me costó trabajo reconocer aquella voz ronca, debilitada, extraña. Hablaba anhelosamente.

—¿Quieres ver á nuestra hijita?—le dije.

—¡Ya lo creo que querría!... Pero no puede ser... El aire está aquí envenenado... Que viva ella, la pobre pequeña... Andrei, querido mío, dame tu mano... ¡Así!... ¡Quieres á nuestra hija!... Enséñala á hacer feliz... Yo... lo aprendí demasiado tarde... ¡Es preciso que me jures una cosa, marido mío!...

—¿Qué quieres que jure?...—pregunté, estremeciéndome. Presentía lo que iba á decir.

—¡Jura que no te casarás... con Nadejda Alexsevna!...

Yo tenía mis ojos fijos en los suyos, sin responder.

—¡Júramelo!... ¿Me lo juras, Andrei?...

Cada segundo de retraso en mi respuesta era una nueva tortura para la desgraciada, ¡y sin embargo yo vacilaba!... ¡Minuto espantoso! ¿Exigía verdaderamente la piedad aquella mentira?

La mirada de Olga me atravesaba el corazón.

—¡Lo juro!...—dije por fin.

Ella cayó hacia atrás, con el rostro transfigurado. Con esfuerzo cogió mi mano y se la llevó á sus labios helados. ¡No, no leía en mi alma...! Con los ojos fijos en mi cara trataba de sonreír; yo tenía entre mis manos la suya, fría y temblorosa.

—¡Háblame!—murmuró ella;—dime algo agradable...

Se ahogaba. Su mano se helaba cada vez más; en su rostro, alargado, desfigurado; en el fondo de sus ojos hundidos, leía un esfuerzo desesperado para reanimar aquella llama de vida vacilante, aunque no fuese más que por un momento. Yo hubiera querido consolarla á cualquier precio... Pero, angustiado, desesperado, no sabía qué decirla. Ella vino en mi ayuda.

Cuando viniste á verme... aquella tarde...—dijo ella con débil sonrisa.

Comprendí que deseaba que le recordase los incidentes de aquella tarde en que fue mía. Me incliné.

—Tú estabas sola... El agua hervía en la tetera... Yo la puse sobre la mesa... Hice el té... Te serví una taza...

Me detuve: un sollozo me cortó la voz.

—¡Sigue... sigue!—murmuró ella, estremeciéndose.

Sus ojos estaban muy abiertos; una sonrisa más dulce se dibujaba en sus labios. A medida que yo hablaba, recordaba con más claridad todos los incidentes de aquella noche... Al recordar la divina sensación del amor compartido, regresaba á una ilusión de vida...

—Bajamos al jardín—seguí diciendo.—Caía la noche... Sobre el fondo azul del cielo se iban encendiendo las estrellas... Las olas del mar murmuraban dulcemente cerca de nosotros... Nos sentamos juntos...

—¡Oh Dios! ¡oh Dios...!—gimió ella.

—Después te enfadaste conmigo... No querías hablarme ni mirarme... Mirabas á lo lejos... Yo te miraba á ti... Estabas hermosa... Me levanté, te cogí la mano y te dije que te amaba... Entonces caíste en mis brazos... Fuiste mía...

De repente, Olga dió un grito, é irguiéndose con una fuerza inesperada, me echó los dos brazos al cuello.

—¡Cógeme en tus brazos!... ¡Llévame! ¡Sálvame... Andrei!

Su angustia hacía daño. Cogí su pobre cuerpo entre mis brazos. Mis lágrimas caían ardientes sobre sus cabellos. Con un postrer impulso cogió mi cabeza entre sus débiles manos, y fijando en mí una mirada que me penetró hasta el alma:

—¡Tu juramento!... ¡tu juramento!... —murmuró con voz sofocada, espantosa.—*¡No te atrevas!... ¿oyes?... ¡No te atrevas!...*

De pronto se puso rígida entre mis brazos y cayó en la cama con un grito ronco.

Estaba muerta. Su última alegría había sido el recuerdo de la felicidad que yo le dí. Y si esa felicidad no fue más que una ilusión, ¿qué realidades hubieran valido más para ella?

XXI

Los tres primeros meses que siguieron á nuestro regreso estuvieron dedicados á los negocios.

Ana Gavrilovna adivinó bien. En cuanto los sobrinos y otros parientes supieron la muerte del millonario, acudieron llenos de arrogancia. Pero sus ilusiones fueron de corta duración. El notario Baluteky presentó el documento que tenía en depósito; Nadia fue proclamada heredera universal de Maslovity, y los pobres parientes hubieron de retirarse cabizbajos, con las manos vacías.

Cuando los asuntos terminaron, dije á Nadenka, en presencia de su madre:

—¿Me permitirá usted ahora, Nadejda Alexsevna, que la ofrezca mi mano y mi corazón?

Nadia se contentó con sonreír, porque nuestro matrimonio iba de por sí; pero Ana Gavrilovna creyó de su deber el protestar:

—¡Casarse tan pronto! ¿No sería conveniente esperar un año por lo menos?

Una mirada le impuso silencio, y declaró en el acto que no insistía.

Dos días después de mi petición de pura fórmula estábamos casados. Entre las numerosas residencias de Maslovity elegí la que habitaba el difunto. Era una hermosa casa situada en el centro de la ciudad, y que yo arreglé muy bien con algunos adornos de mi gusto, y suprimiendo algunos relojes. Nadia y yo nos establecimos en el primer piso, con mi hijita, á la que cada vez quería más. En el segundo se instalaron Ana Gavrilovna y la anciana tía de Olga. Aquella pobre mujer continuaba su existencia somnolienta; la muerte de su sobrina no la causó ninguna impresión.

El hermano de Nadenka no vivía con nosotros. Era doctor

en Medicina desde hacía algunos meses, y le iba ya admirablemente en D... Víctor era otro hombre; el «demonio» que le atormentaba había sido exorcizado. El exaltado joven de otros tiempos era ya un hombre moderado, que entendía muy bien el arte de hacer carrera. Apenas en posesión de su título alquiló una casa suntuosa, caballos, un carruaje, y después abrió consulta.

Yo no encontré á Kremtchatof en su antigua morada, y nadie pudo indicarme su paradero. En cuanto tuve tiempo me dediqué á buscarle. Dí con él, con gran asombro mío, en una casa de pobre apariencia, en un mezquino cuarto. Estaba sentado ante un papel pautado. Cuando entré levantó la cabeza, y al reconocermme, se puso en pie más que de prisa.

—¡Usted!... ¡Qué sorpresa!... ¿Cuándo y de dónde ha llegado usted?—exclamó abrazándome.

Mientras contestaba á tales preguntas, preguntábame yo á mi vez cuál podría ser la causa de aquel cambio de fortuna. ¿Cómo se encontraba Kremtchatof en aquella miserable habitación?

—¿Está usted solo?—le pregunté.

—No; aquí tiene usted mi compañero.

Y me indicó un niño que dormía en su cama.

—¿Y dónde está María Nicolaevna?

—¿En dónde?... Lo mismo sé yo que usted... No conmigo... Es todo lo que puedo decirle.

—No comprendo—repliqué;—pero tal vez sería indiscreto preguntarle á usted más.

—Sería indiscreto en cualquier otro. Pero con usted tengo absoluta confianza. Estoy arruinado, amigo mío. No me pregunte usted cómo ha sido, porque no sabría decírselo. Yo no pienso jamás en el dinero cuando lo tengo... Contaba con mi ópera. Si la hubiera escrito, me hubiese producido por lo menos tres mil rublos... Pero en aquella época yo no estaba inspirado... En suma, que llegamos al último céntimo... Cierto que mi suegro nos ofreció ayudarnos... Pero yo no tengo cos-

tumbre de vivir de parásito... Me negué y dije á mi mujer: «Querida, como no tengo recursos para mantenerte, eres libre.» Y me quedé solo con el niño...

—Es original—dije para consolarle.—Pero para mí, comprendía que toda aquella historia era inventada.

Más adelante supe la verdad acerca de la separación de los esposos Kremtchatof. Estos, en efecto, se habían comido todo el dinero aportado en dote por María Nicolaevna; pero la causa de su separación tenía raíces más hondas. Parece ser que desde el día de la boda, Vassili quiso imponer sus «principios» á su mujer. Le prohibió los teatros, los bailes, todas las diversiones; llegó hasta prohibirla que viera á sus antiguas amigas, esperando crear con tales procedimientos el tipo de la «mujer ideal». Para colmo, la obsequiaba de la mañana á la noche con sus lucubraciones musicales, haciéndola oír diez veces seguidas los trozos de sus composiciones.

Todo esto marchó en los primeros tiempos; pero á la postre, María Nicolaevna se reveló. Comenzó á vivir á su antojo, y un día se escapó con otro, dejando al niño al cuidado de su marido. En cuanto á éste, á pesar del ultraje y la traición de su mujer, no tardó en experimentar un vivo consuelo desempeñando con sus amigos el papel de un original satisfecho de su situación.

—¿Y usted? Hábleme de sus asuntos. ¿Está mejor Olga Mikailovna?—me preguntó Kremtchatof.

—¡Ha muerto hace tres meses!

—¡Muerta!... ¡Pobre mujer!

—También ha muerto el marido de Nadejda Alexsevna.

—¿De veras?

—Y ahora Nadejda es mi mujer... La antigua amistad tiene sus derechos, ¿no es cierto?

—Sí... sí, era de esperar: siempre dije yo que habían nacido ustedes uno para otro.

Pedí á Kremtchatof noticias de Machurini; pero no pudo darme sus señas. Afortunadamente mi antiguo camarada vino

á llamar á mi puerta, ¡pero en qué estado, Dios mío! con el rostro abotagado, la mirada vaga, sucio y raído.

—¡Querido amigo! ¿qué tiene usted?—le pregunté estrechándole amistosamente la mano.

—El diablo lo sabe. Tal vez un trago de más...—contestó, dejándose caer pesadamente en una butaca.

—¿Tiene usted algún pesar?

—¿Algún pesar? No... ¿Qué pesar puedo yo tener? Soy solo... No tengo obligaciones...

—Entonces...

—No sé. Comencé por tomar copitas aquí y allí... en casa de los amigos... como pasatiempo más bien... Y ahora es un hábito... No puedo deshacerme de él... Es triste... ¿Pero qué quiere usted? Si tuviera algún interés... algo... pero no tengo nada...

—¿Y cómo vive usted? ¿Tiene usted clientes?

—¡Oh! no serán los clientes los que vengán á buscarme... Corrijo pruebas en un periódico de poca circulación... De eso vivo...

Me compadecí, y resolví sacarle de su miserable situación.

—Si tuviera usted clientes, ¿trabajaría usted?

—Sí, ciertamente... un trabajo seguido tal vez me regeneraría; pero para empezar se necesita dinero...

—Yo se lo daré.

Todo confuso protestó al principio; pero no me costó gran trabajo convencerle. Aceptó inmediatamente un centenar de rublos que le ofrecí para vestirse decentemente, y salió de mi casa rejuvenecido. Volvió por la noche con un traje nuevo, que me permitió presentarle á mi mujer y á Ana Gavrilovna, y le entregué para su instalación diez mil rublos, que inscribí el mismo día en mi libro de salidas con este epígrafe: «Gastos para los amigos».

En cuanto á Velitzky, no vino á verme; le encontré en la calle.

—Sí, sí, conozco la noticia—exclamó con risa sardónica...—

La conozco... Según parece es usted millonario. ¿Ha arreglado usted bien sus negocios, eh?

—Y me felicito de ello—le dije con calma.—¿Debía acaso arreglar los de usted?

—Los míos, no. Pero hay bastantes miserables cuyos negocios están más embrollados: ¡entre estos debía usted distribuir sus millones! Si obraran así cien millonarios sería la solución de la cuestión social.

—En cuanto me hayan dado el ejemplo noventa y nueve, tendré mucho gusto en ser el centésimo—respondí sonriendo.

Me dejó con aire de soberano desprecio.

Tres días después se presentaba en mi casa. Presentí lo que le traía.

—¡Vengo á buscar á usted para un asunto muy grave!—dijo.

¿Ha encontrado usted una nueva solución de la cuestión social?—pregunté.

—Tal vez... Vea usted, necesito un terreno para mis relaciones con el público. Cuando se tienen convicciones, tiene uno el deber de transmitir las á los demás. Es preciso que pasen de boca en boca, á fin de aumentar el número de los hombres de ideas, de los luchadores, de los apóstoles... He resuelto, pues, casarme y abrir un *restaurant*. Parece que le sorprende á usted... ¿No ve usted que todos mis clientes serían adeptos míos... El hombre es más impresionable, más accesible á la verdad cuando está comiendo... Así, pues, es asunto decidido y usted debe contribuir á la obra.

—Es decir, ¿dar á usted dinero?

—Precisamente. Está usted en el deber de hacerlo.

La exigencia suena mejor que la humilde súplica. El tono de Valitzky me agradó. Era, por lo demás, sincero, creo yo, al pensar que con el fin de hacer propaganda quería establecer el *restaurant*. Claro es que había otra cosa; que el deseo bien legítimo de hacer fortuna, era un verdadero móvil; ¿pero qué me importaba á mí si prefería darle otro nombre?

Inscribí, pues, otros diez mil rublos en el capítulo: «Gastos para los amigos».

Por aquella, recibí una carta del hermano de Olga:

«Señor: Como después de la muerte de mi hermana se ha vuelto usted á casar, y su mujer le ha llevado una gran fortuna, estoy seguro de que le será á usted fácil asegurar la suerte de su hija. Dadas estas circunstancias, ¿no le parecería á usted justo transmitir la pequeña propiedad de Olga, á fin de que pueda consagrarla al mismo uso que la mía, es decir, á la causa de los débiles y de los oprimidos? Honrará usted así la memoria de la muerta, porque Olga hubiera consagrado á tal causa todas sus fuerzas y todos sus recursos si ciertas influencias desfavorables no la hubiesen desviado.»

Sin recoger la censura que contenía la carta, contesté lo que sigue:

«No tendría nada que objetar contra su proposición; pero, según la ley, la tierra de que me habla usted es la propiedad enajenable de mi hija. Tal vez no tendrá usted inconveniente en aceptar el valor de esa tierra, que estimo en veinte mil rublos. Puede usted, en tal caso, percibir la suma dicha en las oficinas del Banco C..., en donde la he puesto á su nombre.»

Diez días después me avisó el Banco que el hermano de Olga había cobrado aquel dinero. No dudé ni por un instante que no lo emplease en las necesidades de su causa.

Mi cambio de fortuna sirvió, por lo tanto, para mejorar la suerte de varios conocidos míos.

Solamente Kremtchatof no quiso nada.

—Llegaré... llegaré—me decía á menudo con convicción.

—No lo dudo. Pero, mientras tanto, acepte usted lo que le ofrezco é instálese un poco mejor—le decía.—Cinco, diez mil rublos... ¿quiere usted?

—Entiendo, entiendo. Usted no sabe qué hacer del dinero. Pero yo no soy un saco en donde se meten las cosas que estorban.

—Toma usted mal lo que le digo... Me devolverá usted ese dinero cuando se arreglen sus cosas.

—No... no..., muchas gracias: ya pasaré. Pronto estará concluída mi ópera, y me dará por lo menos tres mil rublos... Y después comenzaré un gran cuadro que me valdrá cuatro ó cinco mil...

No había medio de sacarle de allí.

—Estimo la amistad de usted — me respondió finalmente.

Y no insistí más.

Mis días se deslizaban rápidos y prósperos. Dueño de una gran fortuna, ocupado en intereses importantes, en libertad de atender á mis amigos, en camino de llegar á los honores, casado al fin con la prometida de los primeros años, tenía motivos para considerarme dichoso, bendecir el presente, y si alguna vez recordaba el pasado, considerarle como muerto, enteramente muerto, y como pobre en todo caso, comparado con mi condición actual.

Una catástrofe repentina vino á desgarrar el velo de mis ilusiones y á ilustrarme en aquel punto.

Un día estaba en mi despacho, ocupado con mi secretario en cálculos financieros. Mi mujer entró bruscamente.

—Perdona--dijo.—¿Podrías venir un momento? No te alarmes así. No es nada grave...

Estas últimas palabras respondían á mi repentina palidez, á mi mirada asustada.

—¿Qué ocurre?—pregunté con un grito de angustia que no pude reprimir.

La rápida intuición de un desastre me había herido en el corazón.

—¿Qué sucede á mi hija?

Una nube pasó por el rostro de Nadia. Cleopatra encarnaba á los ojos de mi mujer un período de mi vida, del que estaba celosa. Viéndome pasar horas enteras hablando á la niña, acariciándola, y notando que cada día la amaba más, no sabía

ocultar su despecho, y me decía á veces con amargura: «¡Cuánto quieres á esa criatura, Andrei!»

—Tiene un poco de fiebre. Nada, á lo que parece, para que te pongas así...—respondió Nadia con alguna frialdad.

Solté mis papeles y corrí al cuarto de mi hija. Habíase apoderado de mí un terror sin nombre, una especie de espanto profético. La niña estaba agitada y febril. Envié á buscar al médico, y el cuarto de hora que pasé al lado de la enfermita esperando que viniera, fue un período de verdadera tortura. Acariciaba sin cesar la frentecita de la pequeña; cogía sus manos entre las mías, consultaba su pulso: me parecía que el calor y la fiebre aumentaban por instantes. Por fin llegó el doctor y apreció un comienzo de sarampión. Mal benigno del que los niños triunfan por lo general... ¿Por qué entonces aquella invencible angustia que me clavó al lado de la cuna?...

Pasé días y noches de aquella manera. El mal empeoraba: á cada instante se hacía más grave, más de cuidado... En vano Nadenka trató de arrancarme de allí; me excitó á tomar algún descanso, me suplicó que la cediera el puesto. Permanecí sordo á sus ruegos: concluí por rechazarla casi con rudeza. Se retiró pálida, dirigiéndonos á la pequeña y á mí una mirada sombría. Yo experimenté en mi angustia una especie de alivio. La vista de mi mujer me inspiraba en aquellos momentos un sentimiento penoso, casi hostil. Me parecía que luchando sólo contra aquella insaciable muerte, tendría más fuerzas, porque no podía creer—¡era tan imprevisto, tan cruel!—que quisiera segar aquella tierna flor.

¡Ay! Así debía ser. La hija de Olga no estaba en condiciones de soportar los rudos asaltos de la enfermedad. Murió.

Al regresar de confiar á la tierra el cuerpo de mi hijita encontré á la tía, y la vista de aquella mujer de vida tan tenaz me causó horror. Yo había enterrado á Olga en su primavera; enterré á mi hija, tierno capullo apenas abierto, y aquel sér caduco, inútil, indiferente, resistía á todo.

Desesperado, me refugié en el cuarto desierto, y allí, cerca

de la cunita vacía, comprendí ¡cuánto había perdido, qué poco me quedaba!

En aquellas horas de amargura, de aflicción, las cosas se me presentaron bajo un aspecto diferente. ¿Qué valían tantos esfuerzos, tantas ambiciones, tantos cálculos, tantos planes, tantas ingeniosas combinaciones? El verdadero bien había sido dos veces sepultado por mis manos. Todo lo que yo había realmente querido, mi Olga, mi hijita, me lo había arrebatado el negro pasado...

¿Qué era Nadenka para mí? Una mujer bonita que se casó con un viejo por su dinero... ¡Oh injusticia!... Yo mismo la empujé y no sabía perdonarla.

En una palabra, yo no amaba á Nadia. La que yo amaba, llamándola con la desesperación de mi voz impotente, era Olga, mi dulce compañera, confiada y tierna. Olga, de la que fui la grande, la única pasión. Yo la acepté más bién que elegí; creí encontrar en ella un amor de transición, una felicidad de paso, y ¡he aquí que era ella la verdadera, la única amada! Desde que comenzó la enfermedad de nuestra hijita, la imagen de Olga me apareció real y palpitante. Allí estaba aún delante de mí, con su mirada triste y dulce que parecía decirme: «¿Y tu juramento?»

¡Oh mi dulce Olga; desde las puras regiones en que moras y en donde la simple palabra dada vale más que un pacto solemne, me miras sin duda compasiva!... Yo me arrastro por la tierra, en un mundo donde los contratos no tienen valor sino cuando están suscritos en papel timbrado...

¿Pero soy yo el que se abandona á esas inútiles lamentaciones, á esos morbosos sentimientos? ¡Yo que me he vanagloriado siempre de ser un hombre práctico, sensato; un hombre, en fin, de «ideas sanas»!... ¿voy é entristecerme en los momentos en que he alcanzado el objeto perseguido con tanta tenacidad? Además, ¿para qué? La situación que me he creado me posee, me envuelve á su vez: no lograría emanciparme de ella.

Marchemos; la vida de todos los días va á reclamar sus derechos. Me pondré de nuevo la máscara: mi mujer verá siempre en mí un marido amante; mi suegra, un yerno modelo. Enterraré en lo más hondo de mi corazón el desencanto que le oprime, cerraré los ojos resueltamente cuando la imagen de Olga se alce ante mí, y ¡quién sabe! tal vez, un día, dejará de visitarme.

POTAPENKO.

POETAS AMERICANOS

PAGANA

No os ofendáis, señora,
Porque esta vez á vuestro oído llega
El verso amante del que en vos adora
Las formas puras de la estatua griega.

Dejad que en mi alma esculpa
Vuestro perfil olímpico de diosa,
Con cinceles de amor. ¡No, no es mi culpa
El que yo sea artista y vos hermosa!

Arte soy, vos belleza:
Y dejaros de amar fuera un ultraje:
¡No grabaré mi nombre en la corteza;
Pero quiero dormir bajo el follaje!...

¿No os place el aura leda?
A mí me place vuestro dulce acento,
Que una música eólica remeda
Desmayada en las ráfagas del viento...

¿No os place ver el cielo?
A mí ver vuestros ojos, en que late
Génesis de relámpagos al vuelo
Con temblores de espadas en combate...

¿No os place, en fin, la estatua
Que en el museo artístico descuella,
No neciamente desdeñosa y fatua,
Pero como segura de ser bella?

A mí me place el firme
Molde en que se vació vuestra hermosura...
¡Bajo el golpe traidor, quiero morirme,
Como César, al pie de una escultura!

Por eso, ya que en vano
Os quisiera estrechar, de ardores lleno,
Dadme ese traje que ceñís tirano
En que resalta vuestro ebúrneo seno.

Hundiera en él mi frente;
Y aspirara, con ansia voluptuosa,
El perfume impregnado que se siente
Como una tibia emanación de rosa...

¡Sí! Yo os quiero mirar, señora mía,
Desnuda al fin, correr por el bosque:
¡Ninfa desnuda de la selva umbría,
Mi propia sombra os servirá de traje!...

JOSÉ S. CHOCANO.

Lima.

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

EL ROMANTICISMO.—LA CRÍTICA BAJO EL CONSULADO Y EL IMPERIO.
—LOS «IDEÓLOGOS».—EL MOVIMIENTO CIENTÍFICO.—LA CRÍTICA ROMÁNTICA: SU RELATIVA ESTERILIDAD.

En la rigurosa acepción de la palabra, y tal cual hoy la comprendemos (rebasando de lo *formal* y penetrando ó aspirando á penetrar hasta la esencia), la crítica literaria en Francia nació bajo el Consulado, y tomó vuelos en un período de aridez en que el brotar de las facultades creadoras parece ahogado por la acción violenta, la guerra, la conquista. Coincide, pues, el incremento de la crítica con la atonía de la invención; es la crítica otra fuerza gubernamental, y llega el momento en que Napoleón, desde su altura, ase lo que después se llamó *escalpelo*, y borrajea, con el laconismo voluntarioso que caracteriza su estilo, el artículo contra la Staël.

Impulsada ó enfrenada por la potente mano que todo lo regía, la crítica tuvo dos fines: contener y reorganizar. No la veremos presentir el romanticismo, pero sí refrescar las memorias del áureo siglo xvii, y alzar un templo á Racine, con objeto de arrasar el de Voltaire y Diderot, la obra de la Enciclopedia.

Coadyuva á este desarrollo de la crítica el ya definitivo establecimiento de la prensa periódica, afirmada como lo que realmente es, vista por ojos sagaces: resorte de Estado, un arma de que disponen los poderes. La Revolución se había hecho sin prensa, al menos sin prensa *normal*: diarios libelos

rabiosos, asimilables á arengas de club y á canciones callejeras, es lo que se leyó en aquellos formidables años. Afianzado el régimen nuevo, los periódicos se inundan de críticos; un estreno, una novelita, una traducción, un epílogo, un almanaque, son pretexto para llenar columnas. La acrimonia de las «guerras de pluma» del siglo XVIII se temple; prevalecen formas cultas; en vez del puñetazo jacobino, la picadura de la avispa. Es la misma lid, son los «dos siglos armados para combatirse» de Manzoni; pero distintas las armas.

Conviene no olvidar el influjo de un hombre que, antes y después de la Revolución, á través de tantas vicisitudes y en medio de crisis morales profundas, primero *filósofo* y luego penitente,—sostuvo su cátedra literaria. Por su condición especial, La Harpe es el tipo del crítico profesional y militante de quien se maldice allí donde tres escritores se reúnen. Chiquitín, irascible, á la greña con los autores, satirizado, apaleado en la calle, silbado en el teatro, La Harpe fue quizá el último *bel esprit*, el postrer ingenio limitado, adobado, recortado,—y, con todo eso, el primer *impresionista*, para quien, ante la emoción estética, son letra muerta reglas y leyes. El ídolo de su mocedad era Voltaire; la revelación de la belleza, en su vejez, Chateaubriand y *El Genio del Cristianismo*.

Con frecuencia la capa del crítico agresivo y reparón, género La Harpe, sirve de tapadera á un encomiasta ó detractor interesado. A La Harpe es fuerza reconocerle en sus arremetidas y en sus panegíricos la sinceridad. No fue él ciertamente, fueron después los románticos, quienes erigieron la admiración incondicional en doctrina. La Harpe no incurrió en idolatría: corrigió á Voltaire, corrigió á Chateaubriand, ofreciéndose á señalarle los defectos del *Genio*, y, conservando las bellezas tan sólo, convertirlo en obra impecable. Era por naturaleza catador y medidor, experto y contraste, como nuestro injustamente desdeñado Hermsilla. Otro mérito de La Harpe es haber iniciado en su patria ese estilo de crítica tan genuinamente francés, que instruye deleitando. Los amenos y

doctos cursos de literatura de La Harpe en el Liceo Marbeuf abrieron estela infinita de enseñanza, de crónicas, de folletos, de conferencias públicas. Llámese á esto vulgarización, tintura, lo que se quiera... ¡Ojalá pudiese existir aquí! Sería marca de un nivel del cual distamos infinito.

Al morir La Harpe, los críticos son legión. Observemos, sin embargo, que no podremos nombrar á ninguno cuya talla se acerque á la de Taine y Sainte Beuve. Tampoco encontraremos al escritor de chispazos geniales en estética, al Diderot. La crítica es minuciosa, los críticos medianos, entendidos, hasta sabios y eruditos,—pero de vuelo corto, y ni aun capaces del pertinaz apasionamiento literario de un La Harpe.

Más que el arte, en realidad, les importa la política, el interés de actualidad de los sucesos. No se han estrechado las distancias ni borrado los matices, y discuten desde su terreno así los monárquicos del *Memorial* y *La Cuotidiana*, como los republicanos de la *Década*. El famoso *Journal des Débats*, «que habló cuando todos callaban», poseía brillante personal de redacción, en que descollaban el infatigable Geoffroy, fundador de la crítica dramática, á quien tantos disgustos acarreó la *Zaira* de Voltaire; censor insistente y duro, acusado hasta de venalidad por sus víctimas; enemigo jurado de la tragedia «filosófica», y en general del siglo XVIII: el caballeroso Feletz, que representa en la crítica de entonces el buen tono y la delicadeza, el clasicismo elegante, y que hasta por su enfermedad de la vista en los últimos años, sufrida con extraordinaria ecuanimidad, me recuerda á Valera; Hoffman, escritor concienzudo y de independiente criterio, muy acertado en sus críticas de las novelas de Walter Scott,—y otras bien cortadas plumas que hicieron del periódico una potencia, logrando inquietar al vencedor de Europa. En en el *Mercurio*—que contaba á Chateaubriand entre sus colaboradores—escribía Fieveé, importante personaje político, ingenio cáustico, á ratos novelista; Michaud, á quien conocemos como historiador, uno de los periodistas monárquicos más activos, y dotado de sutil

discernimiento crítico (cuando le leían algo nuevo, era forma de crítica hasta su tos); Fontanes, poeta estimable, que creía (¡error curioso en vísperas de la explosión poética y lírica del romanticismo!) que todos los versos «estaban hechos ya», y sólo confiaba, para la renovación literaria, en la prosa, siendo su ídolo, en lo pasado Racine, Chateaubriand en lo presente, y objeto de su antipatía y blanco de su malignidad, el britanismo y el germanismo de la autora de *Alemania*. Fontanes, como Fieveé, subordinó la literatura á la política, que entonces lo llenaba todo. El Emperador se captaba á los escritores para estrujarles, y hasta la Restauración no existe, en las esferas del poder, respeto á los fines propios del arte y las letras.

La crítica del Imperio estaba, además, vendada como los Cupidos de las alegorías. Ni á olfatear llegaba lo inminente; sólo veía á la Enciclopedia y al clasicismo enzarzados. Feletz proclamaba abiertamente el reinado de la crítica como corolario del orden establecido y la autoridad consolidada, sin presentir que en la crítica tronaría pronto el anárquico verbo del romanticismo. Declaraba Feletz, en su discurso de entrada en la Academia, que la crítica era «un curso de principios literarios, filosóficos, religiosos y morales», y tenía el cargo de adoctrinar á una generación nueva, la cual, durante la tempestad revolucionaria, «había olvidado todo, sin que nada aprendiese». No cabe formular más categóricamente la aspiración *social*, y á tiempo vinieron los antisociales románticos, con su provechosa acción devastadora.

Contra estas tendencias á la reorganización estética y filosófica, saltando por cima del siglo XVIII, hay un núcleo que continuaba la tradición de ese siglo, el grupo de los que bautizó el Emperador, á quien molestaban infinito, con el nombre de *ideólogos*, y que hallaron refugio en varios *salones* ó tertulias intelectuales. La historia literaria no puede prescindir de recordar á este grupo, aunque en él escaseasen los literatos propiamente dichos cuanto abundaban los sabios y los pensadores. Según observa, con su perspicacia acostumbrada, Bru-

netière, si el movimiento literario que se inicia va á desenvolverse, no sólo fuera, sino contra las tendencias del grupo, la literatura y la estética que han de suceder al romanticismo y prevalecer desde mediados del siglo XIX acá, del grupo arrancan. Los *ideólogos* son precursores de la crítica y la novela experimental, del positivismo y las doctrinas evolucionistas aplicadas al arte.

Del romanticismo eran enemigos innatos aquellos rezagados de la Enciclopedia, reunidos en casa de la Marquesa de Condorcet y de su hermana la viuda de Cabanis. Partidarios de Voltaire y d'Alembert contra la influencia de Rousseau, tan decisivamente romántica, nadie, ni aun los agrios censores del *Journal des Debats*, podía mirar con menos indulgencia á René y á Corina. En Chateaubriand les importunaba el neo-cristiano; en la Staël, la exploradora que descubría y ensalzaba una mentalidad tan opuesta á la de Voltaire y su escuela como la mentalidad alemana y anglosajona.—Contábanse entre los ideólogos Saint Lambert, «espíritu frío, hueco y vano», ya viejo entonces y entregado á los goces de la mesa; el abate Siéyes, temprano impugnador de Rousseau, demoledor profundo, obrero de igualdad, inventor de una razonada teoría de arte social; aquél que, bajo el Terror, resolvió el problema de *existir*, y que calificaba á Francia de «nación de monos con laringe de cotorras» y á Chateaubriand de «sacamuelas». (No temos de paso que la impresión producida por Chateaubriand sirve en aquella época de piedra de toque.) Otro resuelto impugnador de Chateaubriand, dentro del grupo, fue Ginguené, que le conocía mucho y había platicado con él largo y tendido; en cambio tributó á la Staël plena justicia y la defendió de los brutales ataques que *Delfina* suscitaba.

No olvidemos á Laromiguiere; en él encontramos la gran influencia filosófica que domina al grupo, el sensualismo más ó menos radical, imperante bajo la Revolución. No es Laromiguiere, último discípulo de Condillac, el único de los ideólogos que merecería detenido estudio, si aquí cupiese. La-

romiguere, profesando y escribiendo, supo desenvolver, corrigiéndolos, los principios de Condillac, de un modo que arrancó á Víctor Cousin el párrafo más entusiasta acerca del encanto de su estilo y la atractiva lucidez de su explicación. «Muchos, al escucharle, creían que su cerebro se abría á la luz por primera vez.»

Aunque pudiésemos limitarnos á nombrar como de paso á otros ideólogos, á De Gerando el experimentalista, á Garat, á Daunou—secretario póstumo del siglo XVIII,—al mismo Maine de Biran, que pasó por el grupo y después se apartó de él, siguió otros rumbos afirmando su originalidad, ¿cómo no recordar un instante, al lado de las salientes personalidades intelectuales de Destutt Tracy y Cabanis, una figura literaria, no diré que tan eminente, pero tan característica como la de Volney?

Adviértase, ante todo, que Cabanis, procedente de Diderot, es el primero en quien comprobamos el influjo que sobre el movimiento literario estaba destinado á ejercer el científico; en él madurga este influjo por medio de Stendhal, que fue ahijado intelectual suyo y de Destutt Tracy; y obsérvese cómo, merced á la dirección que prematuramente siguió Stendhal, un escritor contemporáneo de Chateaubriand no parece sino que ahora está vivo. Aparte del contacto establecido por el autor de *La Cartuja de Parma* entre el pasado y el porvenir, no hay esferas que parezcan más divergentes que las del arte y la ciencia en la primera mitad del siglo XIX.

Grande amigo y correligionario en filosofía de Cabanis fue asimismo Volney, célebre entre los devotos asustadizos y los impíos baratos. ¿Quién no conoce por su reputación, aunque de fijo no las haya hojeado, *Las ruinas de Palmira*? Lo que pocos recuerdan ya, si llegaron á enterarse, es que el autor de esa novela, que hace juego con los canapés rematados por cabezas de esfinge y los relojes de sobremesa mitológicos, y cuyas huellas he encontrado hasta en países de abanico—era un lingüista, un cronologista, un orientalista, un sabio, en suma,

recriado á la sombra del Barón de Holbach y en la tertulia de la esposa de Helvecio. En sus venas corría, pues, la negación, y dentro de su alma no podían producirse esas efusiones que en otros exégetas más disolventes—Renan, por ejemplo—son el desquite del sentimiento y de la poesía religiosa.—Renan es un fenómeno *romántico*.

Volney inauguró la serie de los viajes á Oriente; precedió en Egipto y Siria á los ejércitos de Bonaparte, en Palestina á los altos personajes románticos como Lamartine, á los piadosos peregrinos del neo-cristianismo, con asaz diferente espíritu; para encontrar, no emociones ni reliquias, sino—como Dupuis, como Destutt Tracy—el *origen de todos los cultos*, y confundirlos en una sola superstición. En su estilo, cuando narra viajes, se advierte la seca concisión preconizada por Stendhal; en las *Ruinas* el tono enfático del arte *Imperio*... aunque el Imperio efectivo, cuando aparecieron las *Ruinas*, andaba lejos aún. Si Volney viene á cuento aquí, es por lo significativo de su papel, tan adverso á lo que fermenta en las entrañas de la literatura. Como todos los ideólogos, era Volney decidido impugnador de Rousseau, y uno de los que con más sensatez atacaron sus utopías sobre el estado de naturaleza. También Rousseau sirve de piedra de toque para conocer la repulsión al romanticismo, fenómeno más universal de lo que parece, producido por causas que radican en lo íntimo de la nacionalidad, la raza y la historia, y que explican lo breve del triunfo del romanticismo, en cuanto escuela literaria.

Testimonio convincente de lo que afirmo, de esta instintiva repugnancia, anterior al período en que la escuela incurrió en extravagancias y exageraciones que la comprometieron, lo hallamos en la opinión de hombre tan competente como Pablo Luis Courier, el célebre *panfletista*. Nadie menos admirador de la grey de escritores *elocuentes* que iba á surgir con Chateaubriand, que el que decía: «Desde el reinado de Luis XIV, no se ha vuelto á escribir en francés. Cualquier

mujercilla de entonces sabe más de eso que los Juan Jacobo, los Diderot, los d'Alembert, y sus contemporáneos y sucesores. No valen nada, no existen en cuanto hablistas.» Ante el inquieto hervor y el fresco brotar de los nuevos ideales, ante la prosa de Chateaubriand, ante los versos de Lamartine, Pablo Luis Courier afirmaba impávido: «Nuestro siglo carece, no de lectores, sino de autores.» «No hay cinco en Europa que sepan el griego, pero hay menos aún que sepan el francés.»

A despecho de los que creen que un idioma si llega á cierto grado de perfección se ha de cuajar en mármol y bronce, y cuando todavía Víctor Hugo no pensaba en lanzar su famosa diatriba contra la aristocracia de las palabras, los privilegios y castas en el lenguaje, alborotaba el cotarro la *Neología* de Mercier, y estaba realizándose la obra desamortizadora del idioma—no sin protestas, escándalo y aflicción de los puristas.—La Revolución, que tocó á todo, no perdonó al lenguaje: introdujo palabras nuevas, crudas y sanguinarias, con brutalidad de comadrón que introduce el forceps, y entre escorias y barro sembró flores, como, por ejemplo, los nombres de los meses en el calendario republicano. Lo que Mercier y Domergue quisieron realizar de un modo reflexivo y sistemático—romper los moldes clásicos del idioma—hízolo por instinto genial Chateaubriand. Innovador en algo que va más allá del vocablo y del giro, que llega á lo hondo—innovador porque llevaba en sí la oculta raíz de la transformación, la raíz romántica,—Chateaubriand hizo tabla rasa de leyes y preceptos, gramática y estilo, conveniencias y costumbres, horripilando á los hablistas conservadores. Ginguené, Morellet, Hoffman, se velaron la faz; Geoffroy exclamaba: «Los vándalos del idioma son los escritores», mientras La Harpe, alarmado pero subyugado, aplaudía.

Sin que se otorgase á su obra ese tributo de curiosidad que suscitan los debates literarios, los hombres de ciencia dilataban sus conquistas. También el movimiento científico revestía, desde el Imperio, caracteres distintos de los que presen-

taba en el siglo XVIII. En este, bajo la gloriosa dictadura de Newton, florecieron sobre todo las matemáticas, la geometría, la astronomía; el XIX descendió de los espacios y las abstracciones á lo concreto, lo humano, lo terrestre; prosperaron los estudios que tocan al problema de la vida: química, física, paleontología, geología, fisiología, psiquiatría, biología, antropología; y, con el mismo carácter práctico, las ciencias morales y políticas, precursoras del gran movimiento sociológico, entrelazadas aún con la utopía, pero ya tanteando para encontrar el suelo firme de la experiencia. ¿Cómo extrañar que la ciencia propendiese á hacerse, de especulativa, práctica y aplicable? Los acontecimientos apremiaban; las guerras comenzaban á adquirir base científica. Desde la Revolución fue preciso ahondar é inventar para que la nación se defendiese: se inventó el telégrafo aéreo, la aerostación militar, se perfeccionaron los sistemas de fabricación del acero y la pólvora; el cálculo y la geometría se aplicaron á la estrategia y la táctica.

Siempre que consideramos la labor de Francia en cualquiera de los órdenes de actividad, tenemos que rendir homenaje á este gran pueblo y proclamar su alta hegemonía entre los latinos; más que nunca, si atendemos al impulso y desenvolvimiento brillante de su energía científica, antes estimulada que contrariada, al parecer, por tantos trastornos políticos y sociales. Los nombres que solemos repetir los extranjeros son los literarios, olvidando á la falange científica, cuyo ascendiente sufrimos sin embargo, cuyos beneficios disfrutamos, cuya acción es decisiva hasta para los artistas y pensadores. Laplace con su *sistema del mundo*; Gay Lussac aislando los cuerpos simples; Larrey con sus aplicaciones del galvanismo; Bichat cimentando la histología; los atrevidos exploradores de Africa, Oceanía y América; los Bory de Saint Vincent; los Levaillant; y—prescindiendo de los utilísimos secundarios—Lacepède, Lamarck, Geoffroy Saint Hilaire, Cuvier, dando por varios estilos cuerpo á la contemporánea filosofía de la naturaleza, se apoderaron del siglo. Quien trate de explicar-

se cómo, á pesar de bien probadas semejanzas etnográficas y psíquicas, nos hemos quedado tan atrás de Francia, analice el movimiento científico, más aún que el artístico y literario. La chispa artística puede lucir en un erial, pero una generación de sabios no brota sino en suelo preparado y fértil.

Aprestábase ya la ciencia á invadir los dominios del arte. La erudición histórica, la historia literaria, hermana de la crítica, desamortizada y arrancada de la pacífica celda de los benedictinos, se difundía en las cátedras, en el libro y hasta en la Prensa; las *Revistas* no tardarían en ser institución. Abrían ya los estudios de orientalismo y egiptología vastos horizontes; se revelaban el sánscrito, la escritura jeroglífica, los poemas indios; se estudiaba la Edad Media, las fuentes poéticas, los orígenes del idioma, su verde frondosidad de selva gala. Bajo estas influencias, un historiador romántico—un Thierry,—un novelista—el propio Walter Scott,—cultivan el documento y la fidelidad de la reconstrucción de tiempos pasados. La imaginación sufre á la vez freno y acicate. Nadie calcula que la fuerza de las corrientes arrastrará al siglo y subyugará á la estética también; que concepciones enteras del arte, métodos de crítica vigorosos, Balzac, Flaubert, Sainte Beuve, Taine, el naturalismo, los parnasianos, procederán, no ya de la emoción lírica, sino de la ciencia.

El romanticismo de escuela, á pesar de haber incluido en su Código leyes que más tarde aceptó é hizo suyas el naturalismo (identificación del arte con la vida, exactitud en el color local y en la pintura de los *medios*, la verdad como base artística, cosmopolitismo, libertad, indiferencia de los géneros, ó sea *nominalismo* literario), se situó aparte y fuera del movimiento científico, fundándose en el sentimiento. Ni la verdad, ni la vida, ni el color local de los románticos, eran lo que luego entendimos por tales palabras; y si ya de Voltaire en *Zaira* y de Racine en *Bayaceto* puede afirmarse que buscaban á su manera el color local y no acertaron con él, tampoco en *Hernani* ha de verse un acierto. Inscribió también en sus cánones

el romanticismo mucho de lo que después se imputó al naturalismo como triste innovación: la estética de la fealdad, la intrusión en el arte de lo más vil y deforme, la exhibición al sol de los andrajos de la miseria moral y material. Es curioso recordarlo, antes de reseñar lo poco que debe la crítica al romanticismo; apenas hay principio de los que proclamó que no le haya sido robado, si exceptuamos el lirismo, el exaltado individualismo, el grito de anarquía.

De esta tendencia proceden la fuerza y la flaqueza del romanticismo; por eso perdura y retoña, por eso se descompuso y disolvió en cuanto doctrina con tanta rapidez, á pesar del arranque y brío de sus jefes, del ambiente propicio, de la complicidad de la historia, y por eso apenas tuvo crítica, ni críticos propiamente dichos. Lo más lucido de la crítica francesa, desde 1820 hasta 1850, forma en las filas del clasicismo ó de ese romanticismo mitigado, *objetivo, girondino*, á cien leguas de la extrema izquierda; y cuando críticos de la altura y la sagacidad de un Sainte Beuve se alistaban en las huestes románticas, no tardarán en pasarse al enemigo.

Para el vulgo, una doctrina ó una escuela la representan episodios ruidosos, como el estreno de *Hernani*, ó caprichosas fantasías de artistas, como las visitas del Cenáculo á las torres de Nuestra Señora á la luz de la luna. Lo sobreagudo,—lo que se refleja en las costumbres, la tizona, el chambergo, el vampirismo, la palidez funeral, las mujeres etéreas é incomprendidas, los amantes que entran por la ventana,—eso entendieron los alarmados filisteos que era el romanticismo; y todavía se representan en España piececillas que satirizan ese romanticismo, emancipación muchas veces enfática, otras sincera, del sentimiento. Aún hoy, el sentido más general que se da al adjetivo *romántico* (aunque no lo consigne nuestro deficientísimo *Diccionario de la Lengua*),—es el de un modo de ser en que las nociones de lo real están sometidas á los estímulos desarreglados del sentimiento y de la fantasía. Es decir, que la multitud (patrocinando, sin saberlo, una definición crítica)

no conoce del romanticismo sino el aspecto subjetivo y sentimental.

Por su esencia, la crítica es forma literaria que insensiblemente camina á situarse en el terreno de la razón y de la realidad; reconociéndolo nos explicamos por qué es tan escaso el número de críticos románticos puros, y por qué la crítica romántica es negación, es polémica, es ironía, es proclama revolucionaria, nunca *juicio*. Los autores, en el agitado período de 1820 á 1830, se improvisan críticos para exponer sus teorías, defender sus creaciones, arrasar lo que les cierra el paso; lo más significativo de este momento son los manifiestos y programas literarios, de los cuales es tipo y modelo el prefacio de *Cromwell*. Víctor Hugo, que al principio, durante su etapa legitimista, había sufrido el influjo del clasicismo, apareció innovador cuando eligió la escena por campo de batalla. En Hugo, como en la inmensa mayoría de sus contemporáneos, el fondo que puede llamarse crítico es mero desarrollo de las ideas de la *Staël*, glosadas, más que acatadas, por el autor de *Hernani*. De su propio código crítico no fue esclavo Víctor Hugo; y nadie ignora, si ha leído un primoroso trabajo de mi amigo Morel Fatio, publicado aquí mismo, con qué desenfado trató Hugo á la exactitud histórica y al color local que preconizaba. Más adelante, cuando ya se acercaba á su Patmos, al islote desde el cual relampagueó, Víctor Hugo lanzó una idea que le pertenecía: la del poeta como vidente, profeta y guía de los pueblos. ¿Nos atreveríamos á llamar á esta idea crítica? ¡Líbrenos Dios! Si hay un temperamento anticrítico, es el de Víctor Hugo; si hay una negación total de la crítica, es el desatado ditirambo de Víctor Hugo á Shakespeare, y en general á los que califica de genios, reforzado con la invectiva contra los que se atreven á tasar la admiración, á intentar discernir lo que es realmente bello y grande (á la crítica, en suma).

«Pedantes... no encerréis vivos en vuestras jaulillas á las águilas y á los grifos. ¿Creéis que el vuelo genial se mide por

vuestro metro, y que el pensador os ha de consultar, bedeles literarios, abates del buen gusto?» (1).

Sin embargo, tal cual fue la crítica de Víctor Hugo, y aunque se le pueda regatear hasta el nombre, su energía excitadora no ha de negarse. Con más sensatez y acierto, Lamartine y Alfredo de Vigny no alcanzaron á agitar los espíritus, cuando manifestaron lo que entendían por renovación literaria. En opinión de Lamartine, era la restauración del espiritualismo y la ruptura de artificiosas trabas; según Vigny, el contenido filosófico de la poesía. Ambos grandes poetas, en realidad, al exponer tal doctrina, se exponían á sí mismos. De Teófilo Gautier, cuyas donosas sátiras contra la tragedia francesa («Honrada nación—escribía—¡qué heroísmo el tuyo ante el aburrimiento!») no contribuyeron poco al triunfo del drama romántico, sólo afirmó su originalidad dentro de la escuela al desgarrarla con un cisma profundo, estableciendo la doctrina del arte por el arte; en cuanto al romanticismo melenudo, Gautier, que se reía de él con pagana risa, le sirvió, no escribiendo crítica, sino luciendo en el teatro un chaleco rojo.

Y en efecto, si convertimos la vista hacia los primeros tiempos militantes de la escuela, vemos que su propaganda es, como hoy se diría, por los hechos, no por la discusión ordenada en que se rebaten argumentos y se encadenan raciocinios. El Cenáculo, que se reúne en casa de Víctor Hugo, es un aquelarre de artistas independientes, atraídos por el olor de la pólvora, por la magia del motín. Son los Petrus Borel, de melena frondosa é inculta, mofadores de la calvicie clásica; son escultores, dibujantes, pintores, poetas, ó vagos que ni aun emborronan,—con un pie en la bohemia y otro en el Olimpo.— Al leer el anuncio de una tragedia de Racine afectan encogerse despreciativamente de hombros; y cuando no tienen que hacer, que es á menudo, se entretienen con diabluras, piden rizos de pelo á los porteros en nombre de princesas enamoradas, y en

(1) Víctor Hugo: *El Asno*.

suma, desahogan travesando la savia juvenil,—porque el romanticismo fue en gran parte fenómeno de aurora.

No por eso hay que desconocer su magnitud. No midamos la trascendencia del romanticismo por la índole de su crítica en momentos dados. Al romanticismo también la crítica debe vibraciones no extinguidas todavía hoy. Sin compartir las exageraciones del Cenáculo, impregnadas de romanticismo están las inteligencias de los que encontraron nuevos rumbos, los Fauriel, los Sismonde de Sismondi, los Remusat, la gran trinidad intelectual de Villemain, Guizot y Cousin. Con fuerza expansiva incomparable, á todas partes llegó el romanticismo.

Entre los críticos románticos podríamos contar á Nodier y á Janin. El primero, antes que crítico, es un humorista delicado, un amigo de los románticos que, á ser ambicioso, podría llamarse *precursor*; su criterio es el de Fauriel; la poesía popular le parece cien veces superior á la clásica; Perrault le gusta más que Homero. El segundo es un delicioso cronista, *tejedor de aire*: sobre lo insignificante sabe tender gasa de oro. A pesar de sus campañas en pro del romanticismo—iniciadas cuando la escuela llegaba á su apogeo—ve claro muchas veces Janin, y no se le escapan los absurdos del teatro romántico: así como Dumas reconoció la superioridad de *Marion Delorme* respecto de *Hernani*, Janin la de *Ruy Blas*. Dentro de la escuela misma surge la protesta de la razón: la encontramos en las *Cartas de Dupuis y Cottonnet*, en la *Balada á la Luna* de Alfredo de Musset, en los *Jeunes France* de Gautier. La crítica de Janin fue la de un bohemio ático, semi-realista.

Una de las regiones fértiles del romanticismo es la explorada por Fauriel, Sismonde y Raynouard. Discípulos y amigos de la Stäel, penetrados del sentir alemán—aunque en parte á Fauriel, y sobre todo á Sismonde, le correspondió el papel de traer al romanticismo desde las nieblas germánicas al sol del Mediodía,—ahondaron en la erudición para remontarse hasta las sacras fuentes tradicionales. Según Fauriel, no existían los

siglos de oro, no era advenido el clasicismo. La génesis de toda belleza no artificial estaba en la Edad Media, en la gesta, el apólogo y el misterio, en los cruzados, en los trovadores, en Dante, en Lope de Vega. Más que Víctor Hugo con sus alardes democráticos, desestancó la poesía Faurel, de quien fue alumno y continuador (con menos erudición y mayor lirismo) Ozanam. Uno de los puntos de vista luminosos de Faurel, es su apreciación del carácter instintivo y espontáneo de la poesía.

Magnin y Vitet, románticos templados, pertenecen al número de los que eslabonaron al romanticismo con la tradición *gauoise*, de la cual al pronto pareció enemigo. Vitet es más crítico de arte que literario, y como nuestro Quadrado, su romanticismo adquirió forma arqueológica: no pocas reliquias del pasado en arquitectura le deben su conservación. Es elocuente tal aspecto del romanticismo; nada análogo encontraremos en el naturalismo, y para que otra vez nos subyugue el pasado, tendrá que revestirse de forma simbólica y aparecerse en sueños como Hector á Eneas.

Carlos de Remusat, el autor de *San Anselmo* y de *Abelardo*, es otro romántico delicado y moderado, procedente de la Staël. Erudito, filósofo, doctrinario, le asiste la templanza de la sabiduría. Su campaña en favor de la transformación del teatro y contra la tragedia clásica, nos le revela ansioso de que aparezca el genio, la «imaginación independiente y fecunda, á quien obstáculos, opiniones y costumbres no podrán detener». Pero el pensador que existía en Remusat corrige ya su propia doctrina, al aconsejar así á la juventud: «No os empeñéis en perseguir un *no sé qué* más grande que vosotros mismos ó que vuestra época: si porfiáis en correr tras algo grande, al menos sabed *qué*.» Clara censura á las vaguedades declamatorias de la escuela.

De los románticos, Sainte Beuve es el único que podemos llamar á boca llena crítico. Su nombre, en vez de declinar, va subiendo y emparejando con los más venerables. Sólo le haría competencia dentro de la escuela, Stendhal; pero no sin causa

exclama un docto escritor francés: «Stendhal es un romántico *sui generis*.» La teoría romántica de Beyle, fundada en el placer y en el éxito, es un rezago del sensualismo filosófico en que su inteligencia se educó; y no obstante, la apoteosis de la energía de Stendhal es romántica neta, forma estética de individualismo, muy vividera, de porvenir. En conjunto, Stendhal es realista, y ni aun en ese instante de la juventud en que nos arrastra el ideal ajeno, puede contársele entre los afiliados, ni merece el nombre de *sectario* que le arrojaron á la faz.

Mas se dejó llevar Sainte Beuve en un momento dado, rápido, no olvidado nunca. En el sagacísimo ecléctico permaneció siempre bastante del poeta tísico y soñador que creyó ser un día. Analizándose á sí propio, Sainte Beuve, en 1857, lo decía: «Mi conversión al clasicismo no ha sido nunca tan completa como se creyó. De que me haya detenido ante las consecuencias extremas de ciertos principios, no se sigue que renunciase á ellos... Si me pusiesen á prueba, se vería resucitar al hombre de ayer. No soy ni seré jamás sino un semi-convertido.»

De Sainte Beuve tendremos que volver á hablar despacio; hoy sólo conocemos á *José Delorme*, el concurrente al Cenáculo, el amigo íntimo de Víctor Hugo, el secreto enamorado de Madama Hugo, el que compartía lirismos y nostalgias y se preparaba á sufrir aguda crisis religiosa y sentimental. El servicio que Sainte Beuve prestó al romanticismo fue de erudito, enlazando al Cenáculo con la Pléyade, y buscándole genealogía y antecesores en la misma entraña de la nacionalidad, en el *Cuadro de la poesía francesa en el siglo XVI*. Ya entonces, el analítico inflexible que existe en Sainte Beuve reprobaba las contorsiones del lenguaje, la impotencia de la expresión, lo extraño de la jerga romántica, el mal gusto ingénito de Víctor Hugo, á quien calificó de *naturaleza bárbara*. Fue el propio Sainte Beuve quien extendió á la escuela la papeleta de defunción, reseñando la *debácle* de 1830: los románticos desertando de las letras por la política, ó cambiando de pro-

grama y adoptando otros cánones, sin otra excepción que algunos «ilustres incurables». Frase de las más cortantes que conozco, entre la variada colección de las que la retórica enseña á pulir, para que se claven directamente en el corazón.

Muerta la crítica romántica, enterrada al parecer, la espera una resurrección en el último tercio del siglo xx, cuando tantas cosas resucitan. La supervivencia del ideal romántico en la crítica se llamará *impresionismo*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

POSIBILIDAD DE UNA IGLESIA NACIONAL

Los prestigios del Vaticano y el interés con que se siguen actualmente los movimientos del Papa en sus relaciones exteriores han dado al problema de las iglesias nacionales una importancia extremada, y en ella se han apoyado los publicistas europeos y el clero independiente, en sus diferentes maneras de concebir y determinar la autonomía religiosa. Barzelloti, Mariano y Guccia en Italia; Brunnetière, Cavagnis y Oliver en Francia, y Ferrandiz, Pey-Ordeix y Calderón en España, aunque divergentes en sus tendencias é ideas, se dan la mano y están de acuerdo en un punto, á saber: que la cuestión de la iglesia nacional es la que hoy por hoy más interesa á los pueblos latinos, en cada uno de los cuales podría fácilmente producirse un despertar religioso verdaderamente regional, no tomado del extranjero. En el fondo de ideal tan sencillo hay una profunda realidad política de gravedad abrumadora; y ya que las Cortes van á abrirse, conviene que ese Gobierno, llamado liberal y democrático, que desde Marzo de 1901 y en la persona de Sagasta, viene jugando con equívocos y confundiendo deliberadamente asuntos de suyo irreducibles, empiece sus debates con la mirada puesta en el estado psicológico de la nación, con el oído atento á los ruidos sospechosos que los vientos de la reacción religioso-dinástica nos traen de Roma.

Depongan los políticos una vez siquiera sus respetos y convencionalismos concordatorios; depongan también los lectores sus aspiraciones y anhelos universalistas. Yo he depuesto por un instante mi radicalismo y opiniones, y espero que esta actitud imparcial me permita contestar legítima y equitativamente á las objeciones que contra la posibilidad de una Iglesia nacional presentan ortodoxos y heterodoxos. Porque todos las han representado: los ortodoxos, por ver en ella una herejía; los heterodoxos, por ver en ella un peligro. Unos y otros se equivocan, en mi sentir. La Iglesia católica puede ser nacional, sin dejar de ser universal. Al localizar su jurisdicción no localiza su influencia ni desmiente su finalidad, que es no dominar todos los pueblos y todas las razas, sino simplemente tener fieles en todas las razas y en todos los pueblos. Sostener lo contrario es confundir la *religión* con la *iglesia* ó el fondo con la forma, induciendo á pensar que la disciplina eclesiástica es el único medio de consolidar la universalidad de la creencia.

La ortodoxia, sin embargo, apela á la historia y replica que la nacionalización del Catolicismo supondría que éste renegaba de su razón de ser, de la causa de su existencia. «El Catolicismo—dice—fue en sus comienzos enemigo de las nacionalidades; se necesitaron muchos siglos y muchos cismas para que se llegasen á formar iglesias nacionales con una religión que fue desde el principio la negación absoluta de toda patria terrestre, que nació en una época en que no había en el mundo ni ciudad ni ciudadanos, y á la que las viejas repúblicas rígidas y fuertes de Italia y Grecia hubiesen seguramente expulsado como un veneno mortal para el Estado.»

Enhorabuena; pero dignense escuchar á mi pequeñez esos ortodoxos aficionados al criterio histórico. ¿Es por ventura herejía la distinción de iglesias dentro del Catolicismo? Luego la primitiva iglesia de Jerusalén, enteramente independiente, fue herética. Luego la iglesia patriarcal de Constantinopla,

que tenía vida propia, fue también herética. Luego fue de semejante manera herética la iglesia de Cartago, que con San Agustín castigaba con excomunión al fiel que recurriese al arbitraje del Obispo de Roma. Luego fueron también heréticas las iglesias de misioneros de China (que permitían á los chinos convertidos practicar el culto de Confucio é invocar á Dios con el nombre de *Shang-Ti*), no obstante que aparecen aprobadas por los Papas Alejandro VII y Clemente IX, con grandes encomios... Y la iglesia griega es por necesidad herética, así como la armenia y la copta, porque son iglesias del mismo género... Y lo fueron, finalmente, la latina y la muzárabe, con su distinción de ritual y de legislación en materias tan importantes como la condición social de los sacerdotes y la aplicación de los Sacramentos. En cuestión de fe había verdadera unidad; mas en lo concerniente á ceremonial y reglamentación, la divergencia era completa.

No; no es cierto que el Cristianismo viniese á destruir la nacionalización de las instituciones eclesiásticas. El Cristianismo acabó con las *religiones* nacionales, que eran un baldón para la humanidad; pero no acabó con las *iglesias* nacionales, cuyo principio fue siempre armonizar la unidad y universalidad de la creencia, con la variación de la disciplina en el tiempo y en los distintos lugares.

Mas ¿á qué buscar pruebas tan remotas? La más ligera mirada á la evolución de la Iglesia nos hace ver que, lejos de ser posteriores, las comuniones nacionales son primitivas en ella. Esa unificación, esa uniformidad, esa centralización eclesiástica que hoy se conoce en Europa con el nombre de *Vaticanicismo*, fue desconocida en toda la Edad Media. Las iglesias sin patria son una singularidad de nuestro tiempo. Los romanos, que imponían á los pueblos vencidos su derecho positivo (romano), les dejaban sus dioses, sus prácticas religiosas, sus ritos y creencias. Nosotros hacemos lo contrario: proclamamos un pretendido «derecho universal» que queremos impere en todas partes sin distinciones de raza, sin tener en cuenta

las diferencias regionales, sin hacernos cargo de lo imposible que es universalizar la justicia como ley mientras no se universalice ella misma en el hombre como sentimiento; y en cambio, pretendemos que en materia eclesiástica todas las naciones se rijan por las leyes religiosas emanadas de una autoridad suprema encarnada en un clérigo casi siempre italiano. Sólo nuestra raza latina tolera esas iglesias dependientes, subordinadas, uniformes é igualitarias. Jamás ha tenido el Oriente comuniones de ese género. Entre los *Rayas*, en el Imperio otomano, cada grupo eclesiástico provincial tenía su jurisdicción propia. Hasta hace poco, los patriarcas de las diferentes comunidades, cualesquiera que fuese su asimilación á la Sublime Puerta, eran soberanos en todo y por todo para sus fieles.

En verdad, nadie desea que la Iglesia tenga que compartir las preocupaciones, las pasiones, los intereses y el temperamento del pueblo, idea contraria al interés mismo de la patria, que necesita para su elevación y engrandecimiento que la fría mano del Estado no intervenga, con pretextos religiosos, en el reino del alma, que es el reino de la libertad. Sin duda la conciencia es libre, y el Estado no tiene para qué inmiscuirse en el reglamento de las creencias. Pero la Iglesia nacional no es la intervención del Estado en lo espiritual, ni es posible que en las actuales circunstancias pueda éste hacer de aquélla cosa suya. No se trata de imitar al Monarca de Inglaterra, que es á la vez Rey y Pontífice, ni al Czar de todas las Rusias, que es á un tiempo jefe de sus ejércitos y cabeza de su iglesia. Tales cismas lo fueron por imperar en aquella época el absolutismo político; hoy las naciones están demasiado *democratizadas* para eso.

El Estado, es cierto, no debe abstenerse en absoluto de toda ingerencia en los asuntos de la religión. Aunque las creencias sean hechos internos, se manifiestan fuera y se traducen por un culto exterior. El Estado no podrá intervenir mejor en estos asuntos que poseyendo una Iglesia nacional, y

eso sin peligro alguno de que dicha Iglesia, convertida forzosamente en un instrumento de imperio en manos del poder civil, se convierta en una rama más de la Administración. Por el contrario, sólo así pueden la Iglesia y el Estado tratarse de potencia á potencia y limitarse uno á otro de común acuerdo. Y en las cuestiones puramente dogmáticas, el creyente podrá siempre consultar con su conciencia ó con Roma, y la nacionalidad de la Iglesia de ningún modo se lo impedirá.

He aquí por qué no veo fuerza alguna al último de los argumentos en que la escuela ortodoxa se apoya cuando se atiene al número XXXII del *Syllabus*, en que se condena la siguiente proposición: «Pueden instituirse iglesias nacionales que no dependan de la autoridad del Pontífice y que estén totalmente separadas de él.» ¿Quién trata de confundir la Iglesia nacional con las *iglesias totalmente separadas del Papa* de que habla el *Syllabus*? No, no consiste la Iglesia nacional en establecer una Iglesia *católico-apostólica* que no sea *romana*, como en su *Siècle de Louis XIV* decía Voltaire, refiriéndose á la asamblea galicana de 1682. La idea de una Iglesia nacional supone una fe común y un jefe único en lo dogmático; pero supone también una constitución civil del clero que la haga compatible con las necesidades de la raza, del medio ambiente y del momento histórico. La Iglesia es una jerarquía de constituciones, un poder espiritual que en la sociedad ha nacido y á la sociedad ha de acomodarse si quiere vivir. Y aquí sociedad es sinónimo de nacionalidad.

Por otra parte, no he podido llegar á creer que la proposición mencionada deba interpretarse en otro sentido que en el copulativo. Asunto es este que han tratado muy bien los teólogos extranjeros, nada acordes en conceder un verdadero valor dogmático á aquel documento pontificio; y nuestro mismo Cardenal Cuesta afirmaba en solemne ocasión (Constituyentes del 69): «El *Syllabus* es una declaración puramente doctrinal; respecto de algunas proposiciones, hay mala inteligencia.» En sana ortodoxia católica sería más que absurdo negar al Papa

su primado de honor y jurisdicción; pero es lícito y conveniente y necesario precisar el alcance de esa jurisdicción y los medios conducentes ó inconducentes de realizarla.

*
* *

¡Vana aspiración!—exclaman los del otro partido, los heterodoxos.—Vuestro ideal de Iglesia nacional, dentro del criterio católico, es una de esas felices inconsecuencias con que el sentido común, burlándose de la lógica, sabe evitar los escollos del absurdo. Los Gregorios, los Inocencios, los Bonifacios, eran mejores dialécticos. La universalidad implica la unidad. Como no hay más que una sola religión, no debe haber tampoco más que una sola Iglesia.

Los heterodoxos añaden que semejante conclusión ha sido confirmada por el dogma de la infalibilidad, que al hacer del Papa casi un Dios, ha convertido el ideal ultramontano, de disciplina formal en realidad teológica. Bajo la conciencia de tal hecho, algunos de ellos consideran la catolicidad de nuestro pueblo como causa de la imposibilidad de nuestra emancipación religiosa, y el fracaso de la heterodoxia en el siglo xvi como el origen primario de todos nuestros males sociales é históricos. Otros aconsejan que lo que no hicimos entonces lo hagamos hoy, otorgando el apoyo del Estado á una Iglesia de política más avanzada que la católica, por ejemplo, la Iglesia anglicana. Ni á los ortodoxos ni á mí es difícil contestar cumplidamente á estos entusiastas de la falsa civilización protestante. Por de pronto, es erróneo que la infalibilidad equivalga á la deificación dogmática del Santo Padre, y aunque equivaliese, ningún daño produciría á la religión en el terreno social. La infalibilidad da al Pontífice la misión de Dios en las cosas de fe y costumbres, pero no en las de derecho, y esto es lo que se olvida á cada paso por católicos y no católicos, y lo que á toda costa es preciso inculcar. Por eso, cuando la escuela heterodoxa deduce de aquel dogma que los términos ca-

tólico y ultramontano son sinónimos, da á la infalibilidad un sentido y un alcance que no tiene ni puede tener. Concedamos, si se quiere, que con ella se ha hecho imposible la unión de las iglesias protestantes y cismáticas á la Sede de Roma; pero suponer que semejante concepción entraña como necesario resultado el gobierno teocrático, es, social y teológicamente hablando, una verdadera puerilidad. Para los intereses de la Iglesia católica, la infalibilidad ha sido dañosa en grado sumo; para los intereses de los Estados católicos ha sido tan indiferente como hipotética é inútil.

Según los heterodoxos, las teorías y los preceptos del Protestantismo son reglas que los hombres pueden seguir mejor en la Iglesia nacional que los del Catolicismo. Para ellos, dos ventajas indiscutibles tiene la religión protestante sobre la católica: de un lado da al hombre la soberanía de su conciencia, haciéndole árbitro de su fe; de otro, nacionalizó desde sus comienzos la Iglesia, emancipándola de Roma. Del primer punto no creo oportuno ocuparme aquí. En cuanto al segundo, sirva de disculpa á los heterodoxos el haber sido inducidos á ese dictamen errado por su ignorancia de la verdadera historia interna de la Reforma. Si se llama nacionalizar la Iglesia proclamar el derecho divino de los Reyes y el derecho divino de los Obispos, como sucedió en Inglaterra bajo los últimos Monarcas de la casa de Estuardo, estoy conforme con los heterodoxos; porque el protestantismo, hasta tiempos muy recientes no ha hecho más que eso: delegar en sus soberanos políticos todos los poderes papales (1). Esta conducta se presta á interpretaciones diferentes, mas nadie será capaz de justificarla desde que Hegel, racionalista y protestante, la ha estigmatizado con su acostumbrado brío.

Pero lo que más me maravilla es que, después de estas re-

(1) Estas ideas las desenvolveré con más extensión en mi *Manual de los deberes del hombre en su vida política y en su vida social*, próximo á publicarse.

flexiones, haya quien sueñe para nuestra patria una religión no católica como modelo de Iglesia nacional. En otro libro (1) he combatido esa tendencia observando que «los que creen que la perniciosa acción del Catolicismo se corregiría, como empieza á hacerse en Italia, con la propaganda de otras religiones más avanzadas y sociables, están de todo punto desorientados. Yo no puedo seguir ese criterio, porque recuerdo el consejo de Narbonne á Napoleón: *No hay bastante religión en Francia para hacer dos*. En España se halla también muy decaído el espíritu religioso para que en él puedan florecer creencias exóticas».

Añadid á esto el recrudecimiento de la guerra que se seguiría de un dualismo semejante. Este sería el origen de los mayores disturbios: de ahí saldrían Ormuzd y Arhiman en forma de partidos religiosos antitéticos. «Si tenéis dos religiones en vuestros reinos, decía Voltaire, se cortarán la garganta una á otra; pero si tenéis treinta, vivirán juntas y en buena armonía. Ved lo que sucede al Gran Turco: gobierna á los guebros, á los banianos, á los cristianos griegos y á los romanos. En cuanto uno de ellos excita un tumulto lo empala; de ese modo todo el mundo vive tranquilo.»

Ni vale aventurar que nuestra patria ha sido siempre antinacionalista en asuntos religiosos. Yo creo que aun aquí los heterodoxos se engañan y que se deben sacar muy distintas conclusiones de la historia de la Iglesia española, de esa Iglesia que Duaren ponía por modelo á los galicanos. Las sociedades eclesiásticas no viven más que por la solidaridad, y la de la nuestra fue tan grande que, ora sola, ora aliada con la Corona, defendió siempre los intereses de la nación y se defendió á sí misma contra la tendencia de Roma á traer á sí toda autoridad y todo poder de jurisdicción. Este es el ejemplo que nos dió el Concilio XII de Toledo al encargar al Arzobispo de esta ciudad que pusiera en posesión de sus cargos á los prela-

(1) *Las iglesias del Estado*, c. VII, p. 129.

dos nombrados por el Rey, viendo que el Papa se negaba á ello; esto fue lo que decretó Alfonso XI al regular el Patronato Real en 1228; esto lo que medio siglo más tarde confirmó y ratificó en Burgos Enrique II; esto lo que predicaron los Reyes Católicos al dar unidad á la patria; esto es lo que inspiraba, en fin, al *Supremo Consejo de la Cámara* creado por Felipe II, y lo que ha presidido la redacción del tratado de reivindicaciones de la Corona propuesto á la corte de Roma por los Embajadores de Felipe III. Este serio conflicto, esta dualidad entre los intereses nacionales y los ideales romanos, no fueron resueltos por la mera decisión del Pontífice, sino por la combinación de su parecer con el parecer del Gobierno español; y entonces canonistas y políticos dejaron escapar á una sacramental palabra, la palabra «Concordato».

No adelantemos reflexiones. Hemos llegado casi al término impelidos por las dificultades de los adversarios, y es preciso que hagamos ver las razones en que se apoya la utilidad é importancia social de la institución de una Iglesia católica independiente en España. Y antes de nada, ¿por qué ha de ser católica y no disidente, como se acaba de afirmar contra los heterodoxos? Espérese ó no la respuesta, diré que porque el Catholicismo vive aún en nosotros, á pesar de las corrientes anticristianas y antisociales de todo género que vienen conmoviendo nuestra fe y nuestra moral. Si detenidamente examinamos nuestro espíritu colectivo, tan anticatólico en apariencia, hallaremos que lleva aún escondido en su seno como una víbora al antiguo Catholicismo. Y el por qué de esta anomalía, explícalo suficientemente nuestro genio de raza.

Existen analogías entre la vida de una nación y la de un individuo, el cual, si es razonable, sabe reformarse sin variar, mientras que si es apasionado variará á menudo, pero no se reformará nunca. El menor defecto, la más insignificante obsesión, será para él la túnica envenenada de Neso; se la arrancará, como Hércules, empapada en su propia sangre, y acabará por ser ahogado por ella. Se ha dicho con exactitud que

las naturalezas impetuosas tienen por necesidad que pasar de un extremo á otro. Lo mismo sucede con las naciones: si su temperamento es ardiente, jamás alcanzarán en religión ni en nada una completa transformación; no harán más que cambiar de fanatismo (1). Cuanto más estudiamos á España, más nos convencemos de esta idea. En 22 de Mayo de 1870, se presentaron en la iglesia parroquial de Chipiona para bautizar á un niño varias personas. El padrino del mismo principió por exigir al cura que se tocase el órgano, á lo cual éste le contestó que no podía verificarse porque se estaban practicando los ejercicios del mes de María. Entonces el padrino dijo que suspendiese aquella canalla los ejercicios, pues primero era la fe; y al empezarse la ceremonia del bautismo, al decir el sacerdote *In nomine Patris*, el padrino repitió en voz alta: *En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y de la República federal*. Llegados á la pila bautismal, y advirtiéndole el padrino que contenía el agua algunas gotas de los Santos Óleos, metió la mano en ella y preguntó en tono burlesco si aquello eran migas, y contuvo al mismo tiempo la mano del cura, porque el agua estaba fría, á lo cual replicó el ministro que habiéndolo avisado con tiempo, se hubiera templado; y por último, al verterla éste sobre la cabeza del niño, tomó asimismo el padrino agua con la mano, y se la echó diciendo que también lo bautizaba en nombre de la República federal.

En las clases superiores, la gangrena del positivismo y del racionalismo ha crecido mucho y cedido la fe; pero el progreso que de aquí hubiera podido resultar, ha sido puramente negativo. Religiosos y creyentes por naturaleza, los españoles contemporáneos han renunciado en su mayoría á la religión y

(1) «La pasión, dice Renan, no es una regla de fe. El hombre apasionado pasará de una creencia á otra muy diversa, pero nunca abandonará su fogosidad. Las almas fuertes están propensas siempre á amar lo que aborrecen... Esos espíritus ardientes sufren con frecuencia terribles cambios, llegando á sentir simpatía por lo que en un principio odiaban.»

á la creencia de sus padres; pero no se han puesto en armonía con el medio en que viven. «Para las inteligencias ibéricas, ha dicho un extranjero muy conocedor de nuestras cosas (1), la religión no es hoy en día, como para Jaurès, más que una canción maravillosa y dulce que meció una de las infancias de la humanidad, y Castelar declaraba un día ante las Cortes: *Yo soy racionalista; pero si algún día quisiese profesar una religión, volvería á la fe espléndida de mis antepasados, y no al culto rígido y glacial de las naciones del Norte.*» Los españoles hemos desertado del Catolicismo, pero como huyeron de la corte de los Faraones los hebreos, llevándose los vasos egipcios. Sí, nosotros somos aún católicos, mal que nos pese. Tememos las novedades, detestamos los cambios; nos complacemos siempre en lo viejo, en lo que es hábito: el recuerdo tiene sobre nuestra alma colectiva más poder que la esperanza. En religión, como en política, nos aqueja una enfermedad, el romanticismo. Pero «los sueños de un poeta son peligrosos cuando el destino de una nación reposa entre sus manos», y es preciso que dejemos de una vez los andadores. Hora es ya de dirigir nuestras miradas hacia nosotros mismos, aprovechando sólo en el terreno religioso para nuestros fines lo que ha llegado hasta nuestra conciencia íntegro y sin merma alguna.

El español fue al principio creyente, pero con una fe más sincera que razonada, supersticiosa y pueril (2), católica y panteísta, fatalista y paradógica. Hoy sólo entre mujeres y en las conversaciones familiares se guarda la exterioridad; pero aunque nuestro fanatismo persistiese hasta el punto de ser, como

(1) Croze: *Alphonse XIII intime et la cour d'Espagne*, c. I, p. 4.

(2) Croze (*Alphonse XII intime et la cour d'Espagne*, I, not. 1.^a) recuerda que en la iglesia de la Merced, en Pamplona, hay un pequeño relicario sobre el cual se encuentra esta extraña inscripción: *Restos de un santo niño que tuvo un monje de este convento.* Si se quiere saber en qué consiste esta abominación, se acabará por descubrir en un antiguo manuscrito del convento que no es más que un niño Jesús de cera, que guardaba cada monje, y al que se atribuían virtudes milagrosas.

creen ciertos *enfants terribles* del anticlericalismo, la verdadera causa de nuestra postración y de la imposibilidad de ponernos á la altura de las naciones civilizadas de Europa, ¿habríamos de suponer que esta imposibilidad lo es tal por la religión que profesamos? Para enseñanza y ejemplo de lo contrario tenemos una nación, no europea, sino asiática, y cuyos habitantes ó carecen de religión, ó profesan la abyecta idolatría de la persona reinante: *el Japón*. Esa nación, sin embargo, ha nacido á la civilización moderna ayer, en 1868. ¿Por qué ha de ser nuestra patria la única sobre la que el mundo no puede fundar esta esperanza?

Claro es—y esto lo concedo yo el primero de todos á la heterodoxia—que hoy el problema religioso y el problema social están puestos de otro modo que lo estaban en la época de nuestra grandeza. Después de la trabajosa epopeya de la Reconquista, en que adquirimos esa genialidad forzada, valerosa y aventurera con que entramos en el siglo xvi, pudo España decir á sus hijos, como los antiguos cónsules á la plebe de Roma: «Id y tomad la espada, conquistad el mundo.» La continuada sucesión de desventuras que desde entonces sufrimos, nos ha hecho excépticos, profundamente inactivos, desengañados hasta la exageración, pesimistas aun para las cosas que nos sería fácil lograr. Esta fatiga moral, este cansancio histórico, lo revela el español hasta en la gravedad habitual de su fisonomía. La enojosa tiesura de los músculos de nuestro rostro, ese algo de taciturno y marchito que poseen, efecto de nuestro clima y legado fatal del sedentarismo educativo que da á nuestros compatriotas una fisonomía tan aflictiva, aisla la melancólica raza española del resto del mundo. Así se ve, que todos decimos y cremos lo mismo; todos deseamos y tendemos hacia un mismo ideal: el dogmatismo, la indisciplina mental. Y esto lo hacemos espontáneamente, y sin que causas extrañas á nuestra genialidad étnica nos estimulen á efectuarlo. Somos dogmáticos porque somos tristes, porque sólo nos alegran y arrebatan las grandezas de la vida efectiva. Puede

un español dedicarse á la crítica y á la ciencia; pero en el fondo siempre le repugnará la ciencia, siempre le irritará la crítica. El afán de aventuras provino en nosotros de esta causa; la leyenda nos cautivó porque no exigía razonamiento; los milagros de Nuestra Señora del Pilar ó de San Isidro los preferimos á un descubrimiento intelectual, porque con ellos satisfacíamos nuestra admiración por la sorpresa. Si el descubrimiento de América nos sedujo, es porque no era propiamente científico, es porque tenía mucho de maravilloso, de sobrenatural, de sorprendente. Aún hay más, y es que pienso que nuestra fe se afirmó en las conquistas, y puede decirse con Croze (1) que España, habiendo dado al Nuevo Mundo lo mejor de sus fuerzas, á la Inquisición lo mejor de su carne, paga con su ruína su amor al Catolicismo (2) y muere de la nostalgia sublime de su pasado. Gloria, honor, riquezas, fuerza y poder, hasta el recurso de salvarse por la desesperación, todo lo habrá perdido España; pero zaherida por todo el Viejo Mundo en masa, ella podrá al menos contemplar altanera su decadencia y ver á las naciones profetizar su muerte, segura de que esta muerte, como en solemne momento expresó el Marqués de Grijalba, *será la de un gentilhombre*. El propio Salisbury decía últimamente: «España es acaso una de las naciones que han perdido el secreto de vivir, pero los españoles al menos saben morir.» Croze añade que, mártir de la civilización, España podría en su muerte encontrar la resurrección.

Por mi parte, no llevaré tan lejos mi pesimismo. El estado de cosas que todos lamentamos puede desaparecer sin la cesación de la vida nacional. Creo más: creo que nuestra muerte lo sería completa. Imitemos á aquel Capitán Guevara, á quien

(1) *Alfonse XIII intime et la cour d'Espagne*, c. I, p. 5.

(2) A fines del siglo xvii, la Condesa de Aulnoy contaba siete Arzobispos y treinta y seis Obispos, percibiendo en conjunto y anualmente más de cinco millones de libras.

Sancho Abarca solía decir: *¡Oh buen ladrón, que me has robado á la muerte!* Sí; imitemos al Capitán; robemos á España á la muerte, y después muramos nosotros, si es preciso.

*
*
*

Iría demasiado lejos si quisiera probar que la misma libertad de cultos, lejos de ser opuesta á la Iglesia nacional, constituye en el fondo uno de sus más sólidos y fundamentales apoyos. Por extraño que parezca, la libertad de cultos, no sólo tiene cabida en una Iglesia nacional, sino que es una consecuencia inmediata de esta institución. Analizad detenidamente el genio social de las antiguas formas del nacionalismo eclesiástico, regalismo (1), imperialismo y galicanismo, y las ve-

(1) Los historiadores imparciales consideran las tendencias regalistas de los Monarcas cristianos como causa y razón suficiente de la tolerancia religiosa de otras épocas. Por ejemplo, el historiador inglés Green escribe, después de exponer brevemente la resistencia de Guillermo *el Conquistador* á las pretensiones de Gregorio VII, y la supremacía casi absoluta que sobre la Iglesia se arrogó: «Este Monarca pudo así proteger á los judíos contra los odios del pueblo. Les dejaba celebrar libremente su culto, construir sus sinagogas y transferir todos sus asuntos eclesiásticos á la acción y al criterio del gran rabino. Ninguna medida podía ser más ventajosa al reino en general. Los judíos eran los únicos capitalistas de Europa, y á pesar de sus exacciones, dieron al comercio una prosperidad y un impulso hasta entonces desconocido para los ingleses. Gracias á los préstamos de los judíos, el siglo que siguió á la conquista vió por todas partes levantarse castillos y templos. Su ejemplo modificó hasta la arquitectura doméstica. Los edificios que en Lincoln y en San Edmundsbury conservan todavía el nombre de «casas de judíos», fueron las primeras construcciones de piedra que reemplazaron las cabañas de los antiguos burgueses. Y su influencia no fue solamente industrial. Por sus relaciones con las escuelas judías de España y del Oriente, provocaron un verdadero despertar científico. Parece que existió en Oxford una Escuela de Medicina. Adelardo de Bath vino de Córdoba muy versado en las ciencias matemáticas, y el mismo Rogerio Bacón estudió bajo la dirección de los rabinos británicos.»

réis forzadas por necesidades naturales á tolerar más de un culto en el reino. Tal vez se diga que esto se hacía por interés propio, y que si en tiempo de Guillermo *el Conquistador*, por ejemplo, se respetaba á los judíos en Inglaterra, no era por espíritu tolerante, sino por egoísmo; no se permitía que nadie osase robarles ó maltratarles; pero el Monarca, el Gobierno mismo, no tenían el menor escrúpulo en agobiarlos y explotarlos cuanto podían. Mas aunque así fuera, ¿no vemos ya aquí á la complejidad de relaciones sociales destruir la uniformidad dogmática oficial de una nación? ¿Y no comprendemos con cuánto acierto, en la misma Inglaterra, los hombres de Estado del tiempo de los Tudor consideraban á un Rey absoluto ó una Monarquía absoluta como un soberano ó un Gobierno dotado de todos los Poderes necesarios y libre de todo lazo con el Papa y con las potencias extranjeras?

No hay ninguna contradicción en mis palabras. Felipe V —el más regalista de nuestros Monarcas— resultó en sus actos el más español desde el punto de vista político-elesiástico. Es un ejemplo genuino de españolismo con tendencias francesas, ejemplo menos raro de lo que se cree en la evolución de nuestra patria. Esos contrasentidos son frecuentes en la historia.

Pero si estoy persuadido de que en los tiempos de la Monarquía absoluta era fácil á un Rey emancipar á la nación del Papado, no por eso afirmo que un pueblo puede tomar prestado á otro sus procedimientos políticos y elesiásticos y regenerarlo por este medio. Creo sin duda en la validez y eficacia de los ideales de pueblos civilizados cuando se aplican á uno decadente (1), mas no en la continuidad de esa eficacia y de

(1) El que desee más ampliación acerca de este punto, puede consultar mis *Iglesias del Estado*, c. VIII, p. 150. Allí digo: «Háse descubierto un argumento contrario al ideal anticlerical en el hecho de que no es nacional, por reducirse en último resultado á una imitación y á una rapsodia más ó menos atemperada del anticlericalismo extranjero. Todo esto podría ser verdad; pero también lo es que, desde el año 12, en que salió

esa validez sin la continuidad de las fuerzas extrañas que realizan en la sociedad aquellos ideales. Cuando el bajá de Egipto proyectó la construcción de un arsenal bien montado en la dársena de Alejandría, contrató peritos y trabajadores europeos; pero cuando, por razones de economía y creyendo bastante impuestos en arte naval á los súbditos suyos que habían sido discípulos de los extranjeros, despidió á éstos, vió con sorpresa que la mano de los primeros se paralizó, y con ella la obra que había emprendido. Lo mismo sucede y sucederá siempre en el caso que nos ocupa. Felipe V, de origen francés, pudo ser uno de los reyes más españoles en sus relaciones con la Iglesia; y dada la organización de las Monarquías absolutas, no le fue difícil imprimir su espíritu á la política de sus sucesores. Pero repartid este espíritu entre unos cuantos afrancesados, llámense Ministros ó Consejeros, y á buen seguro que su influencia terminará con ellos, sin que sea posible al pueblo en general continuar la obra.

No debo omitir el llamar la atención sobre una circunstancia que caracteriza mejor que nada el patriotismo, y es que sólo con él puede oponerse á la inevitable centralización del Estado un útil contrapeso. La verdad práctica más poderosa, y sobre la que menos reflexionan los hombres que aspiran al cosmopolitismo, es esta: que *la negación de la patria es consecuen-*

á luz por primera vez el liberalismo español, los escasos progresos que en el terreno jurídico y político hemos realizado han sido mera importación de métodos traspirenaicos. Posada, en la elegante introducción que puso á las *Cartas pedagógicas* de González Serrano, nos recuerda que si los legisladores de Cádiz hubieran adoptado un temperamento prudente al *modernizarnos* en política, no hubieran iniciado la reforma constitucional del doceanismo extranjera de pies á cabeza; ni los de 1869 hubieran escrito el hermoso principio de la libertad de conciencia y de cultos en el Código revolucionario. Para hacer de la España moribunda de los tiempos de Fernando VII la España decadente, pero reanimada, de los que alcanzamos, ha sido preciso entrar de lleno en la vida europea, y gozar, en mayor ó menor escala, de las libertades que forman su ambiente.»

cia de una idea exagerada del Estado. Los pueblos patriotas han sido siempre los primeros antigubernamentalistas; á veces han destruído todas las leyes por engrandecerse: yo no puedo creer que nuestro pueblo vaya á ser el primero en demostrar lo contrario. El aislamiento del individuo, la destrucción de todo lazo moral entre los hombres, es la consecuencia de una gran difusión de poderes; la uniformidad política y social de las relaciones internacionales que produce el derecho común, impide que la vida se difunda en cada país por sus vías naturales. La historia confirma mis palabras. El Imperio romano, tan universalista y tan tolerante en materia de religión, nos presenta un ejemplo elocuentísimo. Roma, en sus días más puros, no ignoraba que en la República cada cual es del todo libre en lo que no daña á los demás; pero á la vez estaba devorada por el ardiente amor de la patria y de la gloria. El día en que los romanos, por razones de Estado, dejaron en pie los antiguos cultos, suprimiendo sólo lo que éstos tenían de inhumano, sedicioso ó injurioso para los demás; el día en que dieron á todos estos cultos un barniz oficial que los hacía semejar mucho y que, mal ó bien, los fundía en uno solo; el día en que estos viejos cultos, de origen muy diverso, adquirieron por carácter común «la común imposibilidad de llegar á una enseñanza teológica, á una moral aplicada, á una predicación edificante y á un ministerio pastoral verdaderamente fructuoso para el pueblo» (1), aquel día nació el despotismo, se repitieron escenas como la destrucción de los *collegio*, triste herencia del derecho romano, unió el poder imperial todo su fabuloso dominio á la ley sobre los *cætus illiciti*, se creó el gobierno absoluto, y este gobierno, lleno de autoridad, pero sin sacerdotes, sin legislación religiosa, sin moral superintelectual, se encontró frente á problemas sociales que no supo resolver, siendo esto la causa de su ruina. Colocad ese Imperio cosmopolita ante la patriota República griega; suponed aque-

(1) Renan: *Origines du Christianisme*, II, 17.

lla universalidad viviente y tolerante cara á cara con Grecia, donde la patria era tan tirana: ¿no véis ya las enseñanzas del parangón? Cuando la patria exigía algo, ¿qué sucedía? Que todo eran vejaciones. Mas al lado de estas vejaciones, florecían tantos placeres, tanta cultura y tanta grandeza, que nadie se quejaba. El patriotismo implicaba sacrificio y sufrimiento, y los griegos lo convertían en elevación de su espíritu sin irritarse, antes bien, complaciéndose en que se les llevase á la gloria por el camino del heroísmo.

Esta concepción es ilustrada por las doctrinas de la sociología moderna. Admítese hoy en ella, como verdad inconcusa, la existencia de los *sociorganismos*, pueblos ó nacionalidades particularmente determinadas; y se justifica su derecho á perpetuarse, por necesidades contra las que nada puede la ambición de la universalidad humanitaria. Al mismo tiempo se legitima su vida y sus tendencias por los *ideorganismos*, escuelas filosóficas ó religiosas, sectas, iglesias. Ahora bien, no hay sociorganismo sin ideorganismo, como en la naturaleza no hay formación vital sin fuerzas directrices. Y el sociorganismo supremo es la religión que constituye, como se ha dicho, el hogar, el centro compacto de la vitalidad de un pueblo, el receptáculo de su idealidad, la raíz primera de sus actividades variadas y de su civilización, la sanción categórica, imperativa, de su moral, de su vida ética, de sus virtudes, no sólo privadas y domésticas, sino hasta públicas y civiles, el fundamento de su patriotismo, de su amor al Estado, de su obediencia á las leyes. «Cada uno—escribe á este propósito Hegel—nace en su nación y vive de su espíritu. Este espíritu es como su substancia étnica, y el principio idéntico, y en algún modo natural de los individuos, es el fundamento de la creencia. Con arreglo á él se determina lo que se admite como verdad. Ese principio substancial se distingue así en los individuos, y en sus relaciones con ellos; es su dueño y su autoridad absoluta. Cada individuo, en cuanto pertenece al espíritu de su nación, nace en la fe de sus padres, sin que la falta ó el mérito le pue-

dan ser imputados, y esta fe es para él cosa sagrada y como su autoridad.» He aquí un nuevo elemento de tolerancia: *la misma influencia nacional que nos hace aptos para la religión, nos hace religiosos*. Debemos á la sociedad el serlo; á la nación, el serlo de este ó del otro modo. Si no nacionalizamos el sentimiento religioso, tendremos *espíritu*, vida general y humana; pero no *carácter*, vida especial y propia.

Examinando con atención la relación de estas leyes sociales con el ideal de la solidaridad de la patria, se viene á parar á consecuencias aún más ampliamente favorables á la nacionalización de la Iglesia. El sociorganismo une, el ideorganismo *unifica*. España, como todas las naciones latinas, está unida, no unificada. Su unidad la debe al sentimiento del patriotismo; su unificación sólo la logrará por el sentimiento religioso. Sin él no podemos levantar una bandera, no podemos ir con un corazón, con un pensamiento, con una fe. «Si fuimos poco há al Africa—exclamaba Monescillo en 1869,—¿no recordáis el grito que entonces resonaba? ¿No recordáis lo que se decía? ¡Ah! Se decía como antiguamente: *cristianos contra moros*; y bastó que sonara la palabra *moro*, para que fueran allí los ejércitos españoles.» «El testamento de Cisneros—ha repetido muy recientemente el senador Morales—tiene por albaceas á todos los hijos de España. Todavía cualquier empresa militar contra Marruecos sería popular, aunque para el pensador fuese del todo absurda.»

La religión católica papal es para los pueblos latinos lo contrario de lo que debía ser, pues obra sin tener en cuenta el verdadero ideal patriótico, destruyendo lo que debía crear ó conservar; pero la democracia, que se ha declarado impotente para tolerar el ultramontanismo, es susceptible de convertirse en amparadora de una Iglesia nacionalizada. Claro es que no nos hacemos la ilusión de que esta nacionalización acabaría como por arte de encanto con las desdichas de la Iglesia, conteniendo á los Obispos en los límites de su deber, dando á los párrocos mayor libertad y moralizando á los creyentes. No;

todo en el fondo continuaría lo mismo; pero en cambio la evolución eclesiástica sería dichosa realidad.

Una vez en posesión de su independencia, la Iglesia española podría realizar la reforma *interior* de sí misma y reprimir severamente los abusos de su clero. Esta reforma interior, justificada ya por los abusos del monaquismo, conviene igualmente á la destrucción de unos y otros. Significa que la Iglesia puede modificar su presupuesto como cualquier otra asociación, acabando con la tiranía del episcopado y mejorando la condición económica del clero parroquial, exigiendo al sacerdote mayor cantidad de moralidad y saber que el que hoy tiene y prefiriendo estas cualidades al favor en el adelanto en la carrera, pues, como Cabrera dice, «la religión cristiana no mira á la calidad, ni estado, sino á la santidad y sabiduría». De cualquier modo, la prosperidad ó postración de nuestra Iglesia serían suyas y no provendrían de un agente extraño; y así le devolveríamos la conciencia y la autonomía. Al mismo tiempo daríamos mayor autonomía y mayor conciencia al Estado. Nada de imposición, nada de enajenación de la soberanía; no más régimen concordatorio, no más centralización, no más participación del Nuncio en los hechos públicos; la Iglesia y el Estado, independientes uno de otro, los dos libres en su esfera particular, pero sometidos al derecho común. Esta concepción de la Iglesia nacional es demasiado patriótica para que los españoles no la defendamos y ensalce-mos, mostrando al propio tiempo la importancia y necesidad de su realización inmediata.

* * *

El Vaticanismo y su influencia en nuestro mundo político.— A fines del siglo XVI, Varchi, un honrado é inteligente historiador florentino que había combatido y sufrido por la libertad, movido por el espectáculo de división que ofrecía su patria, publicó un libro, donde se probaba y sostenía, como con-

clusión experimental y práctica, la siguiente tesis: «A decir verdad, jamás cesarán las fatigas y los infortunios de Italia, mientras no tome el Gobierno un Príncipe feliz y prudente, porque no puede esperarse semejante beneficio de los Papas.» En estas palabras compendió Varchi el postulado capital del catolicismo emancipado, y bien podemos consagrarlo y hacerlo aplicable á nuestro asunto.

Sobre la acción que los Pontificados han tenido y tienen en los pueblos libres, sería fácil escribir un grueso volumen. El Pontificado es un compromiso entre el ideal de universalidad de la religión y el patriotismo, representado por los poderes políticos y siempre en pugna con el poder sacerdotal universal. He hecho notar en otra parte (1) que «no sólo actualmente, sino desde su origen, el Papado y las nacionalidades han venido trabando una no interrumpida lucha. El sucesor inmediato de Constantino se vió obligado ya, á causa de la uniformidad ficticia que su poder había dado á la sociedad cristiana, á intimidar y convencer por la fuerza á los padres del Concilio de Milán que se oponían á sus deseos, arrojando en medio de ellos su espada. Las terribles guerras religiosas, que tanto mal han causado á la humanidad, no tienen tampoco otro fundamento histórico ni filosófico que la creación en la asociación política de dos potestades, una eclesiástica y otra civil». El Pontífice como *pastor*, tiene que vigilar la fe y las costumbres de sus fieles, y este es el aspecto bajo el que más se agiganta la importancia del Vaticano. Pero el Papa, como *tutor* de las naciones católicas, ha procedido siempre por miras ambiciosas y contradiciéndose sin cesar á sí mismo, por no poder ni ejercer la soberanía temporal ni permitir que sus fieles obedeciesen en ciertas cosas á los Soberanos temporales. Así se hizo sentir, por ejemplo, la contradicción ante la generación que contempló á Bonaparte arrojando del Vaticano al sucesor de San Pedro; aquella generación que escribió en Roma

(1) *Democracia y clericalismo*, VII, 57.

pasquines concebidos en estos términos: *Pío VI per conservar la fede perde la sede. Pío VII per conservar la sede perde la fede.* ¿Como cuánto hacía que había muerto Pío VI cuando Napoleón atrincheró sus legiones vencedoras en la ciudad de Roma? Muy pocos años: Pío VII era el sucesor de Pío VI. Poco después el Emperador se atrevía á desterrar al Vicario de Jesucristo sobre la tierra.

Las razones que nos enseñan cuán funesto es el Vaticanismo, confirman á la vez hasta la evidencia la necesidad de que haya contradicción en todas las tendencias que los vaticanistas manifiestan en sus relaciones con los Gobiernos. Si piden la libertad política, se ven obligados á negar la libertad de pensamiento; si piden la libertad de enseñanza, se ven obligados á negar la libertad política. *¿Cur tam varie?* ¡Ah!, es que el Vaticanismo no pasa de ser un *Fulanismo* religioso, y como tal no puede menos de negar sus principios en el terreno de los hechos consumados. ¿Por qué el Papa reconoce en todas partes los hechos consumados, menos en Italia? No lo sabemos. ¿Por qué el ultramontanismo llama con desdén *Iglesia durmiente* á la que no quiere meterse en política? No lo adivinamos. Nos hallamos ante una serie de contradicciones á cual más incomprensibles, bien que lógicas, en una escuela que carece de amplitud en sus concepciones jurídicas y religiosas.

El argumento capital, la razón democrática en que gustan de afianzar los vaticanistas contemporáneos sus ideales, tan netamente contrarios al ideal libre y redondamente patriótico de la Iglesia nacional, se basa en la diplomacia de una de las personalidades más esplendorosas del Catolicismo, en la *política de León XIII* (1). Este Papa, desde los primeros días de su Pontificado, ha emprendido resueltamente la tarea de la reconciliación entre la Iglesia y los tiempos modernos. Para él la Iglesia no es una meta colocada ante la humanidad para

(1) Véase á Brandi: *La política de León XIII.*

detenerla en su marcha; es un círculo cuyo centro es fijo, pero cuya circunferencia se ensancha y extiende á medida que se desarrollan las sociedades. El centro fijo, inmóvil, es el dogma, necesariamente inflexible, y la circunferencia es esa maravillosa flexibilidad de la Iglesia, que la permite adaptarse á las exigencias, necesidades y aspiraciones de los tiempos (1). El lema de León XIII es la guerra á la guerra; el fin que persigue, la paz. Transigir, transigir en lo posible; aquí está su sistema, que le ha llevado á proclamar como axiomas: en legislación, la igualdad; en jurisprudencia, la libertad; en el problema económico, el socialismo cristiano. ¡Qué lejos estamos ya de aquella intolerancia de un Gregorio XVI ó de un Pío IX y de su catolicismo militante y reaccionario! Y concretándonos á España, ¿podremos ser tan desagradecidos y parciales que neguemos á León XIII la gloria de haber aconsejado á la Iglesia española que viva íntimamente unida á las instituciones democráticas del país? Desde la muerte de Alfonso XII no ha cesado de intervenir, con su grande autoridad, en favor de la dinastía reinante. Apenas recibió la noticia de la defunción, hizo que se celebrasen en la capilla pontificia solemnes funerales, honor no concedido á ningún Monarca español desde Carlos III. Poco después servía de padrino á Alfonso XIII, á la vez que ordenaba al episcopado y al clero de nuestra patria, no sólo la obediencia á los poderes constituídos, sino el abandono de las estériles contiendas políticas que venían perjudicando la unión de los católicos. Los Obispos no echaron en saco roto estos mandatos, pues hoy apenas es posible citar el caso de un Obispo sinceramente carlista; y los mismos clérigos, á pesar de su diversidad numérica, parecen prendidos por este régimen de amplitud católica. Lo mismo sucede con la prensa ortodoxa, distanciada casi en su totalidad del carlismo.

Como se ve, el *nervus probandi* de los vaticanistas es el

(1) Léase á Maumus: *La Iglesia y la democracia*.

hecho de que el Papa, lejos de soñar con restauraciones que en sí no le importan, se ha declarado partidario decidido y constante de nuestra Monarquía democrática. Mas no se advierte, según esto, que semejante oportunismo tiene por base la piedad de la Reina. No se advierte que esta piedad y las adulaciones y privilegios de que María Cristina ha llenado á la Iglesia, tienen por causa el miedo al carlismo, á quien podía así quitar fuerzas. No se advierte que la Soberana se ha hecho de este modo clerical y ha hecho clerical á sus políticos. No se advierte que este clericalismo ha hecho á una y otros antipáticos á la masa del pueblo. Contra éste y contra los partidarios de Don Carlos está la Regente con sus Consejeros y la Iglesia con sus Obispos. ¿Queréis una posición más falsa, un resultado más nocivo para los intereses integrales de la nación?

Y no han sido estos solos los tristes efectos del Vaticanismo en España. Ha dado y da motivo á los carlistas para dirigir justas quejas al episcopado español para atacar al clericalismo por la derecha, por el anverso, como no ha mucho lo intentó el insigne Bolaños. No se crea que exagero; la palabra *clericalismo* está ya admitida en el vocabulario carlista. Por clericalismo se entiende en él la suma de voluntades, de influencias, de trabajos y de propagandas de los frailes y del clero para minar y destruir el carlismo, para fundar sobre sus despojos un partido católico alfonsino, para acabar poco á poco con los partidos católicos antidinásticos. Aún hay más, y es que no estuvieron libres los carlistas de ser perseguidos por una parte del clero regular. «La escisión de Nosedal, con la secuela de odios anticarlistas que produjo en muchos miembros de algunas congregaciones religiosas—escribe á este propósito Bolaños—dió de sí casos notabilísimos de persecución. Un sacerdote muy conocido de Barcelona llegó á afirmar que los carlistas estaban excomulgados porque eran los peores enemigos de la Iglesia. Un padre capuchino, en Navarra, llegó á amenazar con las penas del infierno á los carlistas. Un pa-

dre jesuítica, en Azpeitia, impuso en el tribunal de la penitencia á un significado carlista la obligación de renunciar á sus ideales para absolverlo, y como el penitente no lo creyese necesario, le negó la absolución, causando grave escándalo. Una revista del Sagrado Corazón negó el cambio, es decir, el agua y el fuego, á la prensa carlista.» En medio de deserción tan general, apenas si se oyó de cuando en cuando la voz de un católico imparcial ó de un Prelado (1) que hiciese ver que cerrar el catolicismo á los no alfonsinos equivalía á ser más alfonsino que Don Alfonso, pues éste ha jurado una Constitución que permite la existencia y propaganda del carlismo y de todas las ideas políticas compatibles con la moral y el derecho universales. Así es que, ardiendo ya la insurrección anticlerical, el eminente carlista Mella, en una *interview* celebrada en Portugal, dejó escapar estas frases, amargas é irónicas á la vez: *¿Que si pueden entrar los catecúmenos en la Iglesia? ¡Por mí, que entren!*

Tal es la situación. El carlismo, como representante de una idea, como conservador de un criterio político en España, no puede abdicar, y el vaticanismo que se dice órgano de León XIII no quiere que existan carlistas. Ahora bien; ¿en qué puede favorecer á la democratización de España y á la unión misma de los católicos ese lema de: *ó con el Rey ó contra el Papa?* ¿No es esta otra prueba de que el romanismo nunca sabe dejar de ser intransigente; de que abandonará un partido para afianzar en otro sus ideales unitarios; de que sólo en la democracia independiente existe la verdadera unidad de

(1) Puede citarse como un caso único el del Cardenal Monescillo, que en su comentado telegrama al Congreso Católico de Tarragona, decía: «Me adhiero á lo puramente religioso de ese Congreso»; y en su célebre *Conmonitorio* afirmaba que la Iglesia no podía ser exclusivista, ni ministerial de ningún ministerio cerrado, ni condenar ninguna política honesta. De otro modo—añadía—si la Iglesia se declarase alfonsina, se haría odiosa para los católicos republicanos y para los católicos carlistas.

comunión, nacida de la espontaneidad de ideas y sentimientos? ¿Quién no ve que el *alfonsinismo* de los vaticanistas de hoy es el mismo programa de los carlistas de antaño, con la sola variación de nombre y de dinastía? He aquí por qué, á pesar del buen deseo de León XIII, ha surgido el antagonismo en los partidos de católicos españoles. Lejos de haber sido conducidos á la unión y á la paz, se han visto arrastrados á la desunión, á la guerra y á la confusión.

Hasta ahora he supuesto que el Vaticano apoya de hecho los principios democráticos; pero esta suposición es cuando menos inexacta. Analizad las tesis de la Iglesia en las que se haga alarde de no condenar la forma republicana ni el sufragio popular y que parezcan más ó menos favorables al *self government*, y hallaréis siempre que son fórmulas negativas y convencionales, semejantes á las de los poderes que en el pasado han afianzado muchos derechos sin desearlos y aun viéndolos en ellos los agentes de su ruina. Los reyes de Europa se apoyaban en el pueblo contra el feudalismo, y el pueblo, desembarazado por ellos, se desembarazó á su vez de ellos; trabajaron por la unidad nacional, y la realización de esta unidad los hizo inútiles y los derrocó. Roma fundó un gran imperio sobre las bases de un derecho político esencialmente humano y laico, y la Iglesia se aprovechó de él para instalar la teocracia. La Iglesia consagra la autoridad de la Escritura y el protestantismo hace de la autoridad de la Escritura un arma contra la Iglesia. Actualmente vemos á esta misma Iglesia hacer esfuerzos inauditos para ponerse á la cabeza y referir á ella el beneficio de un movimiento político y social que primitivamente se ha operado en gran parte á pesar de ella y hasta contra ella (1). ¿Qué ha sucedido con tal motivo? ¿Ha

(1) Bien dice Belot: «Acomodad, si podéis, las rectificaciones políticas ultramontanas con el *omnis potestas á Deo*. Maumus lo intenta escribiendo: «La nación presenta su elegido, Dios lo inviste y confirma la elección popular.» Verdaderamente, como afirma el propio Maumus de una teoría

confesado la escuela ultramontana las verdaderas deducciones que se desprenden de sus principios? No; ha creído que bastaba señalarlas como abusos accidentales; y mientras el absolutismo es el nervio oculto de los ideales de los ultramontanos, nadie ha querido ser absolutista.

En el fondo, la cuestión se reduce á términos muy sencillos. Avezados á que nuestras exigencias y nuestras aspiraciones no encuentren jamás apoyo en los círculos gubernamentales, hemos perdido toda la fe en los negocios políticos. Nuestro ideal es que no interrumpán nuestra vida rutinaria, dejándonos en libertad para pasarla lo mejor posible nosotros y nuestros hijos. En los hombres de Estado tenemos la mayor incredulidad, y bien puede decirse que la cuestión de la forma de gobierno no apasiona ya á nadie. Por eso, cuando el Vaticano, en circunstancias tales, declara á su vez su indiferencia sobre la Monarquía absoluta ó constitucional y sobre ésta ó la República, no hace más que seguir la corriente de los hechos. Hoy, á medida que nos volvemos indiferentes, el pueblo que ha dejado de creer desde hace tiempo en la política del Vaticano tomada en principio, rechaza también su último criterio aun en el sentido de la política práctica; no lo considera perenne, sino tardío, especie de homenaje rendido á un hecho consumado más bien que á la verdad y al derecho (1). La

menos sorprendente, «por habituado que se esté á las sutilezas de la dialéctica, es difícil comprender esto». Porque de las dos cosas una: ó Dios puede negar su ratificación, y entonces el derecho del pueblo es ilusorio: ó no puede dispensarse de investir al escogido del pueblo (¿y cómo manifestaría entonces su negativa?), y en este caso no se ve muy bien en qué consiste su derecho ni cuál es la razón de su intervención. Dios no sirve en este caso más que para ocultar, salvando las apariencias, la falibilidad del derecho divino. Porque el derecho divino está completamente condensado en el derecho humano.»

(1) Acerca de este punto, léase lo que con ocasión de juzgar la excelente obra del P. Maumus *La republique et la politique de l'Eglise*, se dice por G. Belot en la *Revue philosophique*, Septiembre 1892.

cuestión es precisa, sencilla y fecunda; no estriba en que la Iglesia acepte tal ó cual forma de gobierno—el Ecuador es una República ultramontana,—sino en que adopte en materias políticas un criterio jurídico liberal. ¿Se conforma la Iglesia con que se la someta al derecho común? Los católicos liberales afirman que sí; el Vaticano lo niega de una manera explícita (1).

Tengo observado la poca consistencia del prestigio de los Papas, cuando escarmentados por las lecciones de la experiencia, se presentan como padres del oportunismo; ocurre con ese prestigio como con el «vino de oro» del Líbano, que produce un transporte agradable, pero del que se cansa uno pronto. «Los verdaderos dones de Dios, dice Renan, tienen algo de fuerte y delicado á la par, de embriagador y perdurable.» Uno de ellos es la libertad de conciencia, precioso don que el Papado no podrá nunca restituir al hombre sin ser infiel á sus principios y á su pasado. Belot ha demostrado esta impotencia en una de sus críticas más concienzudas, examinando todos los hechos históricos en que se ha mostrado la intolerancia, desde la creación del Santo Oficio por los Reyes de España hasta la revocación del Edicto de Nantes por Luis XIV; desde la sentencia bárbara y condenatoria de los concilios de Latran: «los herejes después de haber sido condenados sean entregados á los poderes seculares para ser castigados como merecen», hasta la confirmación del concilio de Verona: «los Obispos deben buscar con cuidado á los herejes y entregar al

(1) «La Iglesia, dice Maumus, no pide más que las libertades de derecho común.» León XIII, por el contrario, escribe: «No es posible que un católico quiera y pida la separación de la Iglesia y del Estado. En efecto, querer que el Estado se separe de la Iglesia, sería querer por una consecuencia lógica que la Iglesia se viese reducida á la libertad de vivir según el derecho común á todos los ciudadanos.» He aquí el tan decantado liberalismo del actual Pontífice. ¡Siempre el derecho de la Iglesia ha de ser un privilegio, su libertad un exclusivismo y su tolerancia una mentira, una farsa de teatro!

brazo civil á los contumaces, á fin de que sean castigados corporalmente». Analiza este número del *Syllabus* (XXIV): «anatemata al que diga que la Iglesia no tiene el derecho de emplear la fuerza», y termina recordando la encíclica *Quanta cura*, donde se reclama para la Iglesia el derecho de constreñir al poder temporal.

Pero abandonemos el terreno histórico y aun el terreno político para colocarnos en el terreno moral. Las circunstancias han variado. La cuestión no es de aquellas que pueden ahogarse en un diluvio de autoridades, testimonios y textos, sino que tiene razones psicológicas y hay que discutirla bajo el aspecto del derecho y de los principios. Por otra parte, eligiendo bien los textos se puede probar todo lo que se quiera, y no trato de rivalizar en este arte con los ultramontanos. ¿Qué nos dice sobre la cuestión que nos ocupa el liberalismo católico?

Oigamos á Maumus: «La libertad política es un derecho, la tolerancia en materia religiosa es un hecho que es preciso aceptar lealmente.» Belot traduce con razón: *una necesidad con la que es preciso resignarse*. Así, la oposición es neta, la tolerancia no es un principio de *derecho*, no es más que un *hecho* que se considera necesario. Claro es que si la palabra tolerancia se toma en un sentido propio, no puede ser más que un hecho, pues cuando se tolera una cosa es porque en otras circunstancias se tendría el derecho de impedirla. Hémos, pues, aquí otra vez en el terreno de los hechos consumados, alejados de toda moralidad, de toda verdad, de toda realidad.

¿Cómo evitar esta tergiversación de conceptos? Lo he proclamado en otra parte (1): «Afianzando al Estado en el puesto y lugar de la Iglesia... Toda vez que hoy tiene ya el Estado sobre los espíritus más autoridad positiva y práctica que la Iglesia, merece más confianza como elemento y poder social, para poner en su mano el magisterio de la *educación nacional*,

(1) *Las iglesias del Estado*, c. VI, p. 112.

base de nuestro porvenir y de la organización científica y económica de nuestra vida... Hase afirmado que cuando en el hombre surgen ideas que le elevan, surgen casi simultáneamente ideas que rebajan á sus dioses; otro tanto puede afirmarse de la Iglesia, cuya misión aparece tanto más empequeñecida cuanto más se agranda la del Estado.»

Esto decía ha poco para que nadie se llamase á engaño sobre la independencia de mis opiniones, y esto mismo repito hoy sin perjuicio de reconocer que el ideal de iglesia nacional constituye actualmente el único modo de destruir la centralización clerical por medio del clero mismo. Tal vez resulte humillante para la amplitud democrática y filosófica, pero el hecho es así. España podrá tener la cultura suficiente y la suficiente libertad para concebir y realizar algo más elevado en el terreno de la religión; pero la masa del pueblo vive y vivirá siempre mejor con la indiferencia que con un culto que carezca de una serie de fiestas y manifestaciones exteriores. Y es que aquí la independencia dogmática personal nos da miedo. Hemos tenido una educación religiosa que nos hace experimentar el más horrible abandono espiritual cuando perdemos las creencias de la infancia. No parece sino que no podemos creer en Dios fuera del templo, ni amarle sin imágenes á que dirigir nuestras oraciones. Al mismo tiempo, la nulidad de nuestra política, que por un lado nos hace pesimistas y por otro románticos en cuestiones religiosas, contribuye á embrollarnos y confundirnos, dejando nuestro espíritu cerrado á los más altos intereses del país.

Es propio de toda nación decadente que los problemas religiosos sustituyan generalmente á los políticos, ó mejor dicho, que sustituyan la total ausencia de estos últimos. La noción de un estado social basado en la razón, de un régimen civil apoyado en las meras exigencias del hombre ó en los vínculos temporales de los ciudadanos, sólo puede existir en pueblos que han alcanzado una gran evolución mental y jurídica. En los demás, pese á todas las corrientes internacionales de ade-

lantamiento, un movimiento herético será siempre causa de disturbios gubernativos, y una tendencia cismática provendrá en el fondo de cualquier desviación individual. Mediten esto bien nuestros hombres de gobierno, y no se hagan ilusiones creyendo en cosas que no existen. El político debe atender ante todo á los hechos, al estado del país, y pensar que sólo una Iglesia nacional independiente puede en él tener prestigio bastante para mantener su autoridad. No implicará la universalidad en la comunión, pero traerá seguramente la universalidad en el respeto, cosa que no sucede con el clero vaticanista de nuestros días. Poco es esto; pero menester es contentarse con poco. Cuando los franceses invadieron á España, hubiera sido mejor tener medios materiales y guerreros para oponerse á la usurpación; pero si no se tuvieron, no es cosa de burlarnos y no apreciar en lo que valieron medios tan insuficientes como los actos heroicos del pueblo madrileño el 2 de Mayo de 1808, la declaración de guerra del Alcalde de Móstoles al hombre que era dueño de la situación de Europa, y la lucha que las mujeres andaluzas presentaron á los ejércitos de Napoleón.

Hagamos lo mismo actualmente en el terreno religioso. Ya que no tenemos en nuestra alma colectiva una fe robusta y personal que oponer al formalismo dominador del Vaticano, aprovechemos la que haya para constituir nuestra Comunión nacional, nuestra Iglesia independiente, nuestro Catolicismo patriótico. Filipinas acaba de darnos el ejemplo; y esa necesidad social, hoy más que nunca sentida; se impone en lo sucesivo como una condición de prosperidad pública. Vana tentativa, se me dirá: el progreso laico y la secularización han avanzado lo bastante para hacer retroceder al clericalismo en su senda política verdaderamente española.

Razón de más para que el Gobierno desconfíe y recele. ¿No sabéis que es tan peligroso acercarse á un ejército en fuga como á un edificio que amenaza ruina?

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO.

UN REGENERADOR ESPAÑOL DEL SIGLO XVII

(1686-1691)

Precursores de la teoría fisiocrática en España.

Uno de los precedentes del colectivismo agrario según la fórmula del impuesto único sobre el suelo sistematizada por H. George (*single tax system*), es la escuela fisiocrática, fundada en el siglo XVIII por Gournay y Quesnay; y la escuela fisiocrática, con su doctrina de la contribución única, impuesta sólo á las industrias agrícolas y extractivas, ha tenido en España precursores tan caracterizados como Sancho de Moncada, Centani y Alvarez Ossorio, todos del siglo XVII.

El Dr. Sancho de Moncada, catedrático de Sagrada Teología en la Universidad de Toledo, en 1619, hallaba justo «*cargar á la naturaleza, que no se cansa, y no á la industria humana en el comercio*»; y proponía en consecuencia que «todo comercio de españoles quedase libre de toda alcabala, millón, estanco, puerto seco y toda otra contribución», y que en lugar suyo se impusiera un «derecho único de uno á tres reales á cada fanega de trigo, centeno, cebada y avena, aumentándose la tasa del precio de estos granos en otro tanto» (1).—Del mis-

(1) *Restauración política de España*, discurso V, cap. 5 (edición 2.^a, de Mena, Madrid, 1746, págs. 96-98 y sigs.). La obra es de 1619.—La idea de sustituir las contribuciones indirectas por una sola, llamada de la maquila ó molienda, y también de la harina, estuvo muy en boga en España en los siglos XVI, XVII y XVIII; aunque no faltaron también quienes combatieran el arbitrio acaloradamente. Alguno, como Alcázar de Arriaza,

mo modo, Centani, partiendo del principio de que «*la verdadera y física hacienda es la tierra*», proponía sustituir la muchedumbre abrumadora de las rentas provinciales por una directa y única impuesta sobre el suelo, á cuyo efecto habría de formarse un catastro esmerado de todas las tierras de labor y de fruto que hubiese en cada jurisdicción, centralizando los datos y el servicio en el Consejo de Hacienda (1).

El problema financiero por excelencia de todo aquel siglo, y aun de gran parte del anterior y del siguiente, fue la supresión de las rentas provinciales, que formaban un vasto sistema de contribuciones indirectas, tan odiadas como lo es hoy su congénere el impuesto de consumos, y no sólo por su elevada cuantía, sino también y muy principalmente por los increíbles abusos, vejaciones y tiranías de los exactores (2). Alvarez Ossorio calculaba en 100.000 el número de los que vivían y engordaban con el oficio de recaudarlas, decuplando la carga, y se propuso dejarlos sin empleo y obligarles á abrazar ocupaciones «decentes» (agricultura, armas), aboliendo toda clase de tributos y sustituyéndolos por una contribución directa y única, consistente en un *medio diezmo*, ó sea un 5 por 100, que

en 1646, ideó sustituir las odiadas rentas por una contribución única y llevadera de 2 por 100 sobre salarios, rentas de casas, barcas, tahonas, molinos, salinas, tierras cultivadas de todas clases, ganado, artes y oficios, declarando libre de toda gabela el comercio. (*Nueva declaración de un medio universal*, etc.).

(1) Según la cita de D. M. Colmeiro en su *Biblioteca de los Economistas Españoles*, etc., Madrid, 1880, pág. 72; é *Historia de la Economía política en España*, Madrid, 1863, pág. 573.—El título de la obra es «Tierras: medios universales propuestos desde el año 1665 hasta el de 1671, para que con planta, números, peso y medida, tenga la Real Hacienda dotación fija para asistir á la causa pública: remedio y alivio general para los pobres, cortando fraudes de que han hecho patrimonio los que los dominan, 1671.»—No dice Colmeiro si esta obra es impresa ó manuscrita; y en las Bibliotecas parece no ser conocida.

(2) Una relación de ellas puede verse en Alvarez Ossorio. (*Discurso universal*, págs. 9-10.)

todos los labradores y ganaderos habían de pagar en especie de todas sus producciones. Al propio tiempo se ordenarían las cosas con tal providencia, que se sembraran todas las tierras y se aplicasen á este trabajo todos los súbditos, no permitiéndose «en los demás ejercicios y oficios sino los más precisos para lo temporal y espiritual» (1).

Alvarez Ossorio y sus Memoriales.

En el tomo I del *Apéndice* á la «Educación Popular», el docto Campomanes dejó escrita la siguiente excitación, refiriéndose á Miguel Alvarez Ossorio: «Ignoro la patria y profesión de este honrado español; y dejo á los biógrafos esta indagación» (2). La indagación está todavía por hacer. Y no son menos desconocidos que el escritor sus arbitrios y construcciones sociales, sin embargo de alcanzar toda la importancia de una Politeia. Las siguientes noticias son autobiográficas, espigadas por mí en sus Memoriales: no ha de faltar quien las acaudale.

(1) *Discurso universal*, págs. 10 y 11.—La recaudación se dispondría de forma que no costara más de una cantidad muy corta de maravedís, encargándose de ella los hombres de más conciencia en cada localidad, por la sola satisfacción de servir al Rey y á la causa pública, en la misma conformidad en que se pagaban los diezmos de la Iglesia. Con tal orden, dicho medio diezmo produciría doble de lo que producían los tributos que habían de suprimirse, y encima de eso los labradores quedarían aliviados en más de 10 millones cada año.—En Madrid y algunas otras poblaciones crecidas, Alvarez Ossorio se contentaba con reducir el impuesto de consumos en una mitad; con lo cual—decía—desaparecerá inmediatamente el matute, que tiene estragada la renta, se venderán los comestibles á moderados precios, consumirá el vecindario una tercera parte más de alimentos que al presente, y la Hacienda ingresará una cuarta parte más de lo que ingresa con los tipos altos de tributación. (*Discurso universal*, págs. 8-9.)

(2) Introducción á los discursos de Alvarez Ossorio y de Martinez de Mata, pág. 5.

Era nuestro repúblico un hacendado castellano, que administraba por sí sus tierras (según dice él mismo en el primero de los Memoriales), aunque muy descuidadamente, según todos los indicios, por causa de su desmedida afición á la política; descendiente de una de las casas antiguas de España (marquesado de Astorga); espíritu moderno, de miras liberales y amplias; ardiente patriota, que viajó á su costa en la Armada Real para instruirse á fondo en las cosas de la marina militar, y llevó á cabo excursiones de estudio por toda la Península (1),—adquiriendo una gran experiencia del modo cómo se gobernaban los pueblos por oligarquías locales, que hacen pensar con sonrojo en las de nuestro tiempo; de los procedimientos usados por ellas para defraudar las rentas de la nación, lo mismo que las de propios, repartimientos y demás locales, que formaban un vasto sistema de latrocinio organizado (cada pueblo, dice, era «una ladronera»), con que perecía el Estado y se despoblaba el reino; de las secretas interioridades del comercio de la América española, sólo en apariencia español, con sus inmensos cohechos y abanderamientos del extranjero, etc., etc. Desde 1774 fue Procurador general del Reino (2), cargo gratuito, en el cual dice haber consumido toda su fortuna, en términos de carecer de recursos hasta para imprimir sus Memoriales.

Son estos en número de siete, dirigidos al Rey (Carlos II) en tiempo del Ministerio del Conde de Oropesa; ricos en erudición estadística. Están impresos separadamente unos de otros, con foliación propia cada uno. De tres de ellos se deduce la fecha: uno sólo está datado al pie. Se titulan: *Discurso universal de las causas que ofenden esta Monarquía y me-*

(1) «He discurrido por todas las tierras de España», dice en dicho Memorial, pág. 14.

(2) A la fecha del memorial titulado *Compañía universal* (1689), dice que llevaba quince años de desempeñar el cargo. Es de creer que con ese carácter y llevado de su celo, hizo sus viajes de observación, marítimos y terrestres.

dios eficaces para todas (del año 1686: 32 págs.); — *Extensión política y económica* (fechado á 11 de Octubre de 1686: 49 págs.); — *Compañía universal de fábricas y comercios etcétera* (de 1689: 12 págs.); — *Defensa, unión y restauración de esta Monarquía*, etc. (posterior á 1689: 32 págs.); — *Zelador general para el bien común de todos*, etc. (14 págs.); — *Medios ciertos y conclusiones generales que satisfacen á todas las dudas que pueden ofrecer estos Memoriales de Álvarez Ossorio* (9 págs.); — otro sin título, que principia así: *Señor, Vuestra Majestad se ha de servir considerar...* (del año 1691: 4 páginas) (1). — La edición es muy rara: la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas posee un ejemplar de todos (2); la Biblioteca Nacional, de algunos (3).

Campomanes reimprimió, ilustrándolos con profusión de notas, tres de esos Memoriales ó Discursos («Discurso universal», «Extensión política y económica», «Zelador general»), en el aludido tomo I del *Apéndice á la Educación popular*; y Sempere insertó un extracto razonado de ellos en el tomo I de su *Biblioteca económico-política*. Ni Sempere ni Campomanes conocieron más de aquellos tres.

Álvarez Ossorio no guarda en la exposición orden ni sistema: piérdese en digresiones y repeticiones frecuentes: su estilo es brumoso y mazorrado. De aquí que la lectura de sus trabajos sea fatigosa y poco agradable, necesitándose un gran esfuerzo de atención y un gran empeño de la voluntad para apoderarse del pensamiento en ellos desarrollado.

Los dos primeros aparecen presentados al Rey bajo una portada común, en que imprimió con tipos abultados la siguien-

(1) No es seguro que sea este el último de los siete; y acaso con el tiempo se descubra que existe alguno más.

(2) Tomo I de «Papeles varios», vol. en 4.º, que comprende además diversos opúsculos de otros autores sobre materias económicas. — Los Memoriales de Álvarez Ossorio se hallan encuadernados en él á la ventura, sin seguir ningún orden de fechas ó materias.

(3) Sala de Varios; reinado de Carlos II, paquete 36 de los en 4.º

te sugestiva y tentadora llamada: «Señor: con estos dos Memoriales se descubren medios para quitar los tributos y sustentar continuamente cuatro millones de personas pobres: con sus labores se enriquecerá esta Monarquía, y valdrán las rentas de V. M. más de cien millones de pesos todos los años; se podrán defender los Reynos y pagar todas las deudas en que está empeñada la Hacienda Real.»

Su programa de reformas.

El plan de gobierno de que hacía depender la salvación de España y con el cual se proponía hacer de ella una gran potencia industrial y el país más poblado y más poderoso del mundo, es de corte enteramente moderno, abarca casi todas las ramas de la Administración pública y parece, en lo general, razonable y bien orientado. He aquí sus principales capítulos:

Suprimir las rentas provinciales en absoluto. Extinguir la deuda pública.

Destinar algunos millones de pesos á sangrar con acequias, que fertilizarían las más de las tierras de Andalucía, Mancha, Extremadura, etc., el Guadalquivir, el Tajo, el Henares y demás ríos, promoviendo la fundación de 500 nuevas poblaciones tan ricas como las de Murcia y Valencia. Fomentar la marina mercante. Restablecer la industria nacional para satisfacción del consumo interior y provisión del mercado de Indias, reteniendo por la mayor parte tantos millones de pesos que se pagaban todos los años, por concepto de tejidos, al extranjero.

Proteger á las clases trabajadoras, procurando ocupación á todos los que carezcan de ella, lo mismo que á los vagos, á los cesantes de contribuciones y al personal sobrante, que el Estado debe apartar, de los oficios mecánicos, de las profesiones y del comercio, de forma que nadie padezca necesi-

dad. Fundar obras pías de vario género, entre ellas, casas para pobres y para huérfanos, á quienes se enseñaría á leer y escribir, doctrina cristiana y todos los oficios y artes. Extinguir la mendicidad.

Difundir la enseñanza en general, y particularmente la de la Economía política, á fin de desterrar la ignorancia y colocar al país en situación de poder elegir el partido que más le convenga. Suspende por un tiempo largo las carreras de Abogado y Escribano, para que disminuya el número de éstos y no perezcan de necesidad ni vivan de fraudes ni hagan durar los pleitos hasta consumir la hacienda de los litigantes. Hacer otro tanto con la carrera de Eclesiásticos, no ordenando más de una décima parte de los que se ordenan, para que el excesivo número no les fuerce á defraudar las rentas de la Corona y dedicarse al arbitrio de la logrería. Establecer en todas las Universidades y en las poblaciones principales la enseñanza de las matemáticas («que comprenden, dice, todas las ciencias») y de las artes y oficios derivados de ellas.

Surtir á España de escuadras poderosas, compuestas de hasta 140 naves de guerra y 200 de flota y galeones, con 80.000 infantes y marineros. Restaurar el ejército de tierra, haciéndolo constar de 60.000 hombres de infantería y 30.000 caballos. Acabar con la injusticia que arrastra al ejército al estado llano y pobres jornaleros, mientras los nobles, más obligados que aquéllos á la defensa de la patria, se quedan en sus casas; y á tal efecto, hacer que dicha clase nobiliaria se instruya en las artes de la guerra y forme un cuerpo de caballería de 20.000 hombres, de guarnición en las fronteras. Abolir los alojamientos.

Obligar al estado eclesiástico á que en término de cuatro años venda los inmuebles adquiridos por compra, herencia, legado ó renuncia. Amortizar conventos de religiosos. Reformar la nobleza, obligándola á administrar por sí sus estados, mayorazgos y haciendas, y á defender el país con las armas en la forma dicha.

Quemar los libros de leyes para que no acaben con España, reduciendo á un solo volumen las que parezcan indispensables para el buen gobierno.

Conquistar en Africa.

La ejecución de este vasto programa de reformas y providencias de gobierno suponía dos cosas: una Hacienda opulentamente dotada, que pudiera disponer de caudales superiores en mucho al rendimiento que se prometía del «medio diezmo»; y una organización social del trabajo supletoria ó complementaria del trabajo libre.

El Estado, agricultor é industrial. Nacionalización del comercio.

Alvarez Ossorio satisface ambas exigencias mediante un vasto sistema de asociación del Estado con los particulares para el ejercicio de la agricultura, de las manufacturas y del comercio; arbitrio de la siembra, arbitrio de los telares y compañía universal de fábricas y comercio,—que proporcionarían el sustento á 4 millones de personas y un ingreso anual de 100 millones de pesos á la Hacienda.

Los particulares seguirían siendo libres para labrar por su cuenta lo que y cuanto quisieran en las tierras de su propiedad y en las concejiles, lo mismo que antes. Pero, independientemente de eso, se sembrarían de trigo, cebada y centeno 2 millones de fanegas de tierra por iniciativa del Estado y bajo su inspección inmediata. La semilla necesaria se obtendría: parte, con diez millones de un donativo forzoso, al cual habrían de contribuir todas las clases sociales según tipos que determina; parte, por préstamo de granos, forzoso también, hecho por los labradores ricos á los labradores pobres, sin más interés que el de 5 fanegas por cada 100. Tierras: las más fértiles de cada localidad que se hallen baldías, pero pagándose á los dueños de ellas, cuando sean de propiedad particular, una corta re-

tribución. Sembradores: hombres que sean entendidos en la labranza, cuidadosos y de conciencia; á cada uno de ellos se concedería un número de fanegas proporcionado á su grado de inteligencia. Administración: en cada localidad se nombraría veedores á las personas de más honradez entre las de mejor posición, quienes, por servir á Dios y al bien común, cuidarían de que el cultivo se hiciese á uso de buen labrador, con facultad de desahuciar á los negligentes de la siembra que les hubiese sido concedida y poner otros en lugar suyo. Producto calculado, término medio al año: 15.000.000 de fanegas de trigo, y otros 15.000.000 de cebada (1); la mitad para el Rey (que es decir, para el Estado); y la otra mitad para las familias de los labradores asociados ó concesionarios de las siembras (2). Resultado: esas 250.000 familias que perecían de necesidad, han tenido donde colocar fructuosamente su trabajo, y quedan remediadas; y el Erario Real junta con aquellos quince millones de fanegas de grano diez millones más por el medio diezmo de la misma especie (á que hay que añadir el medio diezmo del vino y de la carne) (3).

Veamos ahora el destino que la Hacienda había de dar, en el pensamiento del autor, á esas grandes provisiones de pan, vino y carne recogidas en guisa de tributo.

Hallaba él que «el árbol más fructífero que tiene el mundo,

(1) Sembrando de trigo los dos tercios de la superficie puesta en explotación, y de cebada el tercio restante.

(2) A estos concesionarios ó asociados los designa con la denominación de «administradores» de los dos millones de fanegas de tierra (*Discurso universal*, pág. 13). La sinonimia resulta claramente del segundo Memorial, *Extensión política*, pág. 11; pero Campomanes no cayó en la cuenta, dejándose desorientar por el vocablo, que le hizo errar la inteligencia del texto en esa parte. (*Apéndice cit.*, tomo I, págs. 356 y sigs.)

(3) *Discurso universal*, págs. 11-14; *Extensión política y económica*, pág. 11.—El arbitrio de la siembra tenía precedentes en nuestro país: por ejemplo, Luis de Castilla (*Razonamiento hecho al Reyno congregado en Cortes, proponiendo el arbitrio de la siembra* (1604) y Murcia de la Llanura (1624), (hoja suelta, cit. en mi *Colectivismo agrario*, § 4, pág. 75.)

es el hombre»; que «la mayor necesidad que España siente, es de gente»; y que para multiplicarla no bastaba la agricultura por sí sola: el concurso de una industria potente era indispensable. La población se ha de aumentar—decía—fomentando juntamente los cultivos y las manufacturas; «son éstos, añade, como el alma y el cuerpo: en faltando las fábricas, los cosecheros perecen, porque no hallan quien consuma sus cosechas». Acorde con esto, idea un plan de 300.000 telares (de lienzo, lana y seda por terceras partes) establecidos de cuenta del Rey y repartidos por todo el territorio, que proporcionarían el sustento á dos millones de pobres, nacionalizarían el mercado interior y el de Indias, que estaba de hecho en manos de extranjeros, y rendirían al Tesoro público 75 millones de pesos, permitiendo la total supresión de los tributos (1). Con el trigo, vino y carne del medio diezmo, y el trigo de la siembra colectivista, forma su ración diaria á los 2.000.000 de personas ocupadas en la labor de hilados y tejidos, completando lo que falta de las tres especies con el producto de la venta de la cebada. Puntualiza, además, el cómo y dónde habría de cultivarse el lino y criarse la seda para alimentar de primera materia tantos telares nuevos (2).

(1) *Extensión política y económica*, págs. 11-14.—A setenta y cinco millones de pesos hace ascender el producto líquido en la página 12; á sesenta y cinco en la página 40; error de imprenta seguramente. De todos modos, en previsión de yerros y para atender á imprevistos, rebaja el cálculo á 40 millones de pesos.

Con esto, y las rentas de la mar (20 millones), las de todos los reinos de Indias (50), Puertos secos, Salinas reales y Subsidio excusado (6) y los frutos que pueden venir de las Indias (4), reúne un total de 120 millones de pesos,—de que todavía habían de sobrar 20 después de fabricar 440 naos de guerra y mercantes, mantener los ejércitos, costear la administración pública por el sistema de sueldos ó salario para que los Virreyes y Gobernadores no roben, mantener con fausto las Casas Reales, invertir cinco millones en obras pías todos los años...

(2) *Ibidem*.—El arbitrio de los telares no era enteramente nuevo: Fr. Juan de Castro, en el *Quinto papel: medio general para sanar, con-*

No se agota con esto la vena proyectista de nuestro autor ni acaba ahí su programa financiero y social. Proponíase — hemos dicho— rescatar y nacionalizar el mercado interior y el de América, que de hecho corrían por cuenta de extranjeros, lo mismo que el transporte marítimo; y así bien, cortar de raíz los fraudes y el escándalo de la competencia; amortizar en una gran proporción los oficios de mercader, obligando á los que los ejercían á abrazar ocupaciones «más generosas y nobles»; repartir entre todos los españoles los pingües lucros que rendía el tráfico, así interior como exterior, y que redundaban en beneficio exclusivo de extranjeros y de una clase nacional á juicio suyo parasitaria; y enriquecer á los labradores, colocándoles á buen precio los frutos y ganados que, por falta de industria y de comercio, no tenían salida. A este efecto concibe y desarrolla el proyecto de una *Compañía universal de Fábricas y Comercios*, en la cual entrarían «forzosamente» todos los españoles con un 10 por 100 de sus rentas anuales (á menos de necesitarlas precisamente para su sustento), y «voluntariamente», con cuantos caudales pudieran y quisieran, y cuyas ganancias se distribuirían entre ellos semestralmente en proporción á la parte de capital aportado por cada uno. Alvarez Ossorio atribuye á esta institución toda la importancia de un Estado republicano dentro del Estado monárquico, que no había de embarazar á éste, y antes bien, había de procurarle no escaso alivio. El Poder público prestaría sus odores, contadores y ministros, gobernadores, tesoreros, alcaldes, justicias y corregidores para el gobierno central y local de la Compañía.

servar y aumentar la Monarquía (apud *Memoriales para el entero conocimiento de la causa que destruye y acaba la Monarquía de España*, 1669), quería que se quitasen todos los tributos, los ministros de millones, jueces receptores y todos los demás, obligándose en cambio los contribuyentes á sostener por término medio 30 telares (de fábrica de lienzos, lana y seda por terceras partes), pagando su jornal á los tejedores; de vender los tejidos se encargarían los Erarios (cuya creación se había decretado en 1622): la mitad de la ganancia cedería en beneficio del Estado, ó como entonces se decía, del Rey.

Además, entrarían á formar el capital de ésta: todo el dinero de los depósitos generales y particulares, eclesiásticos y seglares, que en la Compañía gozarían de más seguridad (y con ocasión de esto se descubrirían más de 20 millones que carecen de dueño); la plata quebrada de las iglesias; las vacantes de todos los obispados y arzobispados, beneficios y prebendas eclesiásticas durante un año, cuyas rentas se invertirían en las fábricas y comercios; la mayor parte de las cabañas reales de ganado merino, para surtir las fábricas de lana; los propios de las ciudades, villas y lugares, etc. Tan grande era su fe en la virtud de esta institución, tan crecidas las ganancias que esperaba había de proporcionar á los capitales, que tenía por seguro que antes de dos años se habrían impuesto en ella «todos los tesoros y caudales de todos los súbditos españoles, así eclesiásticos como seglares, grandes y pequeños». Para que también los pobres pudieran participar de los beneficios de la Compañía, se les permitiría ingresar en ella imponiendo una cuota mensual, según se practicaba en las Congregaciones y Hermandades.

La Compañía pondría en todas las ciudades y poblaciones crecidas almacenes públicos, donde se expenderían al por mayor y menor todo género de mercaderías, con una muy moderada ganancia y á precio fijo con arreglo á tarifa. Y como la Compañía se proveería directamente en el extranjero (en tanto la industria nacional se desarrollaba), y por otra parte, cada uno de sus almacenes había de despachar tanto como algunos centenares de tiendas, cesarían los contrabandistas y revendedores, y los comerciantes tendrían que cerrar sus establecimientos y dedicarse á la fabricación, con que el país ganaría sin perder ellos. Cesarían asimismo las usuras. Correrían de cuenta de la Compañía todas las contratas con el Estado, la Deuda flotante, y las negociaciones de cambios y letras (1).

(1) *Defensa, unión y restauración de esta Monarquía*, págs. 2 y sigs.; *Compañía universal*, págs. 7 y sigs.; Memorial cit. de 1691, pág. 1 y sigs.

A beneficio de esta organización del trabajo, dice, podrán todos ganarse la vida desde los seis á los ochenta años y á su tiempo tomar estado; habrá derecho á constreñir á los vagos y mendigos válidos á que trabajen, sin temor de que perezcan en los montes ó se extrañen á otros reinos, porque podrá ofrecérseles ocupación; y en suma de todo, la Corona no se despoblará, y antes bien, su población se acrecentará rápidamente.

Revolución desde el poder. Sujeción del caciquismo á la aristocracia natural.

El plan de gobierno arriba bosquejado constituía para los poderes, en opinión de Alvarez Ossorio, hasta un caso de conciencia, atendido que «por las confusiones del Gobierno [*por el mal gobierno*] habían perecido más de la mitad de las familias de estos reinos». Tenía una gran fe en la virtud de su programa regenerador, que haría de España, á su modo de ver, la primera potencia del orbe. Un optimismo candoroso corre por todas las páginas de sus Memoriales hasta rebosar: «En ningún tiempo desesperaré (dice ya cerca del final), porque mucho mal suele ser víspera de mucho bien» (1). No dejaba, sin embargo, de poner algunas condiciones, particularmente estas dos: 1.^a Empezarlo todo simultáneamente y ejecutarlo por vía de revolución desde el poder. 2.^a Mejorar el personal gobernante, buscando dique y freno á la desenfrenada cacocracia reinante en la aristocracia natural de cada localidad.

He aquí, respecto á lo primero, los términos en que discurría:

güentes.—La administración y contabilidad de la Compañía se hallan expuestas por el autor con gran minuciosidad é ilustradas con abundantes cálculos numéricos: cuanto dice redúcelo á guarismos.

(1) *Medios ciertos y conclusiones generales*, pág. 9.

«Para obviar el menor fraude [*abuso, vicio, corruptela, etc.*], es preciso quitarlos todos; y más fácil es el remedio general de todos que en particular de uno solo, porque se hallan todos eslabonados en una fuertísima cadena, y *si toda no se desbarata, es imposible remediar esta Monarquía*, si Dios no envía un Angel para libertarnos desta confusión y cadena que labró la malicia» (1). Ese dilema: ó una revolución desde el poder ó un milagro del cielo,—retrae aquel otro que Rivière planteaba tiempo después á Quesnay, el fisiócrata, con referencia á Francia: «este país no puede regenerarse sino por una conquista ó por una revolución». Dilema terrible, que para Francia se resolvió por el lado de la revolución y para España por la conquista de franceses contra austriacos, y que ahora se nos ha planteado de nuevo, todavía más exigente y amenazador que hace dos centurias. En el arbitrio del Angel no confiaba mucho nuestro autor, porque Dios, al decir suyo, es tardo y difícil para llegar al milagro; aunque sí encontraba posible que Dios comunicase á alguien suficiente luz para acertar con un plan de gobierno fundado en *verdad y caridad*, que restaurase lo que la malicia de los hombres había puesto en tan lamentable estado, que sanase de todas sus dolencias al cuerpo social y lo hiciese rico, fuerte y poderoso (2). Por desgracia, eso que él pedía para suplir el milagro, para reconstituir la nación, un gobierno basado en verdad y caridad, eso es lo que entonces faltó, ¡y eso lo que falta y ha faltado ahora!

(1) *Extensión política y económica*, pág. 39; cf. *Discurso universal*, págs. 3-4.—Campomanes tiene por exacta la tesis del escritor castellano, combatiendo «el error de creer que los abusos deben remediarse poco á poco y sucesivamente». «La timidez en su remedio—añade—puede nacer solamente de dos motivos: ó porque no se conocen bien y sus causas, ó por no ofender á los que se hallan interesados en sostener los mismos abusos contrarios á la felicidad pública, ó por mejor decir, que prefieren su interés particular al bien de todos...» (*Apéndice citado*, parte 1.^a, Madrid, 1775, págs. 133-134).

(2) *Discurso universal*, págs. 3-4; *passim*.

Tocante á lo segundo, después de pintar el lastimoso cuadro del caciquismo timocrático que tiranizaba y saqueaba á los vecindarios, comiéndose los propios y demás rentas del concejo, y aun las mismas rentas Reales; los regidores, alcaldes, arrendatarios de tributos y escribanos de Ayuntamiento repartiendo veinte á los que no podían pagar cinco y diez á los que debían pagar ciento, simulando una quiebra luego de hecha la cobranza, para alzarse con los fondos y hacer nuevo repartimiento, cobrando dos veces los tributos, haciendo partícipes de las cantidades defraudadas «á algunas personas superiores para que, intercediendo por ellos en caso de necesidad, les guarden las espaldas», «personas que por una cantidad de dóblones los apadrinan, para que la piedad de los Ministros superiores les perdone»,—caso, como se ve, bien caracterizado de caciquismo y de oligarquía, á que él achaca la falta de manufacturas, la ruina de la agricultura y la despoblación de los lugares de que adolecía el reino (1),—dice textualmente: «Con facilidad se pueden remediar todas las confusiones y fraudes referidas, *si intervienen en todos los lugares los hombres más desinteresados*, así eclesiásticos como seculares: estos harán oficio de *padres de la Patria*, porque con su asistencia se tratará verdad: de aquí se seguirá enriquecerse los lugares y acrecentarse las rentas Reales, con grande aumento en la población de estos Reynos y en los progresos de la fe. A cada una de las personas referidas se le dará á su tiempo una instrucción para que no las puedan engañar, dándoles permiso para ajustar las quientas...» (2). En el Memorial de 1591 aclara algún tanto su idea, diciendo (después de aludir á las maldades que cometían las justicias de los lugares en los repartimientos de tributos, en los arrendamientos de propios y en los de las rentas Reales): «En los lugares grandes hay reli-

(1) *Disc. univ.*, pág. 5: *Zelador general*, pág. 3 y sigs.; y memorial de 1691, pág. 3.

(2) *Zelador general*, págs. 6-7.

giosos, clérigos y caballeros *zelosos*, y en los lugares cortos hay cura y algunas personas *de seguridad y conciencia*. A estos se les ha de dar licencia para que nombren las personas que más convengan para que en su presencia se pregonen y rematen los arrendamientos en personas seguras, por sus justos precios, y que no repartan diez á los que pueden pagar ciento y ciento á los que no pueden pagar diez. Y es cierto que todos asistirán *por servir á V. M. y á los pobres...*; y no sucederá cosa buena en España mientras no se tome esta providencia para deponer la causa principal de la qual se originan todos nuestros daños» (1). En conclusión: que no pudiendo combatir de frente el caciquismo local, á causa de la perpetuidad de los oficios públicos, discurre manera de intervenirlo y limitarlo, instaurando al lado de él un orden nuevo de gobierno, de acción indirecta, confiado á las que llamaríamos «autoridades sociales», á «los mejores» en cada localidad.

*
* *

El programa de gobierno de Alvarez Ossorio era, en lo general, acertado y habría efectivamente podido emparejar á España con las demás naciones europeas, redimiendo el retraso de cerca de dos siglos que traía ya respecto de ellas, á no haber carecido tan en absoluto de hombres de Estado que lo llevaran á la práctica; pero su plan financiero y económico-social constituía un ensueño, condenado irremediabilmente á seguro fracaso. En relación al país español y al ambiente político de su tiempo, la concepción de Alvarez Ossorio representa un número más añadido al brillante catálogo de repúblicas edénicas y ciudades solares. Si hubiera poseído el arte de un Morus, de un Fenelon, del mismo Bellamy, habría podido componer con aquel material una «Océana» ó una «República» de muy agradable y entretenida lectura.

JOAQUÍN COSTA.

(1) Memorial cit. de 1691, pág. 3.

ESTUDIOS SOBRE MORATIN

LA PRIMERA REPRESENTACION DE "EL SI DE LAS NIÑAS"

Con el incendio que el año de 1802 dió en tierra, hasta dejarlo en los huesos con aquel antiguo corral de la Pacheca, que desde el siglo XVIII tomó el nombre de Coliseo del Príncipe, hasta que á mediados del siglo XIX Ventura de la Vega, amparado por los Ministros D. Antonio Benavides, D. Patricio de la Escosura y el Conde de San Luis, para remedar el ejemplo de Francia, que tiene su *Commedie Française*, le dió el nombre de *Teatro Español*; la compañía que actuaba en su palco escénico, bajo la dirección de Isidoro Máiquez, tuvo que ampararse al de los Caños del Peral y alternar en él con las de canto español é italiano, mientras el Príncipe se reconstruía. Con este motivo el teatro de la Cruz quedó solo, imperando por su carácter genuinamente castellano.

Mal año para uno y otro coliseo se presentó el de 1806. La funeral derrota de Trafalgar, abismo que se tragó en dos horas de combate el poderío naval restaurado, desde el Ministerio del Marqués de la Ensenada, por los cuidados de tantos Ministros ilustres como exornaron el reinado de Carlos III, por los

sacrificios impuestos al público Tesoro y los que hicieron pesar sobre la fortuna de los pueblos, y por el esfuerzo de emulación en el saber, en el arrojo, en el honor y en el heroísmo que caracterizó á nuestros gloriosos marinos del siglo decimo octavo, proyectaba una sombra siniestra sobre el alma de la nación, intranquila ante la expectación de nuevas y más profundas calamidades con la enemistad siempre viva de Inglaterra, el augurio de las insurrecciones americanas que ya Miranda incubaba en Nueva York y Santo Domingo contra Caracas, y finalmente, con el continuo sobresalto en que, á pesar de su aparente alianza, nos hacía vivir el genio voluble y ambicioso de Napoleón. Donde el luto no había extendido, en la catástrofe naval del 21 de Octubre antecedente, el tapiz de sus negros crespones, reinaba el secreto temor de las tempestades que nos amenazaban.

Los heroísmos de Trafalgar arrancaron á la musa lírica de España casi tantos inspirados conceptos de la más alta virilidad como los triunfales de Lepanto, que dieron á nuestras armas la hegemonía del Mediterráneo, y los no menos gloriosos de las islas Azores, que nos dieron la preponderancia naval en el Océano. Quintana, Moratín, Arriaza, Subiron, Mor de Fuentes, Salas, Sánchez Barbero, Maury, Laiglesia, Darrac, Cangas, Vargas Ponce, Carnicero, Beramendi y el presbítero D. Tomás González, los cantaron con elocuencia altisonante. Aquellos himnos gloriosos de un noble patriotismo que muy luego iba á ponerse á la prueba terrible de la sangre y del fuego, hiriendo todas las almas, ahuyentábanlas por secreta sugestión de las insinuantes atracciones de lo festivo y frívolo.

Esta disposición moral, en nada marcaba tanto su fatídica depresión como en la recreación del teatro.

Al comenzar el año, en el de la Cruz, se representaba uno de aquellos *melodramas heroicos*, propios para el público de brocha gorda de las festividades de las Pascuas, en que tan fecundo era, y fue hasta cerca de la mitad del siglo pasado, el genio del á la sazón *poeta de compañía* D. Félix María

Enciso Castrillón, por el que en la nómina de aquel mes se le dieron mil y quinientos reales (1). Titulábase *La muerte de Tipóo Saib, ó la toma de Seringapatán*; y la verdad es que aquel adefesio de ingenio, cuya simple lectura hoy no habría plácido aficionado que pudiera soportarla, dió al teatro muy buenas Navidades y muy óptimos Reyes; pues hizo mantener los ingresos entre los 6.638 reales, que se cobraron el día de los egregios Magos, y los 8.360 á que ascendió el de los alegres pastores de Belén. No obstante, la depresión vino inmediatamente á dejarse sentir terminada la vacación de Escuelas y Tribunales; y Antonio Pinto, que aunque primer actor de carácter, anciano ó barba, como vulgarmente se le llamaba, en razón á ser el apoderado ó autor de la Compañía, era el encargado de indicar las altas y bajas del personal y las de las

(1) De D. FÉLIX ENCISO CASTRILLÓN no están publicadas la mayor parte de las comedias anteriores á 1808. Ovilo Otero, en su *Bibliografía del teatro moderno*, trabajo que por estar muy incompleto y mal pergeñado permanece y permanecerá siempre inédito, menciona más de cien obras teatrales de este poeta, pero muchos de sus nombres están equivocados y no les acompañan datos de ningún género que ilustren esta nómina deslabazada. Enciso Castrillón, coetáneo de Moratín, publicó en 1799 el *Ensayo de un poema de la poesía*. Los nombres de sus melodramas, comedias y demás piezas de representación ó música, hay que buscarlos en las cuentas y nóminas de los tres teatros, del Príncipe, la Cruz y los Caños del Peral, en el tiempo que fue *poeta de compañía*. En este tiempo refundió algunas comedias del teatro antiguo: *El aviso de solteros*, de Rojas Zorrilla; *La casualidad contra el cuidado*, de Coello, y *Las muñecas de Manuela*, de Cubillo, que bautizó con el nombre de *El amor por el tejado*. Son originales suyas: *El divorcio por amor*, *Dorotea*, *El joven de setenta años*, *El calavera escarmentado*, *La comedia de repente* y *El hombre de bien amante, casado y viudo*, y tradujo del francés *El mayor Palmer*, *El pleito del Marquesado*, *Los dos ayos*, *El agresor de su familia*, *El sordo en la posada*, y otras varias. En 1808 participó de las emociones del patriotismo, y se refugió en Cádiz, donde escribió una comedia de circunstancias titulada *Defensa de Valencia y castigo de los traidores*. Allí también escribió un opúsculo del día, con título de *Noticia exacta de lo ocurrido en la plaza de Cádiz é isla de León desde que el ejército enemi-*

obras que se habían de hacer, vióse obligado el día 8 á sustituir *La muerte de Tipóo Saib* por *El hechizado por fuerza*, comedia refundida de la antigua de D. Antonio de Zamora, que no resistió cuatro días en el cartel.

El 13 se puso en escena *Merecer por semejanza ó conseguir por sí mismo y el parecido de Rusia*; el 15, *El fruto de un mal consejo contra el mismo que lo da ó prisionero de guerra*; y el 21, *El misántropo ó el enemigo de los hombres*, anunciando que la señora RITA DE LUNA tomaba la parte principal que le correspondía en su ejecución. Mas todas estas novedades no sacaban al público de su enfriamiento.

Las entradas habían descendido de manera que el 12 no ingresaron en caja más de 3.523 reales; el 20 aun bajaron hasta 2.023, y aunque el prestigio de Rita de Luna levantó la

go ocupó la ciudad de Sevilla, y un sainete, *El sermón sin fruto, ó sea Josef Botellas en el Ayuntamiento de Logroño*. Más adelante, en 1832, volvió á escribir *Los enredos de un curioso*, melodrama en dos actos, cantado por los alumnos del Real Conservatorio en celebridad del nacimiento de la Infanta Doña María Luisa Fernanda. El día 18 de Octubre de 1838 leyó una *Oración inaugural en la Universidad Central*, habiendo sido trasladada á esta corte la antigua Complutense, fundada por el Cardenal Ximénez de Cisneros en Alcalá de Henares; y finalmente, de 1840, hay impresas en Madrid y arregladas por él unas *Lecciones y modelos de elocuencia sagrada y forense*, lo que hace colegir que vivió más de ochenta años. Como este literato no ha sido nunca objeto de mis estudios, no he hecho más investigaciones sobre él, aunque en mis *Orígenes históricos del periodismo en España* aparece su nombre reclamando licencia del Consejo en 1800 para publicar un *Diario de Ciencias*, y en 1802 otro *Diario de Bellas Letras*. En la solicitud para el primero se decía «hijo de un criado que sirvió á V. M. más de cincuenta y siete años», añadiendo que «había empleado toda su vida en un continuado estudio, de tal suerte, que en el día cuenta más ejercicios literarios que años ha vivido». También en mi *Catálogo alfabético-biográfico de los muertos y heridos el 2 de Mayo de 1808* (Madrid: imprenta del Cuerpo de Artillería, 1893), el número 378 de los muertos en el Parque se llamaba *Tomás Alvarez Castrillón*, cochero del Capitán General Marqués de San Simón, Coronel de Reales Guardias Walonas, sin saber si tenía algún parentesco con el poeta.

animación de los aficionados hasta marcar en el graduador de la contaduría en los días 21, 22 y 23 sucesivos 4.902, 4.221 y 5.550, respectivamente, el teatro esperaba reponerse de las pasadas pérdidas con la nueva comedia que se tenía en estudio desde hacía algún tiempo, y que al cabo se anunció para el día 24: *El Sí de las Niñas*, en tres actos y original del poeta tan conocido y respetado ya de todo el mundo literario, que en sus obras tomaba el nombre de INARIO CELENIO, PASTOR ARCÁDICO, y en el que todos traducían el de D. LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN.

Las noticias que había en los círculos de los teatros y de las letras, en los cafés y botillerías de la calle del Príncipe y de la Abada, en el pórtico de Correos y en todos los parajes de la murmuración, eran que los que la conocían en las lecturas de la intimidad la tenían por la más perfecta y acabada de cuantas había producido la pluma nunca demasiado prolífica del maestro reformador de la escena española, espejo de la naturaleza, cincel del arte, canon de la sencillez, donosura del ingenio, gloria del Pindo y recreo de Apolo y disloque de las Musas. Se sabía además que Moratín la tenía concluida y pergeñada para la representación desde dos años antes; que en los días 24, 25 y 26 de Octubre de 1804 había dado las primicias de su lectura, á acto por día, en la tertulia íntima del Príncipe de la Paz, en el Palacio de los Ministerios, donde se había celebrado mucho; que la tertulia literaria de casa de D. Juan de Tineo, la había tributado su más entusiasta aprobación; que el 27 de Enero de 1805 volvió á sufrir otra lectura de honor en los aristocráticos salones de la Marquesa de Villafranca, de donde salieron muy gustosamente impresionados cuantos tuvieron la fortuna de oirla; que el 15 de Noviembre siguiente, resuelto el autor ya á darla á la escena, la leyó de nuevo en casa del autor de la compañía de la Cruz, Antonio Pinto, con asistencia de actores, y que todos echaban memoriales porque Moratín les confiase un papel; que los primeros ensayos de la dama de carácter *María de Rivera* y de la dama jo-

ven *Josefa Virg*, los habían tenido también con el autor en sus propios domicilios hasta infundirlas á la perfección el carácter y temple de lo que habían de representar; que el 8 de Enero siguiente asistió Moratín en la Cruz al primer ensayo de conjunto, y el 12 al primer ensayo sobre el tablado; que éste se repitió los días 17, 23 y el mismo 24 que se anunció para el estreno, y que cuantos hablaban de la obra abrigaban la más completa confianza en un éxito satisfactorio y alborotador.

II

La compañía de la Cruz, que siempre estaba en rivalidad con la del Príncipe, tenía por estrella de primera magnitud á RITA DE LUNA, así como la del Príncipe á ISIDORO MAIQUEZ; pero ni en número, ni en calidad de actores, era á aquélla inferior. La nómina de los que la componían en el acto de estrenarse *El Sí de las Niñas*, de Moratín, con los *sueldos semanales* que determinaban su jerarquía, era la siguiente:

<i>Damas</i>	Señora Rita de Luna.....	280 reales.	
	» María García.....	252	»
	» Joaquina Arteaga...	196	»
	» Rosa García.....	196	»
	» María Rivera.....	154	»
	» Josefa Virg.....	154	»
	» Joaquina López.....	84	»
	» María Ríos.....	84	»
<i>Cantado</i>	Señora Laureana Correa....	210	»
	» Vicenta Laporta.....	210	»
	» Carlota Michelet.....	140	»
	» Martina Iriarte..	140	»
<i>Galanes</i>	Señor Manuel García Parra.	252	»
	» Antonio Ponce.	224	»
	» José Díez.....	168	»
	» José Vallés.....	126	»
	» Manuel León.....	84	»
	» José González.....	84	»

<i>Galanes</i>	Señor Braulio Hidalgo	63 reales.
	» Juan de Mata.....	56 »
	» José Cortés... ..	42 »
	» Manuel Hernando....	42 »
<i>Barbas</i>	Señor Antonio Pinto.....	224 »
	» Francisco Vaca.....	140 »
	» Andrés Pinto.....	168 »
<i>Graciosos</i>	Señor Mariano Querol... ..	224 »
	» José García Hugalde.	126 »
	» Francisco López... ..	126 »
<i>Cantado</i>	Señor Mariano Ledesma....	182 »
	» Vicente Sánchez... ..	182 »
	» Eusebio Fernández..	152 »
<i>Apuntadores</i>	Don DIONISIO SOLÍS	126 »
	Señor José Casas.....	84 »
	» Francisco Farelo.....	70 »
	» Blas Flores..	98 »
<i>Compositor de</i> <i>música</i>	} Don Blas Laserna.....	140 »
<i>Tramoyista</i>	Señor Francisco Baus.....	126 »
<i>Guardarropa</i> ...	» Antonio Meléndez ..	84 »
	LA VIRGEN DE LA NOVENA..	42 »
<i>Racionistas</i>	Señor Manuel Fernández, etc.; pues éstos no cobraban sino los días que representaban, menos la VIRGEN DE LA NOVENA, que cobraba sin excepción sus seis reales diarios, como racionista.	

A estos sueldos semanales había que agregar los mensuales de contrata ó de partido, por lo que la Sra. Rita de Luna cobraba 2.480 rs. cada mes; María García, 2.232; Rosa García, 1.736; Joaquina Arteaga, 1.736; María de Rivera, 1.364; Josefa Virg, 1.364 también; Antonio Ponce, 2.232; Antonio Ortigas, 1.984; otros 1.984 Antonio Pinto, y en proporción los demás. Sólo á Rita de Luna, por un acuerdo de los Comisarios del Municipio de 1798, y en premio á su mérito sobresaliente, se le daban de plus 3.000 reales anuales del fondo de decoraciones.

La ambición de cuantos daban originales, traducidas ó

arregladas del teatro español antiguo ó del francés obras á la Cruz, lo mismo que al Príncipe, estribaba: primero, en que se distribuyeran los papeles entre las primeras partes, fiando el éxito al prestigio y al respeto que este mismo prestigio creaba hacia el comediante; segundo, que se las exornase con el mayor y más costoso aparato posible, y por último, que se vistieran de relumbrón. Moratín era el reverso de esta medalla. El éxito de sus producciones dramáticas lo hacía depender de la fortuna de su invención, del acierto de su composición y del atractivo de su lenguaje; y si los demás accidentes habían de contribuir á la victoria franca de un resultado espontáneo, para obtenerlo buscaba aquellos actores en quienes estuvieran más en carácter los papeles que habían de desempeñar, pues él era harto prolijo y minucioso en los ensayos para sacar de cada uno el partido que se proponía.

Respecto al aparato escénico no lo había menester. La representación de las escenas de sus obras siempre se verificaba en condiciones de la vida común; y con relación á los trajes, no exigía otra cosa que la decencia, la pulcritud, la sencillez y la propiedad.

Al anunciarse, por lo tanto, el estreno de *El Sí de las Niñas*, ya sabía el público que no había de ir á admirar un pugilato á brazo partido entre el aparato industrial y el ingenio. Moratín era muy avaro de su gloria, y toda la quería para sí.

En el reparto de sus papeles nada tenían que hacer Rita de Luna, ni María, ni Rosa García, ni Joaquina Arteaga, las dos primeras y las dos segundas de la Compañía. Descartó del mismo modo al primer actor Manuel García Prieto y al primer barba Antonio Pinto, y sólo hizo venir de fuera un actor nuevo en Madrid: Andrés Prieto, á quien él se propuso *dar la alternativa*; confiando el desempeño de las dos mujeres importantes de su comedia, *Doña Irene y Doña Francisca*, á las damas de tercer grado: á María Rivera, á quien el público regañaba por fría, y á Josefa Virg, que era la damisela pintiparada que él necesitaba para los melindres de la ejecución.

Con un escenario sin otro aparato que el de la mísera representación de la sala de una posada de Alcalá de Henares, siete actores de segundo y tercer orden en juego, y no más vestidos que los exigidos por la modestia de una familia de mediana posición en viaje (1), algunos años antes, cuando á Moratín se le discutía en todo, la silba que se le preparara habría de ser monumental, dejando en *mantillas* la del estreno de *El Barón* (2) en 1803. Mas esta vez todos los círculos de Madrid estaban movidos de la más ardiente curiosidad. De fuera habían venido gentes á asistir á la primera ejecución. Los encargos para las localidades se habían hecho con mucho empeño y grande anticipación. Y aunque los émulos de Moratín decían que todo aquel aparato era debido á que la comedia había sido dedicada al Príncipe de la Paz, que no sólo había admitido la dedicatoria, sino anunciado su venida del Real sitio de San Lorenzo, donde se hallaba con la corte, sólo para concurrir al estreno, ello es que contra ella no se formó, aparentemente al menos, ninguna confabulación.

(1) Esto no obstante, para *El Sí de las Niñas* Moratín se ocupó de este accidente más que para otras obras suyas; y desde que los ensayos se formalizaron, según él mismo dejó apuntado en las *Notas diarias de su vida íntima*, no pasaba día sin que visitara con celo el vestuario de la Cruz.

(2) En unos *datos autobiográficos y autógrafos* de Moratín que existen en la Biblioteca Nacional—*Sala de Mss.*—P. V. f.—c. 29.—Núm. 16— se encuentra este apunte curioso de la fecha de la primera publicación de sus obras más importantes y primera representación de todas las dramáticas.

Granada rendida: edición de la Real Academia Española, 1779.— (Edad del autor, diez y nueve años.)

Sátira contra los vicios de la poesía: edición de la Real Academia Española, 1782.—(Edad del autor, veintidós años.)

El viejo y la niña: comedia original en tres actos, 1790.— (Su edad, treinta años.)

La comedia nueva ó el café: comedia original en dos actos, 1792.— (Edad del autor, treinta y dos años.)

Hamlet: traducción de Shakespeare, con notas; 1798.—(Su edad, treinta y ocho años.)

III

Para la primera representación de *El Sí de las Niñas* se despacharon dos días antes, en cuanto se anunció la venta, de los once palcos principales que había libres aquella noche en el coliseo de la Cruz, *todos*; de los trece segundos, los trece; de los doce terceros, los doce; de las cuarenta y nueve lunetas, porque las demás pertenecían al abono y á los que las disfrutaban por razón de oficios, cuarenta y ocho; y de los seiscientos asientos de patio, cuatrocientos setenta y cinco; de los doscientos asientos de la grada derecha, ciento cincuenta y dos, y ciento setenta y uno de los de la izquierda; de los veintiocho bancos de la derecha, *todos*; y de los treinta asientos del corredor de la derecha, *todos* también; *todas* las siete delanteras del cubillo de la derecha, y tres de los cuatro asientos de atrás en el cubillo del mismo lado; *todos* los veintiocho bancos de la

El Barón: comedia original en dos actos, 1803.—(Edad del autor, cuarenta y tres años.)

La mogigata: comedia original en tres actos, 1804.—(Edad, cuarenta y cuatro años.)

EL SÍ DE LAS NIÑAS: comedia original en tres actos, 1806.—(Su edad, cuarenta y seis años.)

La escuela de los maridos: traducción y arreglo de la de Molière, 1812.—(Su edad, cincuenta y dos años.)

El médico á palos: traducción y arreglo de la de Molière, 1814.—(La edad del autor, cincuenta y cuatro años.)

Moratin murió en París el 21 de Junio de 1828, de sesenta y ocho años de edad.

Aunque sus dos primeras composiciones poéticas fueron publicadas por la Real Academia Española, por haber sido premiadas en sus concursos, nunca perteneció al número de los miembros de esta Corporación. La edición de sus *Obras* que se hizo en 1830, dos años después de su muerte, la costeó la Real Academia de la Historia; la de sus *Obras póstumas* de 1867, el Gobierno de S. M. la Reina Doña Isabel II.

izquierda, *todos* los treinta asientos de esta parte del corredor, y *todas* las delanteras del cubillo y uno de los cuatro asientos de atrás; *todos* los doce asientos de las delanteras del alojadero y *todos* los asientos de atrás; *todos* los cuarenta asientos de la tertulia y *todas* sus diez y ocho delanteras; *todas* las veinte delanteras de la cazuela; *todos* los diez y nueve asientos de la primera fila, *todos* los veinte de la segunda y ciento cuarenta y dos de los trescientos diez asientos varios de menor preferencia.

De modo que para la familia del autor, para sus amigos, para los ingenios del oficio y los aspirantes á ingenios y la turbamulta de parásitos que ven siempre de balde los espectáculos, bajo cualquier clase de nombres y de disfraces, y para la compañía de soldados que asistía todas las noches para mantener el orden público en caso necesario, sólo pudo Moratín disponer de *una* luneta, ciento veintidós asientos de patio, cuarenta y ocho de la grada derecha, veinticinco de la izquierda, cuatro de atrás en ambos cubillos y ciento sesenta y ocho asientos de los que en ningún caso el público solicitaba con porfía.

El aspecto de la sala, en la que las condiciones del tiempo daban de sí, era lo que había que ver; y aunque todo el alumbrado del salón de espectáculos del coliseo de la Cruz consistía en tres grandes arañas, la mayor de dos cuerpos y veinticuatro mecheros de aceite y las dos menores de un solo cuerpo y diez y ocho mecheros cada una, aún podría aplicársele la frase hoy vulgar de que estaba deslumbrador.

SS. MM. los Sres. Reyes Don Carlos IV y Doña María, Luisa, que residían en el Escorial, habían dado licencia á toda su servidumbre disponible para que pudiera trasladarse á Madrid, como lo hacía su primer Ministro el Príncipe de la Paz; y nunca vióse á éste en ningún espectáculo más radiante de alegría, ni más lleno de la embriaguez de la satisfacción.

Moratín, el reformador del teatro, era su hechura, lo mismo que Meléndez Valdés, el restaurador de la poesía líri-

ca (1), y sus triunfos tomábalos el Príncipe como propios en el rapto generoso de una disculpable vanagloria.

Él había hecho de la protección al talento, donde quiera que irradiase, una de las bases más permanentes de la superioridad de sus méritos indisputables. Nunca pensó en absorber para su persona el monopolio de todos los méritos y el monopolio de todas las glorias. No le declaró su rivalidad personal á ningún talento para sofocarlo; y exento de esta criminal emulación, desde Forner, á quien encontró sentenciado á la obscuridad y á la ignominia del silencio por el carácter estre-

(1) La primera recomendación que de Meléndez Valdés recibió el Príncipe de la Paz, la hizo el Ayuntamiento de Sevilla y fue inmediatamente atendida. La instancia, hasta ahora inédita y desconocida, decía así: «EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRÍNCIPE DE LA PAZ: Esta ciudad, que conoce el mérito de su Teniente segundo, D. Juan Meléndez de Valdés, en los empleos y comisiones que ha servido por el espacio de veintisiete años sin intermisión, y que S. M. entendido de ellos se dignó condecorarle con el hábito de la Real y distinguida Orden de Carlos III, y de prorrogarle por otro sexcenio en su empleo, hace la más rendida súplica á S. M. á fin de que se sirva concederle los honores de Ministro Togado de una de sus Reales Chancillerías ó Audiencias; y á cuyo efecto ha acordado interesar, como lo hace, el alto patrocinio de V. E., suplicándole tenga á bien inclinar su Real ánimo para su logro, como así lo espera; y que V. E. se servirá comunicarle órdenes de su mayor agrado. Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años, que desea Sevilla, á 21 de Enero de 1797.—Antonio Fernández Ferrer.—Don Joseph Ruiz de los Ríos.—Martín de Saravia.—Lope de Olloqui.—Francisco Thamirez y Rivera, Secretario de Cabildos.—(ARCH. HIST. NAC.—Estado.—Leg. 3.030).—Trasladado Meléndez Valdés á Madrid por oficios del Príncipe de la Paz, no le fue leal en su primera caída del Ministerio, y entendiéndose con los enemigos de su protector, dió lugar á sus quejas. El Príncipe de la Paz, en carta de 28 de Noviembre de 1800 á la Reina María Luisa, le decía: «Caballero, me instruye de varios manejos de Meléndez Valdés. Yo no sé nada; pero lo creo todo, según las muchas que me ha dado anteriormente, y debe averiguarse, por si, como creo, tiene relaciones con Jovellanos y Saavedra.» En efecto, las tenía; pero el Príncipe de la Paz, más blando al prestigio de su mérito como poeta que á su consecuencia como hombre público, lo perdonó y volvió á dispensarle su protección.

cho de Carlos III y de Floridablanca, hasta Quintana y Arriaza, astros nuevos á quienes ya arrimaba el hombro para empujarlos, no hubo un hombre de verdaderas facultades que no hubiera estado inscrito en el inventario nobilísimo de su favor y de su magnificencia.

El Ayuntamiento de Madrid, cuando se incendió el Príncipe, que gozaba de la predilección del gran Ministro, le había arreglado en el coliseo de la Cruz un palco bajo enteramente regio, en el que la capacidad, el lujo y las comodidades estaban en competencia.

Componíase de tres piezas: el palco, un gabinete de recibo y de despacho y un retrete con todas las dependencias del aseo. Así cuando llegaban partes ó correos, recibía Embajadores ó Ministros, ó llegaban sus secretarios á despachar, podía sustraerse enteramente á las indiscreciones de la curiosidad y á las hablillas de la murmuración.

En este palco, de extraordinaria amplitud, como el de los Regidores de la villa, asistían al estreno de *El Sí de las Niñas*, su mujer la Princesa de la Paz, D.^a María Teresa de Villabriga; una Borbón casi Infanta de España, hermana del Cardinal Borbón, á la que acompañaban las dos hermanas de su marido, D.^a María y D.^a Antonia de Godoy y Alvarez de Faria, la última Marquesa de Branciforte, y con ésta el Marqués, su esposo, y su hija D.^a Carlota de la Grua, muy obsequiada por los Ayudantes del Príncipe y los de su padre, como tierno pimpollo de la más resplandeciente belleza y juventud. El otro hermano del Príncipe, el Brigadier D. Diego de Godoy, Duque de Almodóvar, sentábase en las lunetas entre los *pisaverdes* y los *coscones*, que hacían cara embelesados así á las damas esplendentes de hermosura y de lujo de la gran platea, como á las tapadas de las gradas y aun á las manolas de la cazuela, entre las que se interpolaba de incógnito bajo el doble velo del manto negro y del abanico, toda la bizarria de la hermosa juventud acomodada de Madrid.

Casi todos aquellos coscones los constituían los hijos segun-

dos y terceros de las casas grandes, tituladas y amayorazgadas; pues éstas casi exclusivamente con un corto número de diplomáticos y altos funcionarios, y la milicia en todos sus institutos y grados, constituían por aquel tiempo lo que hoy se llamaría *la buena sociedad, el gran mundo, la crème social*.

Allí estaba D. Francisco de los Ríos, hermano del Conde de Fernan-Núñez; D. Andrés Pacheco, hermano del Duque de Frías; D. Luis de Córdova, hermano del Duque de Medinaceli, con el primogénito de la casa, el Marqués de Cogolludo; D. Antonio Correa, hermano del Señor y Marqués de Mos, y aun con estos *cotorrones* célibes, otros que, aunque casados y granados, gustaban de la novela práctica de la vida, en cuyos lances tomaban más ó menos conocida parte, como el mismo Señor de Mos, D. Benito Correa, el Marqués de Guzmán con el General D. Fernando Daoiz; el Caballerizo mayor de la Reina María Luisa, D. Bruno de Lalaing, Conde de Lalaing; el Conde Honorato de Glimas y de Brabante, con el Barón de Strogonoff, Ministro de Rusia, y el Barón Zuylen de Nyevelt, Ministro de Holanda; el Duque de Berwick y de Liria, D. Carlos Miguel Stuart Fitz James y Silva, y el Conde de Montarco, que traía entretenido al Juez de teatros, D. Germán de Salcedo y Somodevilla, Marqués de Fuerte Hajar, con la pendencia sostenida contra el barba de la compañía cómica, Antonio Pinto, por haber excluído de la Cruz á la dama María Ríos, su protegida, y que no cejó en su enemistad contra el comediante hasta que María Ríos fue admitida de nuevo, y Pinto, después de pedir su jubilación, fue de traspíes en traspíes á parar en la Inquisición.

El gremio de pisaverdes era harina de otro costal, pues en ellos florecían las más amables esperanzas para los capullos en flor y los anhelos núbiles, porque en su mayoría la componían *los primogénitos*. Entre éstos y los *cotorrones* reinaba la mejor armonía, no sólo porque todas las familias nobles de la corte de Carlos IV formaban aún más que ahora un estrecho anillo de parentesco y de clase, sino porque los viejos servían á los

novicios de diestros mentores, así como los novicios servían de capa á la astucia de los propectos.

La obra de Moratín llevó á la sala de la Cruz el 24 de Enero de 1806, un gran número de aquellas almas palpitantes y ardientes: el Marqués de Bacares, primogénito del de la Puebla del Maestre; Ramón y Pepe Patiño, hijos del de Castelar; al Conde de Villamonte, Antonio Belvis de Moncada, primogénito del de Bélgida; Pepe Messia, del de Campollano; Pascual Fenollet, del Conde de Llanera; Antonio Bernaldo de Quirós, de los Marqueses de Santiago; el Marqués de Montaos, del de Alcañices; Benito Cobos, del de Camarasa; el Conde de Requena, del Duque de la Roca; el Marqués de Guevara; Diego de Guzmán, del Conde de Oñate; Pepe Samaniego, de los Condes de Torrejón, y otros herederos de casas de este fuste.

Bien es verdad que las cándidas *petimetras* que macizaban los palcos, cuáles rubias como el oro, cuáles morenas como africanas, todas con ojos como luceros y todas con el despótico atractivo de los primeros efluvios de la vida, eran el racimo de perlas más soñador que podía ser imaginado.

Los *Asmodeos* y *Montecristos*, si hubieran entonces estado en uso, ya tendrían tela donde cortar. Aquí, Pepita Osorio, de la casa de Cervellón; allá, Dolores Córdova, de la de Arión; en este palco, las tres Castelares, Ana, Dolores y Teresa Patiño; en el otro, María de la O y Vicenta Guadalfajara, de la de Castroterreño; y á derecha é izquierda de la animada herradura, Pepita Haro, de la de Bornos; Frasquita y Encarnación Villena, de la de Viamanuel; y la Condesita de Beaufort, Paca de Beaufort, hija de los Duques de Beaufort y sobrina de los Duques del Infantado; y la Marquesita de Camporeal, Manuela Negrete, hija de los Condes del Campo de Alange, en cuya mesa han comido algunos que todavía viven; y la Condesita de Xerena, Pilarica Bucareli, primogénita de los Duques de San Carlos, y Carlota Gutiérrez de los Ríos, de los Condes de Fernán-Núñez, y Carmen Zúñiga, de los de la Bañeza, y... un ciento más.

Y en esta gallarda progresión de nombres, cubriendo las tres líneas de palcos deslumbradores, ya en palcos propios, ya en otros de familia, por una parte la de la Condesa Duquesa de Benavente, en cuyas salas se habían representado comedias de Moratín, con sus hijas las Condesas de Margerini y de Osilo, su nuera la bella Duquesa de Osuna, y su nieta la Condesa de Cogninas; por otra, la lista entera de las damas de la Reina María Luisa: la Condesa de Oñate, con su hija; la de Bornos, con su suegra la Marquesa de Falces; la Duquesa de San Carlos, con el Duque, Ayo del Príncipe y del Infante Don Carlos, su hermana Joaquína Carvajal, y su heredero el Duque de Aremberg. Con la Condesa de Torrejón, Teresa Godoy, estaba la Marquesa de Santa Cruz, Ana Walstein, y su hija Anita de Silva. Con la Marquesa de Bélgida, la Condesa de la Puebla del Maestre y su tía D.^a Inés Pacheco; y juntas, en otro palco, las Marquesas de Albudeyte y de Villariego, con sus respectivas familias, ya entre sí muy unidas por la identidad de los cargos palatinos que sus maridos tenían en la segunda y tercera compañía de las Guardias de Corps.

Los Palafox, que constituían una dinastía, representaban en el teatro una inundación. En cabeza de todos se hallaba el Marqués de Ariza, D. Vicente, decano y jefe de toda la estirpe. Con él se hallaba Gabriela Palafox, Marquesa de Lazán, con su madre Sales Portocarrero, Condesa de Montijo. Tomasa Palafox, la Marquesa de Villafranca, no sólo se acompañaba de su primogénito el Duque de Fernandina, sino de su suegra la Marquesa vieja D.^a María Gonzaga Caracciolo, que recordaba á todos los versos, las atenciones y los homenajes de Moratín á sus hermanos los Duques de Medina Sidonia; María Palafox, la Marquesa de Valmediano, Condesa de Cortes, llevaba consigo á Paquita Arteaga, su hija, y en su palco brillaban dos aragonesas de arrogante figura y seductora elegancia: Pepita Azlor, la Marquesa de Ayerbe, y su hija Vota Jordán de Urries y Palafox, que eran un encanto de gracias y de hermosura. Los varones de la casa, D. Luis, D. José y D. Francisco de Pa-

lafox y Melzy, el primero Marqués de Lazán, formaban en las lunetas círculo cerrado con el Marqués de Bárboles, D. José Máximo de la Cerda Palafox, primogénito de los Condes de Contamina, su hermano Currito Lacerda y D. Manuel de Toledo, hermano del Duque del Infantado.

La Condesa de Trastamara, Carmen Ponce de León, se alojaba con sus suegros los Condes de Altamira, Marqueses de Astorga, y junto á ellos D. José Joaquín Colón de Toledo y Larreátegui, hermano del Duque de Veragua, con su mujer la Sra. de la Sierra Sarriá y Salcedo, y su sobrina Hipólita Colón, primogénita del Duque.

Más allá se acomodaba otra familia de recuerdos no menos inolvidables, así en la jerarquía del blasón como en la de las letras: los Duques de Rivas D. Juan de Saavedra y D.^a Dominga Ramírez de Baquedano, con su primogénito el Marqués de Auñón y su sobrino el joven Oficial de Caballería don Angel de Saavedra, que ya respunteaba rimas á las cancelas de Sevilla y que desde Córdoba se había venido á ver el estreno de la comedia de Moratín.

La Condesa de Campohermoso, María Valcárcel, tenía á su lado todos sus cuatro hijos: Isabel, Piedad, Luis y Antonio Roca de Togores, el primero de cuyos varones llevaba ya el título de Conde de Pinohermoso. Con el Duque del Parque se hallaban sus hermanas la Marquesa de Benalúa y Eulalia y Pepita Sousa y Portocarrero: con el Duque de Híjar su primogénito el Duque de Aliaga, D. Agustín de Silva, y la Duquesa María Stuart Fitz James, su mujer: con el Príncipe de Santo Mauro, su hija Dolores Santisteban: el Conde del Valle de San Juan, con su madre la Marquesa de Villescas; y en otros palcos Lucrecia Pío de Saboya, Condesa de Puñonrostro; Soledad Osorio, Marquesa de la Lapilla, é Isabel Reggio, Marquesa de Valdelagrana.

En el palco de la Condesa de Sonora, no sólo estaban sus nietas María de la O y Vicenta Guadalfajara, sino la eximia escritora gaditana D.^a Rosario Cepeda de Gorostiza, que era

el alma de la Junta de Damas de la Sociedad Económica de Madrid, y el oráculo de la corte.

También el General Marqués de la Romana, amigo íntimo de Moratín, había tenido la delicadeza de invitar al palco de su familia á la Condesa de Trullás, D.^a Francisca María Dávila Carrillo de Albornoz, viuda del ilustre General Ricardos y aya de los Serenísimos Infantes, la cual llevaba en su compañía otras dos sobrinas suyas recién llegadas de Cádiz: Carmen y Espíritu Santo Moreno, hijas del General de la Armada D. Joaquín Moreno, y que á la sazón frisaban, con todo el lleno de las gracias andaluzas y la fina coquetería gaditana, entre los veintiuno y los diez y nueve años.

En los palcos terceros, adonde se habían refugiado las familias de los Mendinuetas, de los O'Farril, de los Pío Vicente, de los Abad y Aparicio, del Marqués de la Colonilla, de los Gardoqui, de los Urquijo, de los Nafarrondo, de los Dandenit, de los Valet y otras gentes de acomodada posición social, política, militar, bancaria, había fronteros al del Príncipe de la Paz tres que eran objeto de las miradas curiosas de todos los demás. Ocupaba el primero la aristocrática y distinguidísima Vizcondesa de Gand, María de Larochefaucault, cuyo marido servía en nuestro Ejército; el último, la no menos elegante Condesa de Baillemont, Julia Du-Chartelet, aya que también había sido de los Príncipes; y el del medio, la Marquesa de Castelfuerte, Pepita Tudó con su madre D.^a Catalina Catalán y sus tres hermanas.

Aun tras de los mantos y abanicos, cuyo varillaje pegado al rostro servía á las de las gradas de antifaz y celosías, las chispas de luz que por entre sus calados se escapaban eran vivo pregón de los nombres que con ellos se rebozaban y que en aquel tiempo constituían la red de penas de los amadores de Madrid.

Pero aunque todavía mantengan, después de casi un siglo, alguna lejana resonancia algunos apellidos de las que allí señoreaban con su encanto de sirenas, como los de las Pargas,

las Reynalte, las Cavia y Díez, las Pérez Roldán, las Xaramillo, las Vicario y las Arizaletas, ¿quién guarda la menor memoria de las Gorrón de Cisneros, las Mateo Marchamalo, las Cabeza Escalada y las Merendón, á pesar de haber sido la flor y nata de las petimetras de aquella edad? Mariquita García y Paquita Muñoz, las amigas íntimas de Moratín, también se alojaban en este rincón.

El cuadro bosquejado sería incompleto sin una ligera pincelada sobre los demás elementos sociales de aquella concurrencia atraída por el prestigio del fundador del nuevo teatro urbano, y sobre todo el literario, que era el que al estreno de *El Sí de las Niñas* iba movido de mayor expectación. Por lo pronto, no faltaron autoridades: el palco del Corregidor y de los municipales, con ser tan amplio, que en él cabía el capítulo entero de los Regidores de la villa, era en esta ocasión estrecho para contener los obsequiados. Con el Corregidor D. Pedro de Mora estaba el Juez de Teatros Marqués de Fuerte Hija y el Consejero Conde de Isla; y con el Comisario de Teatros del ilustre Ayuntamiento, Castañedo Herrera, el Marqués de Perales y el Conde de la Vega del Pozo, Guzmán y Villoria y Santa Clara, García Tahona y D. Nicolás de los Heros, Allende Salazar y Dávalos Santa María, Blances y Diosdado Caballero; los Diputados del Común Martínez Yanguas y Madrid Dávila; el personero Adanero y el Procurador síndico general Bringas.

La Inquisición, por ciertas confidencias que de la obra había tenido, mandó que presenciara la ejecución su alguacil mayor el Duque de Frías, y su Teniente el Duque de Medinaceli. Hasta el fraile de San Juan de Dios que intervenía las entradas á nombre de los hospitales de la capital, metía la cabeza por entre la cortina que guarecía la puerta del palco presidencial, aunque resguardándose con ella de ser visto; y hasta como particulares, acompañaban á Mora sus dos antecesores Morales Guzmán y Marquina, que con Moratín tanto habían contendido sobre la reforma teatral.

D. Pedro Cevallos, jefe de Moratín, como Ministro de Estado, siendo el poeta jefe de la Secretaría de la interpretación de lenguas, quiso autorizar la representación con su presencia, y le rodeaban casi todos los Oficiales del despacho: Bardaxi Azara, los dos Onis, Narciso Heredia, Courtoys, el Conde de Casa Valencia, Gispert y Ruy-Bamba. Olaguer Feliu y el Marqués Caballero, Ministros de la Guerra y de Gracia y Justicia, invitados por el Generalísimo, asistían al palco del Príncipe de la Paz.

De Granada vino expresamente el Magistrado Sempere y Guarinos; de Valladolid, Cambroner; y de Barcelona, aunque antiguo émulo del padre de Moratín, Vaca de Guzmán.

Las lunetas, la tertulia, el patio, los corredores, eran un hormiguero de la gente de letras, entre la que se confundían todos los rangos sociales, todas las edades, todas las fortunas y posiciones, todos los prestigios, y también todas las luchas de la rivalidad envidiosa y de la esperanza soñadora.

Alvarez Guerra y Arriaza no se apartaban del lado de Quintana. Era el grupo del sol naciente; pero con ellos estaban muchos íntimos, de los más íntimos de Moratín, como García de Prada y Tineo. Trigueros, con Valladares y Zavala, constituían el grupo de la emulación; lo engrosaban Monsen y Díaz y D. Dimas de la Torre, y los poetastros dramáticos Bosch y Matas y Rodríguez de Ledesma, á los que ya se acercaba, ya les huía inquieto, Enciso Castrillón.

Alvarez Cienfuegos dejó á sus compañeros de la primer Secretaría de Estado; y sentado con Mariano Colón, que también había dejado el palco de familia y los oropeles ducales «por estar entre los suyos», como él decía, sentaban en medio á Meléndez Valdés, á quien asediaban todos; mas él, solo al oído del arabista Conde, deudo y amigo de Inarco Celenio, que se sentaba delante, comunicaba sus impresiones, deificando la obra con la amplitud del genio y con el amor de la amistad. No lejos se situaban otros dos jóvenes entusiastas, el malagueño Maury y el granadino Burgos, con quienes no desdeña-

ban comunicarse D. Pedro Bueno y el pintor Maea, D. Pablo Lozano y Gómez Hermosilla, González Arnao y Antillon, Beramendi y Jabonero, los Iriarte y los Pellicer.

El Marqués de la Regalía, con su hijo el Dr. Abreu, y sus primos D. Francisco y D. Joaquín, el uno Ayudante mayor del Regimiento de Caballería de España, y el otro Teniente del Real Cuerpo de Artillería, pasaba los entreactos en conversación discretísima con los artilleros Novelda y Osma, don Luis Daoiz y Córdova y Figueroa. En otra fila se veía á Flórez Canseco con D. Demetrio Ortiz, y á García Asensio con D. Casimiro Gómez Ortega, que llorando de gozo, recordaba la estudiosa juventud del poeta en casa de su padre D. Nicolás. D. Evaristo Pérez de Castro comentaba escena á escena con D. Juan Francisco de Plano; y el fabulista Riego Núñez, con D. León del Arroyal, el romanista Ximénez Hermosa y el leguleyo educado en Bolonia, D. Wenceslao Argumosa y Bourke, donde conoció á Moratín, disputaban muchos puntos con inerme sencillez.

El académico y catalán Capmany y Montpalau, que con Pérez Mazun y Pérez de Lema se sentaba, recibía en los entreactos la visita de Aldabert de Duport y de Sáinz de Baranda, que con Miñano, Robles Moñino, Loche, Costa y Olavarrieta, se deshacían en comentarios; y el Conde de Lumiáres, hijo del Príncipe Pío, que había detenido su salida para Italia hasta ver *El Sí de las Niñas*, con el Conde de Noroña y López de la Torre Ayllón, exclamaban á cada acto: — «¡Inmejorable! ¡Inmejorable! ¡Esto es una revolución!»

Solamente los periodistas D. Santiago de Jonama, D. Isidoro Bosarte, David Otero y Aldabe, andaban á caza de una frase aguda de crítica con qué meter el diente á la comedia; pero hasta en los círculos de la rivalidad no se oían sino elogios.

¡Cómo se hizo la representación! ¡Qué altura la de aquellos intérpretes *medianos*, cuyo arte y cuyo esfuerzo consistía en perfilar los efectos de la sencillez! D. Juan Antonio Melón,

que con Moratín presenciaba la ejecución desde los bastidores, lloraba, reía, iba, venía, le apretaba la mano, le echaba los brazos, y muchas veces, queriendo decirle un piropo, no encontraba la frase que pronunciar.

En el salón, el tercer acto produjo esa atención que hace aterrador el silencio. Concluían las últimas escenas. D. Diego casaba á D. Carlos con D.^a Francisca y los tomaba bajo su protección como hijos; y D.^a Irene, vuelta hacia ellos, dice á su hija:

—*¡Vaya! ¡Buena elección has tenido! Cierto que es un mozo muy galán. Morenillo; pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.*

Y Rita, la criada, exclama:

—*«¡Sí, dígaselo usted, que no lo ha reparado la niña!»*

La explosión de la risa fue la explosión del aplauso. Parecía no tener fin. El telón cayó. Melón se arrojó al cuello de Moratín para abrazarlo; y María Ribera, la *Doña Irene* de la comedia, interponiéndosele, le decía:—*«¡Déjeme usted que lo bese!»*

IV

Era *El Sí de las Niñas* la primera comedia de Moratín que pasaba en verdadero triunfo, sin la menor protesta. Al fin había alcanzado imponer la supremacía de su genio, y que todos le reconocieran, al menos, como un talento de primer orden. Mas desde que comenzó su carrera, ¡qué luchas con el destino uraño! ¡qué luchas con la envidia ponzoñosa, aun manteniéndole el poder, á la par que su obstinación y perseverancia, sobre el escudo de la protección! Ya no bramaban, árbitros del favor popular siempre ó mal dirigido ó desorientado, Comella y el foliculario Cladera, como cuando en 1792 se representó *La Comedia nueva*; ni cada cual con enojada suspicacia se reconocía reducido á bochornosa caricatura y hazmereir del mundo burlón y alegre en la fina é intencionada sátira del

poeta, que tuvo que apresurarse á declarar que «esta comedia ofrece una pintura fiel del estado actual del teatro; pero ni en los personajes, ni en las alusiones, se hallará nadie retratado con aquella identidad que es necesaria en cualquiera copia para que con ella pueda indicarse el original» (1). Ya no se intrigarón deliberadas tempestades que convirtieran la pacífica sala de un espectáculo culto en verdadero campo de Agramante y plaza descompuesta de tumultuoso motín, como cuando en 1803 se estrenó refundido *El Barón* (2), una de las obras más floridas y candorosas del insigne autor; ni la musa del despecho se entregaba á parodias como la de D. Andrés de Mendoza, para ridiculizar una producción dramática de Inarco Celenio. Ya Moratín victorioso empuñaba el freno de la opinión desde la representación de *La Mojigata* en 1804.

Pero aunque habían cesado las parcialidades apasionadas, las venganzas afflictivas, las conspiraciones de la intriga y los alborotos de la coalición, en otros campos y por otros medios ó indirectos ó clandestinos, también se le buscaron á Moratín hieles que amargaran los deliquios del triunfo. El primer feo recurso de la emulación cobarde, que carece de valor para atacar de frente y á la luz del sol, fue el anónimo. Silvela, en la biografía de Moratín, nos conservó uno de estos indecentes documentos. Dice así:

«Muy señor mío: Ayer ví representar su comedia *El Sí de las Niñas*. Amigo, se puede poner el vervi-gracia de la pesadez, como ejemplo de la insustancialidad y como prototipo de

(1) *La comedia nueva*. | Comedia | en dos actos, en prosa. | Su autor | INARCO CELENIO | POETA ÁRCADÉ. | Parma. | En la oficina de don Juan Bautista Bodoni | impresor de Cámara de S. M. C. | MDCCLXXXVI. | *Prólogo*.

(2) *El Barón* se compuso por Moratín como zarzuela en 1787 para que se representara en el teatro privado de la Condesa-Duquesa de Benavente. Durante la ausencia del poeta en Italia fue representado en casa de don Evaristo Pérez de Castro y en la de la Condesa de Santiago. Con música de D. José Lidón se cantó también en los Caños del Peral.

la ineptitud. Es hija legítima y de legítimo matrimonio del autor de *La sombra endemoniada* del hombre más digno que ha poseído Albión (1). Hanme dicho que pagó Vmd. mucha turba gárrula para que la palmoteasen, que es cuanta debilidad puede cometer el tonto más tonto. Al cabo de dos ó tres años, ¡ha salido Vmd. con buena sandez! Vaya, amigo, que es Vmd. muy majadero. Es mi estilo. No sea Vmd. necio: no rebuznar y abur.—*Antonio Nicolás de Solavide*.—Palacio del Buen Retiro 25 de Enero de 1806.»

No bastaron estos desahogos de la envidia. El éxito de *El Sí de las Niñas* se sancionaba más y más cada día con la firmeza con que el aplauso público la sostenía en el cartel. Veintiséis días se ejecutó sin cesar, y si al cabo hubo que suspenderla no fue por el desvío de la concurrencia, sino porque se interpuso la Cuaresma, y desde el miércoles de Ceniza no admitían las costumbres de aquel tiempo espectáculos de ninguna clase, ni más ocupación mental que la disposición cristiana para recibir con toda su majestad cruenta el drama redentor del Calvario.

De esta transformación propicia en favor del público, en todas sus esferas, quedan hechos de evidencia irrefutable y más elocuentes que las versátiles é impresionables exaltaciones de la crítica. Los primeros de estos hechos descansan sobre la elocuencia de los números, y este fue otro de los palenques donde por medios de artificio se trabajó empeñadamente por frustrar el éxito sostenido de la comedia de Moratín. El día del estreno de *El Sí de las Niñas*, 24 de Enero de 1806, los ingresos del teatro de la Cruz ascendieron á 7.942 reales; el tercer día de la representación, ó sea el 26, subieron á 9.153, y á 9.413 el cuarto. Del 28 de Enero al 3 de Febrero se estacionó la entrada entre los 8.728 y los 8.974, máximum y mínimum de este septenario; del 4 al 9 sufrió otro descenso, fluc-

(1) Alusión al poema *La sombra de Nelson* (Madrid: por Villalpando; 1805) que bajo el nombre de *Inarco Celenio*. P. A. escribió Moratín con motivo de la batalla naval de Trafalgar.

tuando entre los 7.150 y los 7.772; y por último, del 10 al 28, ni subió de los 6.867 ni bajó de los 6.687. Téngase en cuenta que antes del estreno de la comedia de Moratín los ingresos habían descendido hasta 2.023 reales el día 20 de Enero, y que sólo al esfuerzo de Rita de Luna se logró beneficiarlos en poco más de un doble de esta suma en los días 21, 22 y 23.

Para mantener el equilibrio en los productos de *El Sí de las Niñas* no hubo que hacer ningún esfuerzo extraordinario. En la misma disposición y forma en que se arregló el programa de la función del día 24 de Enero continuaron los espectáculos hasta el martes de Carnaval: primero la comedia de Moratín, después un baile, ya *el fandango*, ya *el bolero*, y por fin de fiesta una tonadilla. Esta fue durante los veintiséis días de las primeras representaciones de *El Sí de las Niñas* toda la función.

Veamos los efectos de la comedia de Moratín, y los esfuerzos de la emulación en los Caños del Peral. El estreno de *El Sí de las Niñas* lo había hundido de todo punto, á pesar de la compañía del Príncipe, con ISIDORO MÁIQUEZ á la cabeza, recién vuelto de París de estudiar á Talma; á pesar de la compañía de canto español é italiano, y á pesar de su excelente cuerpo de baile, en que LA RABOSO dislocaba á los partidarios de las formas redondeadas y de los quiebro de la cintura. Durante las fiestas pascuales de Natividad á Reyes, los ingresos de los Caños del Peral, que tenía doble amplitud y doble número de localidades que el coliseo de la Cruz, los ingresos fluctuaron entre los 10.000 y los 12.000 reales por función, siendo con frecuencia dos las que se daban al día; la ordinaria de la noche, y la extraordinaria de la tarde. El día 24 de Enero, en que se estrenó *El Sí de las Niñas* en la Cruz, y en los Caños se representó por última vez *El falso nuncio de Portugal*, porque la Inquisición echó mano á los ejemplares impresos y al libreto original prohibiendo que volviese á ponerse en escena, la entrada descendió á 2.890 reales; y los días 25 y 26 con la ópera *La Isabela*, á 1.662 y 3.077. El 27 se representó la comedia *El carpintero*

de *Livonia*, con tonadilla y sainete: entrada, 3.188 reales; el 28, la comedia *La fuerza del natural*, de D. Agustín Moreto: 1.904 reales; el 29, otra ópera, *La travesura*: 2.801 reales; el día 30, sainete, la ópera *Milton* y otro sainete: 2.676 reales; el día 31, *La Gitanilla de Madrid*, de D. Antonio de Solís, con tonadilla y sainete: 3.432 reales.

Febrero empezó tan mal como Enero concluía. No había competencia posible con la obra de Moratín. El día 1.º se cantaron dos operetas: *El cautiverio aparente* y *El secreto*, mas un baile, *El zorongó*, en que hacía furor Mariana Raboso: 1.775 reales; el día 2, las operetas *El tesón supuesto* y *El criado fingido*, sin baile: 3.020; el día 3, vuelta á *La Gitanilla de Madrid* con la opereta *Una hora de matrimonio*: 2.753; el día 4, la ópera *La esclava persiana*, tomada de la comedia de Goldoni, y que estaba en todo su auge en los principales teatros de Europa, mas la comedia *Quien porfía mucho, alcanza*: 1.502 reales; el día 5, *El vinatero de Madrid*, tonadilla y sainete: 2.729; el día 6, la ópera *La tía Aurora* y el bolero, con la Raboso: 1.832; del 8 al 10, *El carbonero de Londres*, por la compañía del Príncipe: 2.908, 4.703 y 2.697 reales respectivamente en los tres días. Era una lucha desesperada; ningún recurso bastaba para reanimar al público. Para el teatro era una ruina; para Isidoro Máiquez un desprestigio; para las compañías un deshonor. La reacción se buscó con el elemento *gracioso*, y por lo tanto, con Pedro de Cubas. Había que apelar al mamarracho; había que refugiarse en lo que el nuevo teatro culto de Moratín flagelaba; había que excitar la pasión y el instinto de la plebe, y Pedro de Cubas encontró el filón.

Bajo sus inspiraciones, el poeta de compañía escribió un sainete nuevo de pura chulapería: *La fiesta de toros de Juan Tuerto*, «en el que según se informaba al público en los anuncios, se lidiarán cuatro de estos animales con la mayor naturalidad». La frase envolvía el sarcasmo; pero el pueblo de Comellas y de Pepe Hillo, sin reparar en dibujos irónicos, respondió con su natural instinto á la añagaza de la apelación, y

se despobló todo el Madrid del Barquillo y Maravillas, del Rastro y de Lavapiés. *La fiesta de toros*, con el sainete, también sarcástico, *Los aduladores*, se puso en escena en los Caños del Peral el 11 de Febrero: ingresos en contaduría, 12.554 reales; el día 12 se repitió: entrada, 11.743 reales; tercera representación el día 13: ingreso, 9.841 reales.

Atribuye Pedro de Cubas el rápido descenso al sainete *Los aduladores*, cuyas alusiones insensatas hería ya á una parte del público del que el respecto á Moratín se había convertido firmemente en un sentimiento general, y no sólo lo sustituye por *El payo y la carta*, ofreciendo adicionarlo con las seguidillas de *El gallinero*, cantadas por él mismo con su estilo picaresco, sino que hace escribir otra tonadilla de circunstancias, pero sin sátira, *Los maestros de la Raboso*, aludiendo á la bailarina en boga del populacho soez y los pisaverdes viciosos. A pesar de estas novedades, la entrada del día 14 fue nada más que de 9.174 reales; la del 15 por la tarde de 9.148, y la de la noche del mismo día de 9.480. El día 16 otras dos funciones, con 9.148 reales de entrada por la tarde, y 7.778 por la noche: el 17 las mismas obras dan 6.384, y finalmente, el 18, martes de Carnaval, se sacan de la función de la tarde 7.032, y 5.200 de la de la noche.

¿Fue aquello la competencia de la industria con el arte? ¿Fue complot? Si el tiempo de la penitencia no hubiera puesto término á la pugna, Moratín, cuyo triunfo entero era debido á su talento, ¿habría tenido que sucumbir á los pies del histrión?

¡Esta, aún, era la amarga realidad! Los esfuerzos del genio para la cultura del teatro se estrellaban todavía. ¿No se estrellarían acaso hoy del mismo modo, ante el instinto grosero de la plebe, la astucia vil de la emulación insidiosa y el interés sin escrúpulos de la taquilla? Pero Moratín era de los que dicen con fe: «Siembra y cogerás.» Los 12.554 reales de *La fiesta de toros de Juan el Tuerto*, y los 9.174 de *Los maestros de la Raboso*, no quitaron á las representaciones de *El Si de*

las Niñas en el coliseo de la Cruz, sino el tumulto inconsciente é inquieto del desván. El ingenio de industria no logró sobreponerse sino momentáneamente, y por su aspecto más sórdido, á la victoria del genio, de la constancia y del talento: y si la reacción y la resistencia de lo brutal y abyecto aún tenía fanáticos partidarios, la conquista del progreso estaba realizada en aquellas clases que siempre llevan la acción directiva de la sociedad. Cerca de un siglo ha pasado desde aquellos sucesos: dentro y fuera de España, todo el mundo ilustrado rinde culto al nombre para España glorioso del autor de *El Sí de las Niñas*: el de *La fiesta de toros* y el de *Los maestros de la Raboso* nadie los recuerda, nadie los sabe, nadie los investiga. El desdichado ó los desdichados autores de estas efímeras obras que trataron de detener el curso de la reforma conseguida en el imperio de nuestra escena y de disminuir la íntima satisfacción del triunfo de Moratin, no pudieron tener más que alguno de estos nombres: ¿Se llamaron *Hambre*? ¿Se llamaron *Envidia*? ¿Se llamaron *Brutalidad*?

V

El éxito de *El Sí de las Niñas* no se limitó á Madrid. Entregada la comedia á la imprenta (1), á mediados de Febrero se hallaba venal y se remesó á provincias pocos días antes del Carnaval.

Las capitales, fuera de Madrid, aun las más populosas y opulentas, no solían tener sus teatros públicos abiertos continua ó casi continuamente como los de la corte. La buena sociedad suplía esta falta con los teatros caseros y los comedian-

(1) *El Sí de las Niñas* | comedia | en tres actos, | en prosa. | Su autor INACIO CELENIO | P. A. | —«*Estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas.*» ACT. III. SCENA. XIII. | Madrid | Imprenta de Villalpando. | MDCCCVI—16°—144 páginas.

tes de afición formados en el seno de las tertulias de familias distinguidas; y en Zaragoza la clase noble regocijaba sus ocios en este linaje de amables y honestos entretenimientos, siendo el director de sus espectáculos íntimos el Marqués de Aguilar, D. Francisco de Córdova, primogénito del Conde de Sástago, D. Vicente.

Cómo cayó en aquel círculo la noticia del éxito de *El Sí de las Niñas* en Madrid; con qué frenesí se recibieron los primeros ejemplares impresos de la comedia; cómo se arrebataron de mano de los libreros por los aficionados y á qué lícitos atrevimientos dió lugar, lo expresan con la mayor sinceridad y elocuencia que la que ahora puede referirlo, las tres cartas del archivo de Moratín que se copian á continuación, y que habiendo pertenecido al Sr. D. Manuel Silvela, el amigo íntimo del poeta durante todo el largo tiempo de la adversidad y del ostracismo de patria, en la actualidad se custodian originales y autógrafas en la Sala de Mss. de nuestra Biblioteca Nacional (1).

Primera carta:

«Sr. D. Leandro Fernández de Moratín.—MUY SR. MÍO: Siendo Vmd. el digno autor de la comedia original *El Sí de las Niñas*, y haber tenido yo grandísima amistad con el señor D. Nicolás, su buen padre, me proporcionan el placer de comunicar á Vmd. el éxito que ha tenido en esta ciudad, representada por caballeros aficionados. Apenas llegó la co-

(1) Cuando el Estado adquirió, con destino á la Sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, los originales, y en su mayor parte autógrafos, de INARCO CELENIO, que habían pertenecido por legado testamentario al señor D. Manuel Silvela, se publicaron algunos como *Obras póstumas de D. Leandro Fernández de Moratín*, de orden y á expensas del Gobierno de S. M. (Madrid: Rivadeneyra, 1867-68.—Tres vols.) En estas obras, que corrigió el inolvidable D. Juan Eugenio Hartzenbusch, se hallan impresas estas tres cartas. (Tomo ij, pág. 195.)—Las originales tienen la signatura P. V. 4—Ca. 35—N.º 12, en la *Sala de Mss.* de la Bibl. Nacional.

media á manos del Marqués de Aguilar, primogénito del Conde de Sástago, concibió el atrevido proyecto de representarla en el teatro hecho con el fin de dar *La Gabriela*, *La esclava persiana* y *La Isabela*. No teníamos más que cinco días de término, y conociendo la difícil de la empresa, casi desistimos. Sin embargo, tuvimos lo osadía de seguir el pensamiento, sin más ayuda que nuestro buen deseo y sin más confianza que nuestras débiles fuerzas.

»Toda la ciudad estaba en expectación, y los inteligentes con razón dudaban de su buen éxito; pero ¿cuál fue la sorpresa general cuando vieron la naturalidad y la propiedad con que se ejecutó? Dudan los conocedores que en Madrid, ensayada por Vmd. haya salido tan bien, y todos deseaban á una voz que su digno autor la viese para admirar el mérito de los actores.

»La Marquesa de Santa Coloma, hija del camarista Hermita, hizo el papel de *Doña Irene*, con cuanto primor puede Vmd. apetecer, advirtiéndole que es la primera vez que representa. La hija de la Baronesa de Escriche, niña de diez y seis años, hizo á *Doña Francisca* con la mayor naturalidad, con especialidad la escena de la ventana y la octava del acto tercero. La Baronesa de Escriche hizo á *Rita*, relevando esta parte en términos de que no es capaz ninguna actriz española.

»El Marqués de Aguilar, á pesar de su carácter fogoso, dulcificó su genio en tales términos, que fue la justa admiración de los espectadores en el papel de *Don Carlos*. D. José Tolodano, oficial de la contaduría del Ejército, llenó con sencillez y naturalidad la parte de *Simón*: tiene una cara significativa y pronunciación muy limpia. El Marqués de Artasona, hijo de la Marquesa viuda de Ayerbe, hizo á *Calamocha* con aquel aire y gracia que caracterizan de tuno á un soldado de caballería. Por último, este servidor de Vmd. ejecutó á *Don Diego*, como dirá D. Atilano Navarro, capellán de la parroquia de San Pablo. No pude menos de vestirlo como dice *Rita*, ignorando la innovación que Vmd. había hecho en esta parte. Mi natural

cabello blanco como la nieve y mis cincuenta años me han ayudado á llenar la ilusión. En cuanto á lo demás, informe á Vmd. otro, que no yo. En fin, Sr. D. Leandro, según el común sentir, esté Vmd. seguro que en solos cinco días hemos ejecutado el precioso *Sí de las Niñas*, y esperamos salir con igual éxito en cuanto Vmd. componga. Deseo las órdenes de Vmd. y que me reconozca por su sincero amigo y servidor, que S. M. B., *Manuel de Inca-Yupanguí*.—Zaragoza, 22 de Febrero de 1806» (1).

Segunda carta:

«*Sr. D. Manuel de Inca-Yupanguí*.—MUY SEÑOR MÍO: Las noticias que Vdm. me comunica en su estimada carta de 22 del

(1) D. Manuel de Inca-Yupanguí Medina y Tinoc era natural del Perú, y estaba casado en España con D.^a Ramona Irarzabal. Como descendiente de los antiguos Incas, pertenecía al Estado Noble: servía en nuestro Ejército como Comisario de Guerra y desempeñaba en Zaragoza el Ministerio de Hacienda de la Comandancia de Aragón. Es indudable que su admiración hacia Moratín, siendo éste tan de la casa del Príncipe de la Paz, á la caída de éste participó de los odios que en la opinión popular se estrellaron contra todas las hechuras del Ministro de Carlos IV. Así, aunque el ilustre General Palafox, cuando destacó en 1808 á la frontera de Navarra y su custodia á su propio hermano el Marqués de Lazán, dió á Inca-Yupanguí el cargo de Intendente interino del Ejército de Aragón, enviándolo á Jaca con el Gobernador de esta plaza el Teniente Coronel D. José Tinoco, cuando ocurrió la rendición de aquella posición fortificada á las tropas francesas, fue acusado de haber sido «uno de los principales autores de la entrega y de haberse pasado al servicio del enemigo». Despacháronse exhortos en Mayo de 1809, no sólo á los Generales que mandaban los Ejércitos de la izquierda y centro, sino á los Virreyes de Méjico y el Perú, para que en la Península se le prendiera y asegurase, ocupándole sus papeles, y en América, á que se procediera contra él de igual modo, para que no fuese «á revolucionar el Perú». Apenas llegó á Inca-Yupanguí la noticia de su persecución, voluntariamente se presentó al ejército que mandaba D. Joaquín Blake el 30 de Mayo, con tanto más motivo cuanto que en él servía el Marqués de Lazán, testigo de su conducta. Pero este mismo General, hermano del glorioso defensor de Zaragoza, tampoco se libró de análogas imputaciones, y Lazán, Tinoco é Inca-Yupanguí fueron detenidos y presos con completa incomunicación

corriente han sido para mí de la mayor satisfacción, y puedo asegurarle que, después de haber visto la aceptación que ha merecido en la corte la comedia *El Sí de las Niñas*, todavía me lisonjea en gran manera que esta misma obra haya sido recibida por el juicio público aragonés con el aplauso que Vdm. me indica.

»Ni era posible otra cosa, aunque en ella hubiese mayores defectos, habiéndose unido á porfía para encubrir los que tiene y acreditarla en esa célebre capital el talento, la instrucción, las gracias, la juventud y la hermosura. Con tales auxilios no es de admirar que los efectos hayan sido tan favorables para el autor.

en el castillo de Peñíscola bajo la custodia del Brigadier D. Luis Amat y Terán, comenzándose inmediatamente á instruir por separado los tres procesos. El 5 de Junio, antes de salir del Cuartel General de Caspe para Peñíscola, Inca-Yupanguí hizo una representación á la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino en apoyo de su inocencia, que acompañó á una carta dirigida al Vocal Secretario de la misma D. Martín de Garay, en la que le decía: «*Excmo Sr.:* Siendo el honor la vida inmortal que el hombre debe conservar inmarcesible, ha de tentar los mejores medios para sostenerlo. Siendo V. E. de tanto pundonor, no hallará extraño me acoja á la protección del Trono, para que bajo los auspicios de V. E. y su justificación sincere mi conducta. Así, pues, me tomo la libertad de dirigir por mano de V. E. un memorial, para que, dándole el curso que en justicia merece, vaya á los augustos pies del Trono á gozar del juicio imparcial que apetezco, no como un vergonzoso delincuente, sino como un noble ultrajado por infames detractores, que han intentado cubrir sus bajezas con demérito de la limpia opinión ajena. A Peñíscola me conducen, en donde espero el feliz resultado de la justificación de vuecencia.—Dios guarde á V. E. muchos años. Tortosa 5 de Junio de 1809.—*Excmo. Sr.—Manuel de Inca-Yupanguí.—Ecmo. Sr. D. Martín de Garay.*»—En la rendición de las cuentas de su Ministerio no hubo el menor cargo que hacer contra él, ni resultaron pruebas en el número infinito de testigos llamados á declarar para acusarle. Con todo, fue maltratado en sus prisiones. A fines de Diciembre se le trasladó al Castillo de Alicante, y hasta mediados de 1810 duró el proceso que se falló con notas favorables á su integridad y patriotismo.—(ARCH. HIST. NAC.—Estado.—Legajo 45.)

»Quedo, pues, muy reconocido á Vmd. por la gran parte que ha tenido en ello y por haberse tomado la molestia de comunicarme tan lisonjeras noticias; pero me habrá de perdonar: todavía no contento con esto, me atrevo á exigir más de un amigo de mi padre. Sírvase usted de ofrecer mis respetos á los pies de esas señoras, asegurándolas de la confusión que me resulta de considerar que tanto mérito se haya empleado en una obra mía, y por consiguiente, poco á propósito para hacer brillar toda su sensibilidad é ilustrado talento.

»A los señores y caballeros que las acompañaron, hágalos Vmd. presente el aprecio particular que les debo por el mucho favor que de ellos acabo de recibir. Y á unos y á otras, y al auditorio cortés que disimuló mis errores, durable agradecimiento de parte de las Musas castellanas.

»Dios guarde á Vmd. muchos años. Madrid de Febrero de 1806.—B. L. M. de Vmd. su más reconocido servidor, *Leandro Fernández de Moratín.*»

Tercera carta:

«*Sr. D. Leandro Fernández de Moratín.*—MUY SEÑOR MÍO, DE TODA MI CONSIDERACIÓN Y APRECIO: Cumpliendo con el gustoso encargo que Vmd. se sirve de hacerme, he manifestado á todas las señoras y señores que desempeñaron *El Sí de las Niñas*, las atentas expresiones con que Vmd. nos favorece; y ha sido tal el reconocimiento general, que me han arrebatado la carta para sacar copias de ella, no solamente los actores, sino también muchísimos espectadores apasionados y amigos del Sr. D. Leandro. Todos á porfía ofrecen redoblar sus esfuerzos cuando la suerte proporcione ocasión con qué desempeñar otra nueva composición de Vmd.

»El Marqués de Aguilar, como cabeza de la atrevida empresa, da á Vmd. las más expresivas gracias; y yo, por mi parte, deposito en Vmd. el cordial y amistoso afecto que tuve al Sr. D. Nicolás. Le debí infinitas confianzas y lecciones, tanto sobre conducta como sobre poesía; y, sin vanidad mía, le agradaba mucho mi modo de improvisar, enseñándome el

verdadero modo de usar de esta gracia que debí á la Naturaleza, para proceder por principios y grados en los asuntos que él mismo me proponía; pero una interminable cadena de desgracias agotó aquel joven entusiasmo poético.

»La remesa de ejemplares que se remitió aquí, se concluyó en cuarenta y ocho horas; y los que disfrutamos algunos, nos vemos acosados por los curiosos, que no contentos con haberla visto, quieren rumiar á sus solas todas sus preciosidades.

»Esta, en mi corto entender, es la legítima aprobación de la obra; semejante á la de *Don Quixote*, que uno la tomaba y otro la dejaba, con deseos de volver á ella. Todo es gritar: —«¡*Moratin es el Molière de nuestro teatro!*» — y todos desean conmigo que el talento de Vmd. produzca sin cesar iguales prodigios, para gloria de la nación, honor de Vmd., modelo de autores, regocijo de los amigos y ganancia de cómicos, no olvidando el de ser verdadero medio de que se luzcan los aficionados atrevidos, como nosotros.

»Finalmente, en todo lo dicho no hay adulación; es un hecho demasiado notorio, y de consiguiente, dignísimo de los elogios que Vmd. merece, reuniendo á ellos los más sinceros aplausos de su afectísimo amigo por la vida, Q. B. S. M., *Manuel de Inca-Yupanguí*.—Zaragoza, 4 de Marzo de 1806.»

¿Era espontáneo y universal el éxito alcanzado por *El Sí de las Niñas*? ¿Respondía á las aspiraciones del arte largamente profanado, del mundo culto, de una elocuente y brillante restauración literaria nacional, el triunfo cierto y definitivo de Moratín? El palco del teatro de la Cruz el día del estreno de su comedia y en los veintiséis que duró su representación, y el inesperado espectáculo de Zaragoza, tomando parte en su interpretación damas y caballeros de la primera nobleza de aquella capital, testifican de la altura de la victoria. En Cádiz, que era entonces el emporio de la ilustración y de la riqueza de España, como depósito y centro comercial de toda la opulenta producción de las vastas colonias americanas, se representó con igual resultado en las fiestas de Resurrección; y en

todas las poblaciones ricas y aristocráticas de Andalucía, donde, á ejemplo de Zaragoza, la comedia casera estaba en su auge entre las familias linajudas de la antigüedad, desahogadas con los esquilmos de la agricultura y animadas por la oficialidad gallarda y rumbosa de las guarniciones y de las reservas locales, *El Sí de las Niñas* constituyó el delirio de aquella primavera. Se representó por estas Compañías familiares hasta en los locutorios de muchos conventos de dominicas y clarisas, y la alabaron monjas y frailes de gran virtud.

Moratín, habituado á este género íntimo de representaciones en las salas suntuosas de la Condesa-Duquesa de Benavente en la puerta de la Vega, en las de la Marquesa de Villafranca en la calle de San Pedro, en las de la Duquesa de Berwick y Liria en la plazuela del Angel, en las de Villahermosa en el Prado, y en las de los Marqueses de Cuéllar, hijos del Duque de Albuquerque, en la calle de la Libertad, vióse como nunca lisonjeado con las noticias que cada correo le traía de las poblaciones más importantes de las provincias de toda la Península, donde su comedia había excitado los mismos entusiasmos que en Zaragoza. Con Conde, Melón, García de Prada y Tineo, se festejó la comedia y las Pascuas en la quinta de su amigo D. Francisco de Goya, anticipando la verbena de San Isidro; y Melón, en su obsequio, perdió la cabeza, y se embriagó, y remangándose las hopalandas clericales, bailó con el pintor esclarecido un bolero que Conde respunteaba á la guitarra.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN.

CRÓNICA LITERARIA

Recepción de D. Ramón Menéndez Pidal en la Academia Española. — De las fuentes legendarias de *El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina. = Recepción de D. Jacinto Octavio Picón en la Academia de Bellas Artes. — De la escasez del desnudo en el arte español. = *España Contemporánea y Peregrinaciones*, por D. Rubén Darío. — *El alma encantadora de París*, por D. E. Gómez Carrillo.

Recientemente (el adverbio es un poco elástico) se han verificado: en la Academia Española, la recepción de D. Ramón Menéndez Pidal; y en la de Bellas Artes, la de D. Jacinto Octavio Picón. Fueron interesantes los discursos leídos en una y otra Junta académica. De ellos diré algunas palabras en esta crónica.

Casi siempre que asisto á estas solemnidades ó á cualquiera otra de las muchas que se les parecen, experimento la impresión de estar presenciando algo que viene de muy lejos, y que al través de los tiempos ha ido perdiendo su significación y su razón de ser. Me parecen estas solemnidades mucho más viejas que las Academias, que al cabo son cosa relativamente moderna (me refiero á las Academias oficiales que ahora existen), como que entre nosotros datan del siglo XVIII. Se me va la imaginación á aquellos tiempos en que, no descubierta aún ó insuficientemente difundida la imprenta, las lecturas públicas de textos literarios ó científicos no eran como ahora, parte de un ceremonial, sino actos útiles de comunicación y propaganda. Y aunque la fuerza de la costumbre y la autoridad de la tradición hacen que el público no se extrañe de que un acadé-

mico se pase una hora leyendo un discurso que á la salida repartirán impreso entre los concurrentes y cada cual podrá leer descansadamente en su casa ó donde le convenga, hay una señal indudable de que las largas lecturas públicas, que ya no responden á ninguna necesidad y son puro rito, están fuera de su tiempo y de su ambiente. Esa señal es que el público se aburre terriblemente en estas solemnidades. Ese vulgar elogio que se aplica á veces á los libros, diciendo que se leen ó han sido leídos de un tirón, es aquí una implacable verdad. Comprendiendo ese estado general de los ánimos, está dispuesto en las Academias que no se entregue á ninguno de los concurrentes á estas juntas el discurso hasta después de terminado el acto, medio que suele ser eficaz para evitar las deserciones. Es de creer que en lo porvenir estos actos y otros parecidos, como las inauguraciones de los cursos académicos en las Universidades, la apertura de los Tribunales, etc., cambiarán de forma, se harán más breves, é introducirán en el ceremonial algún elemento de novedad. Quizá en vez de sujetarse á un patrón uniforme como ahora, admitirán variedad de formas y dejarán una libertad prudente para lo que convenga hacer en cada caso, según las circunstancias del momento en que la ceremonia se verifique ó las que concurran en la persona llamada á desempeñar el principal papel. Mas todo esto, que yo creo que llegará, está aún lejos, porque la tradición tiene la vida muy dura y no quiere oír hablar de mudanzas.

No se deduzca de lo que llevo dicho que los discursos de recepción de los Sres. Menéndez Pidal y Picón, ni los de los señores Menéndez y Pelayo y Mélida (D. José), que respectivamente les contestaron, tengan nada que sea aburrido y enojoso. Lejos de ser así, el del Sr. Picón es elocuentísimo; muy eruditos los de los Sres. Menéndez Pidal y Menéndez y Pelayo, y muy discreto y concienzudo el del Sr. Mélida. Aludo únicamente á la inevitable pesadez y monotonía de estos actos.

El Sr. Menéndez Pidal no es un literato, en el sentido de

que deba su fama á haber escrito poesías líricas, novelas ó comedias. Si la literatura es una ciencia (la contestación depende del concepto que de la ciencia se tenga, y en particular de si se considera ó no á la historia como ciencia completa), el nuevo académico de la Española es indudablemente un *científico* de la literatura, un sabio, un erudito, en aquel amplio sentido de la palabra que no alcanza sólo á la mera investigación, sino que comprende también la interpretación y la crítica. Su carrera ha sido muy rápida, y esa rapidez merecida. Muy joven aún, es catedrático de Filología de la Universidad Central y le ha abierto sus puertas la Academia Española, que tiene algo de Senado y gusta de reservar sus favores para los maduros años del ocaso de la vida. Sus obras no son, claro es, populares por la misma índole de ellas, pero dentro y fuera de España han merecido aplausos de las personas competentes *La leyenda de los Infantes de Lara*, en que ahondó el Sr. Menéndez Pidal en los orígenes de nuestros romances y de nuestra historia legendaria; el *Vocabulario y gramática del Poema del Cid*, premiado por la Academia de la Lengua, y la escrupulosa edición que ha hecho del mismo venerable poema.

Trata su discurso de recepción, de *El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina. Muy ceñido al asunto, hermanando la amenidad con la erudición, es principalmente una investigación de las fuentes legendarias del asunto que llevó Tirso á la escena. Muy lejos va á buscar el Sr. Menéndez Pidal el origen de la fábula de *El condenado*; nada menos que á la India. En uno de los episodios del viejísimo Mahabharata, en la historia del brahman Kauçica y el cazador Dharmavyadha, encuentra la primera expresión de la leyenda, y luego la va siguiendo en sus peregrinaciones por países, lenguas y civilizaciones diferentes. Claro es que en este viaje de la leyenda, al través de tantas tierras y tiempos tan dilatados, hay lagunas, se borran las huellas, desaparece la pista, hasta que al fin vuelve á reaparecer de nuevo la historia. Así se reproduce en cuentos árabes, cuya tradición conservaron los moriscos españoles, en le-

yendas judías, en los relatos legendarios de los anacoretas cristianos de la Tebaida, y en *El Conde Lucanor*, de D. Juan Manuel. En tan largas peregrinaciones y tan diversos contactos con creencias diferentes, la primitiva leyenda va modificándose y se le van agregando nuevos elementos; pero algunos de sus rasgos, por ejemplo, la importancia que da al amor filial, subsiste con curiosa persistencia. El amor filial ennoblece al cazador indio Dharmavyadha, y ese mismo sentimiento y esa misma virtud salvan á Enrico en el drama de Tirso.

Muestra el Sr. Menéndez Pidal cómo en *El condenado por desconfiado* se acoplan dos diferentes leyendas: la del ermitaño comparado á un hombre despreciable que, sin embargo, resulta más virtuoso que el santo, ó al menos le iguala en mérito moral, y la del ermitaño que apostata al ver salvarse á un bandolero. Al primero de estos cuentos es al que sigue la pista desde sus remotos orígenes indostánicos el Sr. Menéndez Pidal. Pero en realidad el segundo es el que predomina en el drama de Tirso, en que lo esencial es la condenación de Paulo originada por la desconfianza en que cae de la misericordia divina, cuando le engaña el diablo haciéndole creer que su destino futuro está ligado al de Enrico.

De estos antecedentes deduce el Sr. Menéndez Pidal que *El condenado por desconfiado* no fue un producto del ambiente teológico de su época, como han creído algunos, ni un mero reflejo literario de las disputas entre los partidarios de la predestinación y los del libre albedrío, de las polémicas entre Bañer y Molina, ni un argumento contra el protestantismo, sino que procede de fuentes legendarias universales; lo moral se sobrepone en él á lo teológico y conserva su grandeza y su interés, aun hoy mismo que ha desaparecido el ambiente en que se engendró y vivió nuestro teatro religioso.

A mi parecer, ambas leyendas, que aun siendo diferentes tienen entre sí visible y estrecha relación, dejan traslucir un sentido en que se ha fijado menos el Sr. Menéndez Pidal; en realidad, late en ellas una protesta contra la vida ascética.

Esto solo basta para explicar su universalidad; donde quiera que ha aparecido el ascetismo militante y práctico (el teórico supone poco), donde quiera que ha habido yoguis, faquires, derviches, santones ó anacoretas, aun en las épocas de mayor fe, éstos han sido una excepción y han chocado con el vivir y el sentir general de los hombres, pues la moral ascética es, bajo sus formas de humildad, una moral profundamente aristocrática, para pocos y que repugna á los naturales instintos de la mayoría. Por mucha que haya sido la veneración que haya rodeado á estos admirables y extraños renunciadores de la voluntad de vivir, ha habido siempre junto á esa veneración un sentimiento de protesta, protesta de la naturaleza, del sentido común, ó si se quiere del sentido vulgar, que cuando no llegaba á calificar de extravagancia ó locura la vida de los piadosos solitarios, por lo menos quería recordarles con ruda franqueza que sus méritos no eran tantos como ellos se figuraban, y que viviendo en el mundo, en contacto y lucha con los hombres, se podían adquirir merecimientos tan altos como los de ellos en la práctica de virtudes más humildes y humanas, como el amor á los padres, la caridad hacia el prójimo, etcétera. Esta es la tesis, que se exagera cuando el paralelo se establece, no entre el anacoreta y un hombre vulgar, sino entre aquél y un desalmado facineroso, á quien el cielo toca en el corazón muy oportunamente.

La otra leyenda, la del ermitaño que apostata al ver salvarse á un bandolero, tiende también á abatir el orgullo, el gran pecado del anacoreta. Pero su mayor hondura psicológica está en reflejar el estado de ánimo del solitario, cuando le asalta la gran tentación, más peligrosa que todos los súcubos de deliciosas formas femeninas y todos los horrendos fantasmas que pudieran amedrentar en su soledad á los Padres del desierto. Esa tentación es la de pensar si estará perdiendo el tiempo en el yermo, si se habrá equivocado lamentablemente de camino y podría haber conquistado en el mundo por más fáciles senderos la gloria; ó acaso, acaso si no será verdad

nada de aquello que le movió á la renunciación. En todos los ascetismos ha debido de existir esta hora de turbación, de duda y de combate.

Por lo que toca á *El condenado por desconfiado*, no es, á mi parecer, un drama cuyo fondo ó cuyos elementos principales sean eternos, en cuanto puede hablarse de eternidad tratando de cosas humanas (la eternidad literaria puede tasarse, hasta ahora, en dos mil quinientos años, la antigüedad de Homero, por ejemplo, acaso en tres mil, y ¡quién se acordará de *El condenado por desconfiado* al cabo de dos mil quinientos años!). Hoy es ya un drama acabado, que pertenece á la historia y á la arqueología de las letras. El conflicto psicológico en que está basado, raro siempre, carece hoy de realidad. Un público moderno vería *El condenado por desconfiado* sugestionado por el prestigio de lo clásico, del mérito consagrado y reconocido por generaciones, por todo ese sutil hechizo que quita, al espectador y aun á veces al lector de libros, no sólo la franqueza para con los demás, sino hasta la franqueza para consigo mismo, reproduciendo á lo vivo el antiguo Enxemplo *De lo que contescio á un rey con los burladores que ficieron el paño*. Nadie veía el paño en el *Enxemplo*, mas nadie osaba confesar que no lo veía por miedo de pasar por un hi de tal. Así sucede á menudo con el paño de lo clásico. Le alaban muchos sin verle, por miedo de pasar por rudos ó ignorantes. Y el público moderno vería ó no el paño de *El condenado*, pero no sentiría con Paulo.

El discurso del Sr. Menéndez y Pelayo no versa sobre el drama de Tirso. Consagrado á ensalzar los méritos del nuevo académico, á quien contestaba el autor de la *Historia de los Heterodoxos*, trata principalmente de la obra del Sr. Menéndez Pidal *La leyenda de los Infantes de Lara* y la toma, si no como pretexto, como ocasión para discurrir acerca de las investigaciones sobre la antigua poesía heroica española, juzgando los trabajos de Durán, de Wolf, de Milá y Fontanals, y haciendo un breve y brillante resumen histórico de las di-

versas fases por que ha pasado el estudio de nuestros romances viejos. De las demás obras del Sr. Menéndez Pidal dice menos. En todo este discurso palpita un gran entusiasmo hacia la aplicación de los métodos históricos al estudio de la literatura y hacia los resultados que mediante este género de investigaciones positivas han podido alcanzarse.

*
* *

D. Jacinto Octavio Picón ha entrado en la Academia de Bellas Artes á título de crítico, concepto por el cual figura siempre en las listas de la Corporación cierto número de literatos eminentes ó distinguidos. Pero más que sus *Apuntes para la Historia de la Caricatura*, que su *Vida y obras de don Diego Velázquez* y sus números escritos sueltos de crítica de la pintura, representan en el conjunto de su labor literaria sus novelas, á las que debe la parte mayor de su celebridad. La personalidad literaria de Picón es muy característica, distinguiéndola en cuanto al fondo un consecuente espíritu antitradicional que en todos sus principales escritos se revela (el espíritu de *El enemigo*, sin que esto sea jugar del vocablo), y en cuanto á la forma, una gran pureza y elegancia de lenguaje. Es, pues, el autor de *Dulce y sabrosa* un ejemplo que no deben desdeñar los modernistas, de cómo se puede hablar en clásico y pensar en moderno, y no sólo en moderno, sino hasta en innovador y revolucionario.

En su discurso de ingreso resalta sobre todo la brillante elocuencia de la forma, que hace recordar en algunos pasajes las síntesis históricas de Castelar, aunque el estilo de Picón es mucho más sobrio y menos ampuloso que el de aquel orador incomparable, que escribiendo seguía siendo orador. *Observaciones acerca del desnudo y su escasez en el arte español*, es el tema del discurso, y sobre materia tan sugestiva hace el nuevo académico de Bellas Artes una amena excursión histórica, mostrando la generalidad del desnudo en el Arte antiguo des-

de las viejas civilizaciones del Oriente; su apogeo en Grecia; su eclipse en la Edad Media; su resurrección en el Renacimiento. Viene á ser todo esto á modo de antecedente histórico para ir á parar al meollo verdadero del discurso, ó sea á la escasez del desnudo en el Arte español. Atribuye este fenómeno el Sr. Picón á la influencia de la Iglesia, movida, según él, más que de la idea de que el desnudo fuese inmoral, del horror hacia el resucitado paganismo y del pensamiento de que la pintura era á modo de un arte religioso, llamado á estimular la devoción y á aumentar el decoro del culto. Como prueba de que no era precisamente lo obsceno lo que se perseguía en el desnudo, cita la tolerancia que se tuvo con las más licenciosas producciones de la literatura. Confieso que no me convence el argumento, pues en el terreno histórico no basta que una cosa sea lógica para que pueda darse por segura, y en cierto modo el más benigno criterio para con el libro se explica por el espíritu de hipocresía que generalmente domina en las sociedades y en las épocas en que se rinde culto á una moral muy estrecha y severa. La pintura y la estatua no pueden recatarse como el libro, que se lee en la soledad; aquéllas piden por su índole misma ser ostentadas como preciados adornos y atraen las miradas de todos, hasta de los más simples é ignorantes, á los cuales no llega generalmente la acción de la literatura. En menor medida pudo influir también en la tolerancia para con el libro, cierto espíritu de compradazgo literario. Escritores, y no de los menos licenciosos, fueron muchos eclesiásticos, y aun los mismos censores solían serlo á veces. Mas aparte de todas estas razones, tan evidente parece que en el desnudo se persiguió lo lascivo, que hasta de los mismos documentos que cita el Sr. Picón así resulta. En el curioso libro de la biblioteca del Duque de T'Serclaes, citado por el señor Picón: *Copia de los pareceres y censuras de los reverendísimos padres, maestros y señores catedráticos de las insignes Universidades de Salamanca y de Alcalá y de otras personas doctas sobre el abuso de las figuras y pinturas lascivas y desho-*

nestas, en que se muestra que es pecado mortal pintarlas, esculpir las y tenerlas patentes donde sean vistas y en la Ordenanza de la Inquisición mandando: «que ninguna persona sea osada á meter en estos reinos imágenes de pintura, láminas, estatuas ú otras esculturas lascivas, ni usar de ellas en lugares públicos de plazas, calles ó aposentos comunes de las casas» y prohibiendo asimismo «á los pintores que las pinten y á los demás artífices que las tallen, ni hagan»; en ambos documentos se ve que lo que se perseguía era lo lascivo ó deshonesto, y la exhibición pública de estas obras de arte que se juzgaban peligrosas para la salud de las almas.

Podrá decirse que al confundir lo estéticamente bello con lo obsceno, daban pruebas aquellos maestros de las Universidades de Salamanca y Alcalá, y aquellos inquisidores, de una completa falta de sentido artístico. Pero quizá discurrían con lógica, desde su punto de vista. La desinteresada contemplación estética á que convidan las obras de arte, no es un sentimiento que con tal fuerza se imponga que necesariamente haya de sentirle cualquier espectador. Entra en él por mucho la disposición subjetiva, y así, ante un desnudo artístico, es posible que los que no tengan muy desarrolladas las aptitudes estéticas, experimenten los sentimientos pecaminosos que querían evitar aquellas rígidas disposiciones y pareceres de varones doctos. Sirva de ejemplo el conocido caso del mancebo que quiso propasarse con la *Venus vaticana*, citado en el discurso del Sr. Mérida.

Claro es que hoy, con un criterio moral diferente y más ancho en algunos puntos (no en todos); con ideas muy distintas acerca de los límites de la intervención de la autoridad pública y con un concepto más elevado de la dignidad y de la sustantividad del arte, aquellos pareceres de los graves doctores que se escandalizaban ante el desnudo y aquellas prohibiciones de la Inquisición, han de parecernos por fuerza harto pecatos y pueriles, ó bien exagerados y fanáticos. Pero juzgándolos con criterio histórico y con arreglo á las ideas de la

época, justo es reconocer que hay una rígida y severa consecuencia entre los medios y los fines y un fondo de lógica que no niega el Sr. Picón, en aquella actitud de la Iglesia. ¿Qué importaba el arte ante la salvación del alma? En una sociedad en que el Estado ó la Iglesia consideran que hay que buscar por todos los medios el bien común, con arreglo á cierta determinada concepción de este bien, y que tan grave negocio no puede dejarse entregado á la libertad de los individuos, no ya ante el arte, pero tampoco ante más inviolables intereses, se detiene la acción del poder directivo, que ha tomado sobre sí la magna empresa de hacer la felicidad de las gentes en este mundo ó en el otro, ó en los dos sucesivamente, aunque sea contra su gusto.

El discurso de D. José Ramón Mélida versa principalmente acerca del desnudo en el arte griego; y en particular, tiende á puntualizar el período en que aparece el desnudo femenino. Lo que más sobresale en este trabajo es su erudición arqueológica.

*
* *

Rubén Darío es uno de los literatos hispanoamericanos más conocidos en España. Ha vivido algún tiempo entre nosotros. Fruto de las observaciones que aquí hizo ó de sus sensaciones de artista, hablando con más exactitud, es el libro *España contemporánea*, como el titulado *Peregrinaciones* lo es de su visita á París en los días de la Exposición de 1900, y de sus viajes por Italia. En ambos libros el contenido y el procedimiento son semejantes, aunque los modelos varíen. Impresiones literarias ó artísticas, alguna vez siluetas de contemporáneos ilustres ó meramente conocidos, ojeadas al espectáculo de las costumbres (no cuadros minuciosamente descriptivos de ellas), son lo que hallará el lector en estos dos volúmenes, de innegable amenidad. El poeta de *Prosas profanas* ha llevado á ellos la tendencia subjetiva propia de la lírica; y aunque la índole de los libros de viajes ó de estudio acerca de las circuns-

tancias de un país en un determinado momento de su historia es necesariamente descriptiva, en éstos el autor no se impersonaliza ni se convierte en espejo objetivo de lo que ve, sino que su reacción personal sobre los objetos es muy marcada. El nombre que mejor cuadra á las páginas de uno y otro volumen es el de impresiones. Y todo está visto en ellas al través de la literatura y desde el punto de vista profesional del literato. Hay quien ve las cosas cual si entonces acabaran de nacer y nadie se hubiera ocupado en describirlas y comentarlas; y hay quien al verlas recuerda en seguida el libro que de ellas ó de otras semejantes trata, y asocia casi siempre á la imagen de la realidad el fantasma literario. A este último género de visión,—con anteojos, que á veces aclaran mucho los pormenores del objeto, y á veces lo velan con una especie de neblina, pero que suelen alterar siempre sus proporciones aparentes,—propende, á mi parecer, el Sr. Darío.

En *Peregrinaciones* hay páginas muy elocuentes y poéticas, como las consagradas al Papa; y otras de suma agudeza de observación, como las de Kruger y los norteamericanos en París. En *España contemporánea* ha querido el autor que á sus personales impresiones acompañasen algunos datos de información que, aunque resultan por lo general algo ligeros é incompletos, revelan un atinado concepto de lo que deben ser estos trabajos. En efecto, dicho libro parece destinado á dar á conocer el estado de España en lo relativo á cultura y costumbres; y en escritos de esta clase se necesita que á los juicios é impresiones del observador acompañen algunos materiales objetivos, algunos datos concretos. Mas esta tarea no es fácil para un extranjero, y aunque los hispanoamericanos tengan cierto parentesco con nosotros, al cabo son parientes que hace mucho tiempo que han puesto casa separada, y al venir á la nuestra necesitan enterarse de las novedades que hay por ella. Lo que tiene de extranjero y lo que tiene de español el autor de este libro, concurren en feliz coincidencia para hacernos interesantes sus juicios. Las apreciaciones de los extranjeros

acerca de las cosas de una nación que no es la suya, despiertan curiosidad, porque libres del espíritu local, y sobre todo de la influencia poderosa del hábito que nos amolda á las cosas cotidianas y hace que no paremos la atención en ellas, pueden descubrir aspectos y matices que no vemos nosotros en esa visión casi inconsciente y maquinal de lo acostumbrado. Pero al mismo tiempo la diferencia de costumbres y de ambiente intelectual es causa de que frecuentemente se equivoquen acerca de aquellas cosas, para ellos extrañas, ó de que sólo vean lo más aparente de su superficie, sin llegar á su sustancia verdadera. Pero el observador que no es del todo extranjero ni del todo natural, sino que de ambas condiciones participa, como les sucede á los hispanoamericanos respecto de nosotros, y á nosotros respecto de ellos, mucho tiene adelantado para que sus juicios sean acertados y clara su representación de los objetos.

La gran dificultad para que sean apreciados en España los escritores modernos hispanoamericanos, estriba en el lenguaje. En el castellano de América se están operando dos transformaciones: una, la modificación propiamente dialectal, la del habla criolla, que es un fenómeno natural é inevitable; otra, artificial y exclusiva del lenguaje literario, que nace de la influencia de lenguas extranjeras, principalmente del francés, y de que son agentes, ya la comunicación de razas en las ciudades cosmopolitas de América, como Buenos Aires, ya la frecuente estancia de los escritores hispanoamericanos en París, y la asidua lectura y estudio que consagran á la literatura del país vecino. Esta última modificación, que está fuera de los procedimientos ordinarios de evolución de los idiomas, y que probablemente habrá influído poco en el lenguaje hablado, y no habrá llegado á las capas populares del idioma, es causa de que los escritos de los literatos americanos parezcan á menudo medianas traducciones del francés; de tal manera se han asimilado muchos de ellos, no sólo el vocabulario, sino hasta el giro y estructura de la frase en aquel idioma.

A su vez los escritores hispanoamericanos se figuran que

nosotros los españoles estamos apegados de tal suerte al tipo clásico del castellano antiguo, que no damos valor más que á lo castizo, ni sabemos salir de esos moldes que ellos juzgan estrechos y anticuados. Gran error es éste, error de hecho, porque los puristas escasean entre nosotros y nuestros escritores de fama no creen, por lo general, que se pueda seguir hablando y escribiendo en el siglo xx exactamente como se hablaba y escribía en el xvi; y error de concepto, porque sin acudir más que por rara excepción á lenguas extrañas, puede expresar el castellano los matices todos del pensamiento moderno. Es evidente que las lenguas varían y se renuevan mientras en ellas se habla y escribe. De su propia cantera, y principalmente del lenguaje popular, pueden extraer nuevas palabras, sacando á la superficie las desusadas que lo merezcan. Pueden formarlas también, mediante los procedimientos de derivación naturales en las lenguas, ya con elementos propios y raíces indígenas, formando de verbos sustantivos, etc., ó ya con elementos extraños, acomodándolos á las desinencias y formas propias; y aun en algunos casos excepcionales podrán tomarlas hechas de otras lenguas cuando se trata de objetos nuevos ó de denominaciones científicas universales, que sería pueril é incómodo querer bautizar aquí con nombres de formación indígena, diferentes de los generalmente adoptados. Lo que no ofrece ventaja alguna y sí el peligro de convertir el idioma en una especie de jerga cosmopolita ó lengua franca, es la introducción de voces extrañas que no agregan al idioma ningún nuevo elemento ideal ni ningún matiz ignorado de expresión. Por eso en castellano no se puede decir *usinas*, ni *chicanas*, ni mimar (en sentido de remedar ó imitar), ni tiraje (por tirada), ni mordida (por mordedura), ni verba (por lenguaje, verbosidad ó elocuencia), ni filoso (por afilado), ni mirajes, ni faces glabras, ni otra porción de cosas que dice el Sr. Darío. Llamar ancestro á Gonzalo de Berceo, como hace el prologuista de *Peregrinaciones*, Sr. Sierra, es cosa sumamente cómica.

En este punto deberían imitar los hispanoamericanos á los franceses, pero no tomándoles palabras de su lengua, sino siguiendo su ejemplo en el esmero con que procuran aquéllos conservar la pureza y el carácter propio de su idioma.

Sin embargo, como en un escritor, con ser la dicción cosa tan importante, lo son más todavía las ideas, las imágenes y la *constitución interna*, digámoslo así, del estilo, los libros del Sr. Darío compensan en cuanto cabe con otros méritos, estos extravíos y tropiezos del lenguaje.

*
* *

Otro escritor hispanoamericano, muy conocido también del público español por su asidua colaboración en *El Liberal*, el Sr. Gómez Carrillo, ha publicado no ha mucho un ameno libro: *El alma encantadora de París*, que es un reflejo de la literatura y las artes en la capital francesa. Siluetas de literatos, cómicos y pintores, el teatro, la novela; de cuando en cuando las mujeres, que también son arte y *hacen arte* á su modo, forman el asunto de este libro. Pero quizá el capítulo que más llamará la atención en él será el titulado *Del asesinato considerado como una de las bellas artes*, muy propio para dejar á los papanatas con medio palmo de boca abierta ó diciéndole en francés para *épater le burgeois*. Viene á ser la exposición comentada de cierto escrito del célebre cuanto extravagante Tomás de Quincey, escritor inglés que vivió en la primera mitad del pasado siglo. El inspirador de los *Paraísos artificiales*, de Baudelaire, fue un precursor de los morfinomanes modernos. Parece ser que tuvo necesidad de usar del opio como calmante, y pasando del uso al abuso, llegó á convertirse en un borracho de opio, cosa mucho peor, aunque parezca más original y distinguida que ser borracho de vino; pues al cabo, de embriagarse, vale más seguir la tradición de Noé que no hacerlo con drogas y porquerías, á la manera que es preferible perder la salud y el caudal con mujeres que no entregarse á

vicios contra naturaleza. De esta borrachera contra naturaleza sacó Quincey, que era hombre de gran talento y cultura, una porción de locuras y extravagancias, una de ellas, esa semi-apología del asesinato artístico.

A primera vista no parece esto del asesinato como obra de arte muy extraordinario. Las hazañas de los grandes criminales han interesado siempre á las gentes mucho más que los delitos vulgares. Años y siglos hace que se publican colecciones de causas célebres. Las aventuras de Cartouche, y entre nosotros las de Candelas, han admirado á infinitas gentes, que no habían probado el opio. El tendero de la esquina lee hoy con el mayor interés en los periódicos el crimen del día, y cuanto más misterioso es, más le divierte. La diferencia está en que todas esas gentes sencillas que se entretienen leyendo la crónica criminal se horripilan ante el delito, aunque alguna vez compadezcan y aun admiren al delincuente, y Quincey admiró el crimen como si no hubiera sangre de por medio, y aun parecía complacerse en él, como la Clara del *Jardín de los suplicios* de Mirbeau, ante los tormentos que aplican los verdugos chinos. Llevadas las cosas á este punto, resulta muy en su lugar la apología del verdugo que hizo el Conde José de Maistre; y la esbelta silueta de la horca, la brillante cuchilla de la guillotina ó el ingenioso garrote, parecen visiones muy agradables al lector que no sienta vocación de bandolero. Los artistas del asesinato, donde más simpáticos resultan es en cualquiera de esos escenarios.

Hay que desengañarse: entre lo extravagante ó lo vulgar, vale cien veces más lo vulgar. Lo vulgar ha llegado á serlo por haber hallado los hombres que era lo más útil, lo más cómodo ó grato, lo cual ha generalizado su uso. Y lo extravagante, cuando no es afectado ni tiende á asombrar á la galería, suele ser de origen patológico. O pertenece á la jurisdicción de Max Nordau, de Lombroso ó de Charcot, ó es una de las muchas y diferentes formas de la Comedia humana. Y la mayor parte de las veces no se trata más que de pasar el rato.

El Sr. Gómez Carrillo cuenta muy bien las cosas y demuestra mucho conocimiento de la literatura contemporánea. Posee lo que los franceses llaman *savoir faire*, la destreza ó maestría profesional, los secretos, como si dijéramos, de la cocina literaria, que hacen pasar, gracias á la salsa, manjares no muy sustanciosos, y á los que sí lo son los tornan más agradables. La exposición ó análisis de algunas de las obras literarias de que habla el Sr. Gómez Carrillo, revela singular habilidad. La dicción es más pura y correcta en este libro que en otros del mismo autor, y aventaja también á la de muchos de los escritores modernos de la América española. Pero, créame el Sr. Gómez Carrillo, lo de la sublimidad del asesinato artístico es pura *blague*, una broma fúnebre, que son las peores, porque para reir convienen temas alegres.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LECTURAS AMERICANAS ⁽¹⁾

SUMARIO: *Cuba y América*.—La instrucción primaria en Cuba en 1902.—La instrucción primaria en el siglo xvi.—Estadística de maestros y alumnos.—*La Revista positiva*.—Papel de la poesía en el período industrial.—Curiosa antología.—*La Revista nueva*.—La literatura y la fraternidad hispanoamericana.—El comercio de libros en Bogotá.—Los críticos españoles.—Un chileno ilustre: D. Miguel Luis Amunátegui.—Sus obras y su política.—*Un aventurero limeño*: el Marqués de Castrias.—Sus hazañas en tierra española.

Cuba y América, la excelente revista que, como ya saben nuestros lectores, se publica en la Habana, dedica uno de los artículos de su número del 24 de Agosto á demostrar que el nuevo sistema de instrucción primaria implantado por los yankis en la isla, no ha fracasado, como algunos dicen. «Lo que ocurre es que para una obra tan trascendental no estaba preparado el país. Carecíamos de escuelas y maestros capaces de comprenderla y ejecutarla, deficiencia que se ha ido subsanando, como lo demuestran los últimos exámenes.»

Según las estadísticas anteriores á 1.º de Enero de 1900, existían en Cuba 782 colegios (primarios) con 38.105 alumnos. El presupuesto era de 387.259 pesos para personal, 95.488,97 para material y 119.543,64 para alquileres.

Actualmente existen 3.474 escuelas y el presupuesto asciende á 3.060.393,14 pesos.

«En menos de dos años, que es el tiempo que hace rigen las disposiciones sobre enseñanza primaria, no es posible que se pudiera adelantar más en el camino de la organización. Aún queda por hacer algo; pero esto exige tiempo y reflexión.»

(1) Con objeto de ocuparnos, con la amplitud que merecen, de las Revistas y libros que ven la luz en la América latina, esta sección, que hasta hoy ha sido bimensual, será mensual en adelante.

Rogamos á los autores que nos envían sus obras, que las dirijan siempre al señor Director de LA ESPAÑA MODERNA, Fomento, 7, Madrid.

«Uno de los defectos—añade el articulista,—quizá el principal del sistema aquí en vigor, es el de inspirarse en un amplio espíritu democrático y descentralizador. Las Juntas locales de enseñanza son las encargadas en cada pueblo de velar por el cumplimiento de las leyes, de inspeccionar las escuelas, de elegir y contratar los maestros. Esto es indudablemente un gran progreso entre nosotros; pero para que dé el resultado necesario, es preciso que los llamados á ocupar los cargos en esas Juntas reúnan las condiciones necesarias y se den cabal cuenta de su elevada misión.

»En cuanto á los maestros, éstos se están haciendo ahora. Aquí carecíamos de ellos en el número que se han necesitado. Todos sentían antes justificada aversión á esa profesión. No se les pagaba, no se les guardaban miramientos y consideraciones, no había escuelas donde aprender y desarrollar sus condiciones. Los maestros no se improvisan; se necesita para serlo vocación y estudio. Hemos necesitado improvisarlos, despertando después el estímulo y dictando disposiciones para regular la profesión, á fin de llegar á tener buenos maestros.»

Advierte con razón el articulista que lo que se ha hecho en Cuba en dos años, ha costado mucho más tiempo en otros países. «La obra está hecha, que es lo principal (dice); las modificaciones en algunos de los detalles se llevarán á cabo por el buen deseo de los que gobiernan, si cuenta con el concurso y cooperación de todos.»

En la misma Habana acaba de fundarse una revista nueva, quincenal, que se titula *La instrucción primaria*. En su segundo número encontramos una copiosa sección de datos estadísticos que tienden á demostrar lo mismo que sostiene *Cuba y América*. En Mayo de 1902 existían 3.446 maestros en funciones, de ellos 121 de color y 158.823 alumnos. Es curioso notar que la cifra de la población de edad escolar (cinco á diez y ocho años) ha disminuído bastante desde 1899. En este año era (contando sólo los de cinco á diez y siete años) de 552.928. En 1901 de 156.494, y en 1902 de 157.106.

En el mismo número leemos un artículo muy interesante de D. José A. Escoto sobre *La instrucción pública en la isla de Cuba durante el siglo XVI*. He aquí las noticias más salientes que contiene:

Al principio, sólo se pensó en la instrucción religiosa necesaria para la conversión. Pero ya en 1514, Bartolomé de las Casas y su compañero Pedro de Rentería pensaron pedir al Rey licencia «para hacer algunos colegios donde los niños se criasen y enseñasen». Una carta del Obispo Sarmien, en 1544, habla de misiones, predicaciones y pláticas de doctrina cristiana con los indios y los negros, señalando que éstos son «muy mejor inclinados á las cosas de la fe que los indios». En ese mismo año había ya en la catedral de Cuba un maestro de gramática. Los hijos de familias pudientes (de los colonizadores) eran enviados á España para hacer sus estudios. El Ayuntamiento de la Habana trató en 1569 de crear «un colegio de la Orden de la Compañía de Jesús, adonde sean doctrinados los hijos de los vecinos de toda la isla é de otras cualquier partes que quisiesen venir, é así mismo para los hijos de los caciques y otros niños é indios de la Florida que ocurriesen, donde sepan leer é enseñar todas las ciencias é artes». Pero este buen propósito no parece que se llevó á cabo.

El Capitán Francisco de Parada mandó crear por su testamento de 1574 una «obra pía en Bayamo» destinada á centro de enseñanza, donde además de las consabidas materias de leer, escribir, contar y doctrina cristiana, figurarían el latín y la moral. Pero los testamentarios inutilizaron con su mala fe este deseo.

Más tarde, los varios conventos de dominicos y franciscanos creados en la Habana, Bayamo y Puerto Príncipe constituyeron «los centros de enseñanza más concurridos y adelantados de la isla», que preparan el florecimiento de los siglos XVII y XVIII.

La *Revista positiva* (Méjico) publica en su número de 1.º de Septiembre un curioso estudio del Sr. Aragón sobre el *Pa-*

pel de la poesía en el período industrial. Parte el articulista de las tres consabidas leyes del progreso en el espíritu humano, que pasa por tres estados sucesivos: teológico, metafísico y científico; por tres períodos: el conquistador, el defensivo y el industrial, y por tres graduaciones: Familia, Patria, Humanidad. Actualmente se ha llegado á la plenitud de la evolución, y por tanto el, «régimen mental» científico de nuestros días, que se traduce prácticamente por la industria «y afectivamente va á la Humanidad», exige manifestaciones estéticas especiales.

El autor, apoyándose en textos del historiador Harrison, insiste en demostrar que cada período de la historia ha tenido su poesía característica, reflejo de «la síntesis dominante» y precursora del sabio y el filósofo. «Hay muchos que sostienen (dice), y á nuestro parecer no carecen de buenas razones, que hay más sabiduría en el conocimiento de la naturaleza humana en las obras de los poetas, que en las de los pensadores sistemáticos. En la exploración de las profundidades del alma, en la pintura de los estados pasionales, ¿quién es el osado que coloque al autor de los ensayos Baconianos al mismo nivel que al autor de Hamlet y el Rey Lear? Compárense á Esquilo con Platón, á Aquino con Dante, á Goethe con Kant; el resultado será siempre el mismo. Con excepciones muy raras, el influjo de los grandes poetas no sólo ha sido más amplio que el de los pensadores, sino más profundo. La razón es obvia: los poetas, sin ignorar los pensamientos, han concentrado su atención en los actos y en las pasiones de los hombres. «La conducta, dice un poeta moderno, forma las tres cuartas partes de la vida.» Lo mismo debe decirse de los grandes profetas y de los grandes sacerdotes. La *Imitación* de Kempis, es la pintura más completa de la naturaleza moral del hombre.»

Refiriéndose á los tiempos actuales, dice: «No es ni menos enérgica ni menos efectiva la manifestación de la poesía en el período industrial que antes, no obstante lo inmenso de las fuerzas de la tradición; el pasado debe venerarse, pero no puede

revivirse.» Y viniendo ya á describir la misión de la poesía nueva, añade que «en el período industrial de la civilización, los poetas desempeñarán un papel importante en el movimiento de la renovación de las opiniones y de las costumbres. Podrán embellecer, para convertirlas en más atractivas, las nuevas concepciones. El positivismo presenta una nueva doctrina que abarca la existencia humana en todos sus aspectos: intelectual, sentimental y práctico. Toca á los poetas idealizar el dogma, el régimen y el culto nuevos. ¿Puede haber labor más fecunda y más augusta? Idealizar el dogma científico que sustituye al imperio de las voluntades arbitrarias el de las leyes naturales, que sustrae al hombre de todos los terrores supersticiosos y lo convierte en el verdadero rey del mundo. Idealizar el régimen pacífico é industrial que se establece como los diversos regímenes que le han precedido y lo han preparado, es decir, gradualmente. Idealizar, en fin, la humanidad, ya en sí misma ó concebida como un sér vivo y real que se desarrolla cada día, ya en los grandes hombres de todas las edades y naciones que la han mejorado y honrado de cualquiera manera, como sabios, como guerreros, como artistas, como fundadores de religiones, como gobernantes. He aquí el futuro destino del poeta, obra capaz de tentar á los artistas y de darles gloria, porque serán así los heraldos, los precursores de la nueva religión».

Detallando más esta exposición, escribe:

«En la primera época del «Período industrial», única alcanzada actualmente por algunas naciones, el poeta tiene un fecundo manantial de inspiración en la ciencia aplicada á la actividad, desde la educación del niño hasta la explotación de una mina; desde el acercamiento de los hombres por el vapor y la electricidad hasta el gobierno de las colectividades.

»El gran poeta inglés Wordsworth combate la creencia de que la ciencia no inspira, en las siguientes expresivas líneas: «Hay gentes que creen que el hábito de analizar, de descomponer y de disecar, no puede menos que ser funesto á la per-

cepción de la belleza. Son inducidas á ese error, porque no advierten que están al alcance de una inteligencia limitada esas operaciones mentales é imputan á éstas la insensibilidad, tomando por causas los que son efectos de una organización intelectual dada. La admiración y el amor, objeto de los conocimientos verdaderamente esenciales, invaden el alma de un hombre de genio á medida que se ensanchan sus descubrimientos en la filosofía natural; la belleza de la forma de una planta ó de un animal nada pierde, y al contrario, gana cuando se conocen con exactitud sus propiedades constitutivas y sus facultades.»

»El ilustre sabio Faraday, que tanto enriqueció con sus descubrimientos la Física, lejos de oponer la ciencia á la poesía lamenta que no se admire lo bastante el universo material y cree que así sucede porque no se le comprende bien.»

Por último, resume su pensamiento acerca del papel de la poesía en el período industrial de la civilización con las palabras siguientes:

«Después de la idealización de la vida *personal y doméstica*; después de haber sido cantado el *sentimiento de la patria*, y después de que los grandes poetas presintieron la *Humanidad* al través de sus nacionalismos respectivos—Virgilio, Dante, Camoêns—compete al poeta del período industrial proclamar la idealización de la humanidad y la concordia de todas las razas y naciones para lograr el concurso afectivo de todas las actividades. Sólo el Arte puede divulgar esa armonía presentida por los sabios y sistematizada por los filósofos, pero perturbada en su realización por las peculiaridades de orden histórico de los pueblos y detenida hasta ha poco por el imperfecto conocimiento que tenía de la naturaleza humana. La antinomia entre el egoísmo y el altruísmo; entre lo subjetivo y lo objetivo; entre la revelación y la ciencia; entre la gracia y la justicia; entre la teología y la filosofía; entre el sacerdocio y el Gobierno; entre la autoridad y la libertad; entre la guerra y la industria; entre el antiguo y el nuevo mundo, la ha resuelto satisfactoriamente la filosofía científica, asignan-

do á cada término su función, glorificando el pasado para mejorar el porvenir; concordando en nuestro sér moral la simultaneidad de la emoción, de la especulación y de la acción, asignándole un fin único: el servicio de la humanidad, por cuyo medio se realizará la unidad simpática, la unidad sintética y la unidad sinérgica.»

El estudio del Sr. Aragón termina con una interesantísima colección de trozos de poetas modernos (siglo XIX), que demuestran «el influjo de la ciencia». Los trozos pertenecen á Tennyson (*In memoriam*), Davies (*La inmortalidad del alma*), Gaskell Higguison (el Patriotismo según el sentir positivista), Ingram (el Patriotismo y *El triunfo de la Humanidad*), Vernon Lushington (Tipos de los meses del Calendario positivista), Sully-Prudhomme (*La Justicia*), A. de Vigny (*Consejos á un joven*), y Canova. Indica, además, otras obras de diferentes autores ingleses y franceses, y entre los mejicanos y españoles cita los siguientes: Porfirio Parra (*Oda á las Matemáticas, El agua, Epístola á un joven desconsolado*) y Quintana (*Invención de la imprenta*). En opinión del autor, «el esfuerzo más vigoroso de la poesía para vivificar la estructura de la obra poética con el pensamiento filosófico de nuestros días» lo representa el poema de Teófilo Braga, *Visao dos tempos*.

La Revista nueva (Santiago de Chile) de Abril inserta un artículo de D. B. Sanín Cano sobre el *Papel de la literatura en la fraternidad hispanoamericana*. No obstante lo gastado del tema, las observaciones y noticias del autor encierran novedad y son dignas de tenerse en cuenta.

«Acá en América—comienza diciendo—va ya para treinta años que estamos oyendo hablar de fraternidad hispanoamericana, y esta es la hora en que todavía no hemos visto en forma utilizable los resultados de la fraternidad. No niego que exista; por el contrario, me parece haberlo advertido de manera muy apreciable en tiempo de la guerra con los Estados Unidos, y creo que, si no existiera, deberíamos formarla.

Puesto que el sentimiento tiene vida real, es el momento de cultivarlo, de hacerlo presente de muchas maneras á las multitudes, á los hombres de pocas letras, con la mira de que él sirva para fundar establemente cosas grandes.»

Fijándose en seguida en el asunto principal de su artículo, escribe:

«Las personas que en España y en América cultivan las letras castellanas, ya sea por amor á ellas solamente, ya sea por buscarse una profesión decorosa, tienen comunes intereses. Son tan palpables, que empezar á señalarlos sería dar muestras de que hay intención de cansar á los lectores probables. En Europa se ve el caso de un autor italiano ó escandinavo que el día menos pensado hace resolución de aprender á escribir en lengua alemana para buscarles á sus obras un mercado más extenso. El español y el americano, que hablan una misma lengua, no necesitan el esfuerzo de adquirir otra con la perfección que requiere el arte de escribir en ella; han menester tan sólo el estudiar las condiciones del continente, cultivar amistades al través del Atlántico y trabajar de buena fe y con mejor intención, á fin que una gran parte de estos sesenta millones de hombres que hablan español en América adquieran el gusto de leer en su lengua obras de arte.»

Americanos y españoles pueden entenderse entre sí mejor que otros pueblos cualesquiera, no sólo por los elementos étnicos que le son comunes, mas también y principalmente por la complejísima mezcla de razas que los forman y los hacen aptos—como ya dijo Nietzsche de los europeos—para gustar contrarios modos de pensar y de sentir. «Aquí viene—explica el autor—como rodada la teoría del Sr. Le Bon sobre lo que representan los muertos en la vida de un pueblo. No por lo que hoy ven á su derredor; no por la corta experiencia de las generaciones actuales; mas por lo que vieron y sufrieron aquellos de quienes provienen, los de hoy deben tener generoso entendimiento de las cosas, cerebro humilde y hospitalario. Y han de ser tolerantes no sólo con los que viven de otras

ideas, sino con los que ejercen funcionalmente la intolerancia, sin poder evitarlo. Es preciso conceder, con mucho dolor, que la intolerancia tiene, como el no saber, derecho á la existencia.»

El Sr. Sanín no cree que exista comunidad de aspiraciones políticas entre España y las Repúblicas americanas. «Y si la tuviéramos—añade,—flaca razón sería ésta para que hubiéramos de fraternizar. Comunes, ó por lo menos muy semejantes, habían de ser las aspiraciones de las Repúblicas americanas, y está visto cómo se tratan; está visto que las más de ellas no tienen trato ni comunicación con las otras.»

Caso de que la federación iberoamericana fuese un remedio contra el peligro de absorciones extrañas, el Sr. Sanín dice, con gran juicio, que hay que mirarse mucho en cuanto á la manera de realizarla.

«Sin pretender negar que derivamos muchas ventajas de nuestra emancipación, ello salta á la vista que la cosa tuvo también malas consecuencias. Perdimos entonces el sentimiento de la unidad. Los que hicieron todas estas patrias, las extendieron sobre el terreno como para que no se acordase la una de la otra. Apenas habían nacido y ya eran rivales. Unos mismos ejércitos las habían creado, lo cual no fue tenido en cuenta para mostrarse cerrados los puños al través de los ríos y las cordilleras por las más leves diferencias.

»En tiempos del Rey, á quien por acá llamaron por última vez con el nombre de Nuestro Señor, los americanos se trataban y conocían mejor á largas distancias, y eso que ni la electricidad ni el vapor habían sido puestos al servicio de las comunicaciones. Es muy triste pensar que para Nariño tenían vida real los platenses, los mejicanos; que el gran revolucionario hacía llegar su nombre y sus ideas, ó las ajenas que vulgarizaba en romance castizo, á los extremos de las posesiones españolas, en tanto que hoy es labor ardua comunicarse con la Asunción desde Bogotá. Viena está más cerca de Colombia que Colombia de Buenos Aires.

»En Bogotá detallan los del gremio la vida social elegante

de París, mas no se les ántoja una vez al año saber lo que piensa la *élite* intelectual en Santiago de Chile. Cuando tra-siega uno por la correspondencia que á su tiempo sostuvieron nuestros generales de la guerra grande con sus amigos del Perú, de Bolivia, de Venezuela, no sale uno de su asombro al ver la enorme distancia que hoy nos separa.»

«Los que deseen la unificación de los pueblos iberoameri-
canos no tienen sus anhelos puestos en un imposible. Sola-
mente un lazo nos queda, que es la lengua. Lazo vivo, tan
fuerte y duradero, que él sólo basta para fundar la fraterni-
dad de los pueblos, en tanto que á ella no se opongan signifi-
cativos intereses ó sentimientos vivamente arraigados. Esta
bendición de un idioma que oye uno hablar con uniformidad
y decoro desde el paralelo 32 al Norte hasta el paralelo 40 al
Sur, en casi todo un continente, sin interrupciones y con le-
vísimos cambios que no alteran la índole, es fenómeno de que
importa sacar provecho.»

Refiriéndose á la cuestión tan discutida hoy, del neo-caste-
llano, dice:

«Siento, y en ello me parece que están de acuerdo conmigo
muchos americanos, siento la necesidad de que la lengua es-
pañola sea modernizada. Gentes de talento que poseen un len-
guaje ductil, y á quienes no embaraza en sus cerebraciones el
suntuoso equipaje de las tradiciones literarias, ya han dado la
voz en América, y hay quien los escucha. En este movimiento,
como en otros muchos, los continuadores irán, sin discreción
y con mucha paciencia, más lejos de lo que conviene, y segu-
ramente más allá de donde pensaron ir quienes con buen
acuerdo han notado que á nuestra lengua sería bueno infun-
dirle vigores nuevos. Los atrevimientos de los necios y las exa-
geraciones de los inteligentes serán revisadas á la larga por el
buen sentido, por las exigencias del arte literario, por las ne-
cesidades de la ciencia; y tendremos acaso lo que nos hace
falta.»

Coincidiendo también con otros muchos escritores de España y de América, afirma que «el que fomentare en América la circulación de libros, de revistas y periódicos españoles, hará más en bien de la amistad de estos pueblos que muchos tratados diplomáticos y que muchas disposiciones académicas. A la vista de la Academia se está cumpliendo un fenómeno de que ella no quiere darse cuenta. La lengua avanza, pide que le suelten las riendas, da señales de que tiene vivas y numerosas energías para la tarea de civilización que le está encomendada; la Academia cede poco á poco, sin discernimiento, y en todas ocasiones con mala voluntad».

Es sumamente curioso lo que dice el Sr. Sanín sobre la venta actual de libros en América, con referencia á declaraciones de libreros de Bogotá:

«El librero español hace todas las concesiones posibles. Manda sus libros á quien quiera que se haga cargo de venderlos. Si las firmas colombianas son conocidas, el librero español no señala términos, no pone condiciones ningunas. Envía sus libros, espera que sean vendidos; y en ocasiones es larga, según me dicen, la expectativa. Parece que en este punto nada tenemos que pedirles á los que en España imprimen libros ó los compran para mandar á América. Si por acá no circulan profusamente, la culpa no es de ellos. En el momento actual la valla enorme sobre la cual tiene que saltar el libro es la que le opone el papel moneda. En esta situación anormal, con un cambio que reduce el peso colombiano á la suma fantástica de 27 milésimas oro (14 céntimos de franco, según la cotización del día) con la expectativa angustiosa de la baja y de la catástrofe, el pobre que, aunque ha visto subir su salario, no alcanza así y todo á pagarse con él las más apremiantes necesidades, no piensa en los libros, á lo menos, no piensa en comprárselos. El rico los compra, es verdad, pero los libros que compra el hombre acaudalado no son los bastantes para pagar siquiera los derechos de autor. Mientras este mal exista, los libros extranjeros de toda clase se verán ahuyentados de nuestros mercados.»

Los autores que más circulaban hace veinte años eran los científicos, como Spencer, Bain, Haeckel, Huxley, Darwin, Ribot, etc. Hoy, la mayor parte del comercio de libros en Bogotá, «y acaso en toda la República», la representan «los devocionarios, catecismos en enseñanza primaria, y ediciones baratas de novelas, tales como las de Dumas ó las de Pérez Escrich». También se venden mucho las de Bourget, por el escándalo de sus «escenas escabrosas ó simplemente torpes».

Termina su artículo el Sr. Sanín pasando revista á los literatos españoles, que por haberse ocupado en el examen y divulgación de crítica de libros americanos, han podido estrechar las relaciones intelectuales entre España y América. No he de discutir lo que dice de la influencia de Alas, de Valera y de Menéndez y Pelayo; pero lo que sí afirmo es que, limitándose á estos tres, el Sr. Sanín comete pecado ó de injusticia ó de ignorancia tocante á otros que han trabajado y trabajan por difundir aquí el conocimiento de la producción intelectual americana y por estrechar los lazos que deben unir á los escritores de uno y otro continente.

En lo que sí tiene razón es en decir que, «estudiándonos mutuamente con desinterés y sin ideas preconcebidas, llegaremos un día á entendernos, y de esta inteligencia resultará, para bien de todos, la amistad que en lo futuro ha de ligarnos».

En el número doble de Julio-Agosto de la misma Revista, el Sr. D. J. Guillermo Guerra habla de una de las personalidades más meritorias de la historia moderna chilena: D. Miguel Luis Amunátegui; en honor del cual se proyecta ahora elevar un monumento. El Sr. Guerra se ocupa en recordar los hechos más memorables de la vida de Amunátegui, que los chilenos—dice—«podemos tener la satisfacción, no el vano orgullo, de exhibirla al mundo como la copia feliz de la ejemplarizadora vida de Franklin».

Amunátegui, nacido de familia muy modesta, luchó desde bien temprano (siendo todavía adolescente) con grandes dificultades para proseguir sus estudios y subvenir á las necesi-

dades más perentorias. Fue en el Instituto Nacional condiscípulo de Lillo, Barros Arana, los Blest Gana, Montt (D. Ambrosio), León Gallo y otros intelectuales de fuste. Bello, que fue juez suyo en el último examen de latín, quedó maravillado de la cultura del joven estudiante. A los diez y nueve años, Amunátegui «obtuvo en concurso el nombramiento de profesor de Humanidades del Instituto, siéndole preciso obtener previamente del Consejo de Instrucción pública la dispensa de su poca edad, pues para pretender el puesto se requería tener veintiún años. Y con este primero y temprano triunfo comienza una serie de éxitos tan merecidos y brillantes, que nos permite comparar la carrera literaria de Amunátegui con la carrera militar de Napoleón. Más tarde, obtuvo también en concurso la cátedra de filosofía é historia moderna y de América; y sus obras fueron premiadas por la Universidad ó por el Gobierno tantas veces, que no es fácil recordarlas. En un Certamen que tuvo lugar en 1885, y cuyo objeto era una obra relativa al estado de la instrucción primaria y á los medios de generalizarla en el país, Amunátegui obtuvo el premio en colaboración con su hermano, ganando la palma al eminente educacionista Sarmiento y á cinco competidores más, cuyas obras fueron consideradas por el Jurado dignas de ser publicadas por el Gobierno.»

Como escritor, fue Amunátegui polígrafo. «La historia, la crónica, el cuento histórico, la biografía, la crítica, la polémica, la lucha diaria en la prensa, la investigación árida é ingrata en polvorosos archivos, todo esto abarcó»; pero su principal gloria es sin duda la de historiador.

«En 1850 fue premiada por la Universidad la primera obra histórica de los hermanos Amunátegui, relativa á la *Reconquista española*, y al año siguiente merecía igual honor otra referente á *Los tres primeros años de la Revolución de la Independencia de Chile*. Más adelante dió á luz, en distintas épocas, *La dictadura de O'Higgins*, la *Historia del descubrimiento y conquista de Chile*, *Los precursores de la Independencia*,

La crónica de 1810 y *El terremoto de 1647*, libros culminantes entre muchos otros, que no he de tocar en esta rápida reseña.

» Amunátegui, como historiador, ha recorrido terrenos explorados sólo muy superficialmente por otros antes que él, y ha llegado á hacer verdaderos descubrimientos, como el relativo al proceso y triste fin de dos franceses que en 1780 concibieron la utópica idea de independizar á Chile, y que expiaron su generoso delirio en medio del más completo sigilo de la recelosa autoridad colonial.»

A los libros citados hay que añadir una refutación del libro publicado por el italiano Angelis sobre el derecho de la República Argentina á las tierras de Patagonia y Estrecho de Magallanes, refutación que reimprimió, ó mejor dicho, reelaboró con plan más vasto en 1878, si bien gran parte de ella quedó inédita.

Su *Vida de Don Andrés Bello* es la más completa biografía del gran literato americano, la edición de cuyas *Obras* dirigió con gran acierto. «Debemos también mencionar un interesante estudio crítico sobre varios poetas americanos, que fue premiado por la Universidad, y las *vidas* de D. José Joaquín Vallejo, D. Salvador Sanfuentes, D. Joaquín de Mora y D. Melchor Joaquín Ramos, dejando á un lado una serie de obras más valiosas también, aunque menos interesantes que las indicadas.

En sus últimos años, Amunátegui se dedicó con entusiasmo á estudios filológicos sobre nuestra lengua, que se tradujeron en dos obras de extraordinaria erudición: *Acentuaciones viciosas*, la una, y *Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile*, la otra, muy elogiadas ambas por los filólogos de América y España.»

Su labor periodística fue también enorme.

Figuró en política en el partido liberal, «y sus hechos demuestran que no consideró el liberalismo una palabra vaga, una nebulosa sin significación real que á nada obliga, como parecen creerlo muchos, sino por el contrario, un programa definido de ideas de reforma social, política y religiosa».

En 1864 ocupó por vez primera el cargo de Diputado á Cortes, en que ya no cesó hasta su muerte.

«En pos de la era de progresos materiales que importó para Chile el período de influencia de D. Manuel Montt, el país se sintió agitado durante las presidencias de Pérez y de Errázuriz por corrientes de ideas reformistas, que pugnaban por incorporarse á la Constitución y á las leyes de la República. Amunátegui preconizó las reformas en el Congreso, en la prensa y en el libro, abogando por la libertad de cultos y por las libertades de enseñanza y de profesiones, entendidas lealmente, no desnaturalizadas para servir intereses de secta.

»Cuando la cultura naciente de este país recibió los rudos golpes que contra ella dirigiera la mano poderosa de un Ministro de Instrucción pública, Amunátegui desplegó sus más ardorosos bríos para salvar al arca santa de la instrucción del naufragio á que se la condujo. Combatió también la pretensión de asignar personería jurídica á toda asociación por el solo hecho de constituirse ó de avecindarse en el país, y las incompatibilidades parlamentarias llevadas al extremo y que, implantadas más tarde, han producido tan amargos frutos. Por fin, obra de Amunátegui es el proyecto de separación de la Iglesia y del Estado, que se presentó en 1874 á la Cámara de Diputados con las firmas de 30 de sus miembros.»

Aunque pudo luchar con grandes probabilidades de triunfo en las elecciones presidenciales de 1875, se negó á ello para no promover una escisión en el partido liberal, y aceptó gustoso la candidatura de su amigo Pinto. Con éste fue Ministro de Instrucción pública, y dió á la enseñanza todo el impulso que rea compatible con el presupuesto. «Reformó el plan de estudios de la instrucción secundaria, dando desarrollo á los ramos científicos: apartó del camino de la juventud esa gloriosa momia que se llama el latín, quitando á su aprendizaje el carácter de obligatorio, y abrió á la mujer el camino para llegar á las profesiones liberales.

»Amunátegui fue el primer estadista chileno que llamó á

las mujeres al desempeño de empleos públicos: nombró las primeras empleadas de Correos y fundó una Escuela de telegrafía especial para niñas, llevado de la idea de llegar algún día á colocar todo el servicio de telégrafos en manos femeninas. Fundó también las primeras escuelas primarias mixtas, bajo la dirección de maestras, y cooperó á la fundación de los dos primeros liceos de niñas que tuvo el país, el de Copiapó y el de Valparaíso.»

A él se debió igualmente la supresión del permiso que necesitaba toda persona que quisiera introducir en Chile libros extranjeros, traba á todas luces dañosísima para la cultura.

«En el terreno de la emancipación de los espíritus, tiene Amunátegui, entre otras, dos campañas gloriosas, que merecen rememoración especial.

»En 1871, en los días inmediatos á la subida del Presidente Errázuriz, falleció en Concepción inconfeso el Coronel D. Manuel Zañartu. El Obispo de la diócesis prohibió que el extinto fuera sepultado en el cementerio parroquial y único de la localidad; pero el pueblo, campeando por los fueros de la conciencia y de la dignidad humana, abrió á viva fuerza la puerta del cementerio y dió sepultura al cadáver rechazado por la intolerancia. Con motivo de que en aquella ocasión el Intendente de la provincia se negó á prestar la fuerza pública para resistir á la masa popular que forzó la entrada del cementerio, se produjo un animado debate parlamentario, en el cual Amunátegui defendió la conducta del Intendente y demostró la necesidad de reformar el sistema existente en materia de cementerios, estableciendo éstos en condiciones de recibir los despojos de todos los hombres, sin distinción de creencias. El Gobierno, para satisfacer los deseos que Amunátegui expresaba en nombre de los elementos más ilustrados de la sociedad, dictó un decreto por el cual se ordenaba el establecimiento de una sección especial para disidentes en los cementerios generales, decreto que fue el primer paso, precursor de la ley de cementerios comunes.»

En 1879 obtuvo Amunátegui que se consignara en la ley de enseñanza secundaria la más absoluta libertad de la cátedra. Ayudó eficazmente á la aprobación de las leyes de cementerios comunes y de matrimonio y registro civiles, é hizo fracasar, como Ministro de Relaciones extranjeras, con el Presidente Balmaseda, el contrato llamado Grace-Aranibar, «por el cual la irreflexión de un Ministro peruano convertía á aquel país en una factoría de una poderosa casa comercial de los Estados Unidos».

Murió Amunátegui en 22 de Enero de 1888, á los sesenta años de edad.

Es muy curiosa la biografía de *Un aventurero limeño*, que en la misma revista y número traza el Sr. Lavalle.

«¡Curioso conjunto de extraños tipos—comienza diciendo—ofrecía allá por los años de 1851 á 1852 la casa de huéspedes que tenía en el núm. 63 de la calle Harley, en la ciudad de Londres, D. Antonio Gil de Tejada, que en paz descanse! Desde el dicho D. Antonio, que de Guardia de Corps de S. M. Don Fernando VII, último Rey de España y de las Indias, bajó hasta posadero en Londres, casándose en el tránsito *in face ecclesiae* con su cocinera, hasta Juan García, que de alpargatero de Vizcaya subió á Teniente Coronel de los ejércitos del Sr. Don Carlos V, pretendiente á Rey de la dicha España, aunque ya sin el apéndice de las mencionadas Indias, para descender luego hasta limpiabotas de los que en casa del tal D. Antonio se albergaban, y elevarse después á Coronel de las más ó menos numerosas huestes de la República de Guatemala, todos y cada uno de los que allí vivían ó frecuentemente se reunían, ofrecían vasto campo de observación al filósofo y amplio material de estudio al novelista.»

Entre los tipos que allí conoció el Sr. Lavalle, figuraban: el Príncipe de Korikos, pretendiente á la corona de Armenia, que murió en un hospital de Milán; el Príncipe Romanov, un ruso que se decía «legítimo soberano de todas las Rusias»; D. Juan de Borbón, padre del D. Carlos actual; D. Ramón

Cabrera, y por fin, el héroe de la historia de que se trata.

Ostentaba el tal título de Marqués de Castrias, dado por el pretendiente Carlos V; pero su nombre era Domingo Izquieta, natural de Lima. Era habilísimo pendolista y tocaba muy bien la guitarra. Su salida de Lima fue famosa. Se agenció el dinero falsificando los títulos de propiedad de una soñada hacienda, que vendió á un inglés á cuenta de buenos pesos duros; y no contento con esto, le jugó una trastada al Capitán del barco en que vino á Europa, embolsándose una magnífica prima por la venta del cargamento, que probó ser suyo (con papeles falsos) á un comerciante bordelés. Después de esta barrabasada, vino á tierra española.

Esta parte del relato merece ser referida latamente.

«Llegó Izquieta á Madrid en los momentos en que ardía la guerra civil que suscitara el primer Don Carlos, á la que llamaban los liberales de antaño *la inocente Isabel*; y regentaba el Ministerio de Hacienda un cierto D. Juan, de cuyo apellido no quiero acordarme. Hallábase el tal D. Juan como de costumbre se encuentran los Ministros de Hacienda de España y los de sus emancipadas hijas, acribillado de gastos y órdenes de pago de todos los ministerios y sin blanca en la Tesorería, y como era gran financista, había ideado de *emitir un empréstito*, cosa nueva en Madrid y que D. Juan había aprendido durante la mansión que le hizo hacer por liberal en Londres el Sr. Don Fernando VII, que no era hombre que entendía en libertades, aunque sí de *liberalidades*, lo que me hace creer que sí era liberal, por más que digan:

pues todo es ser liberal,
serlo en el liberalismo
ó en la liberalidad,

como dice el donoso D. Manuel Bretón de los Herreros. Pero en asuntos de empréstitos, la cosa no es sólo *emitir*, el quid está en *colocar*, y nadie quería en Madrid tomar uno solo de los papelitos de D. Juan: *Quantum mutatus ab illo!* ¡Por toneladas los han tragado después!, dígolo sin injuriar lo presente.

«Informóse Izquieta de la situación á poco de su llegada, é inmediatamente pidió una audiencia á D. Juan, anunciándosele como un acaudalado peruano que venía á sacarlo de angustias. Para éste todavía era, como para todo el mundo en aquel entonces, *peruano*, sinónimo de *rico*—justo es confesar que merced á nuestras habilidades financieras, la opinión en Europa ha variado algún tanto;—así es que en el acto otorgóle la solicitada audiencia, y cuando ambos se encontraron mano á mano en el Gabinete ministerial, tuvo ó pudo tener lugar entre ellos la siguiente plática:

—Pero, Sr. D. Juan de mis pecados, usted no sabe ni palabra en materia de empréstitos, ni entiende jota en achaque de banqueros: mientras usted les ofrezca su empréstito y les ruegue lo tomen, la desconfianza los hace vacilar y la codicia imponerle á usted tales condiciones, que al fin usted ó España les saldría debiendo lo que no le habían dado; pero si usted les niega toda participación en el negocio y se lo da *íntegro* á otro, entonces la codicia y la envidia juntas les harán pedir á usted ó al contratista una piltrafita de eso mismo que en *totum* habían antes rehusado.

—Quizá tiene usted razón, Sr. D. Domingo; pero ¿quién será ese que tome íntegro mi empréstito?... A menos que no sea usted...

—Yo, sí, Sr. D. Juan; *yo*.

—¿Usted? ¿Usted tomará mi empréstito? ¿todo? ¿á firme? ¡Oh noble y generoso peruano! ¡Usted salva á su madre patria! ¡Deme usted un abrazo!

—Despacio, Sr. D. Juan; juguemos limpio: ni soy tan bruto, ni soy tan rico para tomar su empréstito *de veras*, pero tanto valdrá. Presénteme usted á S. M. la Reina Gobernadora como un fiel súbdito que viene de lejanas tierras á ofrecerle su persona y caudales; deme usted la cruz de Isabel la Católica; diga usted á todo el mundo que yo solo he tomado el empréstito íntegro y á firme; hágame usted dar unos 10.000 duros que me permitan desplegar cierto boato, y si dentro de dos

meses no tiene usted colocado todo su empréstito con un cierto margen entre el tipo á que me haya usted hecho la supuesta concesión y aquel á que yo lo coloque—margen cuyo resultado es convenido que dividiremos entre los dos,—mándeme usted á Ceuta como un insigne estafador.

El razonamiento de Izquieta hirió vivamente la imaginación de D. Juan, y todo se hizo como aquél indicó. A los ocho días todo Madrid hablaba del riquísimo indiano, que él solito había tomado el empréstito que nadie tomar quería, y esos mismos banqueros que desdeñaban antes las solicitudes de D. Juan, arrastrábanse después en los salones de D. Domingo á fin de obtener de su generosidad un 1 por 100 siquiera de tan pingüe negociado. Izquieta, al principio, puso oídos de mercader á toda solicitud; pero poco á poco se fue ablandando y dando por *pura amistad* y bajo sigilo sacramental, á éste 1 por 100, á aquél dos, cinco al de más allá, hasta que colocó *todo* el empréstito, y D. Juan y D. Domingo, frotándose las manos, se repartieron una bonita utilidad.

.....

«Ya tenemos, pues, á D. Domingo en posesión de la riqueza y en el camino de la opulencia y de los honores, y ambos hubieran llegado, eclipsando y sobrepujando quizá al famoso Salamauca y á otros semejantes, en los posteriores tiempos de las minas y de los ferrocarriles, de los Bancos de emisión y de las sociedades de crédito, pues el *debut* prometía, cuando cometió atolondradamente una falta garrafal. Juzgando en peligro la causa de la *inocente* Isabel, y con más probabilidades de triunfo la de su *avieso cormano*, como dice Hartzenbusch, y creyendo con Bulwer que *men are always more generous with what they expect, than with what they have*, figurósele que más vasto y seguro campo á su futuro engrandecimiento ofrecía el de éste que la corte de aquélla, y desapareciendo de Madrid pasó á *las Provincias*—como entonces se decía—á poner sus talentos financieros en el platillo de la balanza que contenía los destinos de Carlos V.

»Cierta verídico y respetable amigo mío, ya difunto, que por aquellos años desempeñaba un puesto diplomático del Gobierno de Madrid en el Haya, aseguróme que nuestro Izquieta, ya adornado con el título de *Marqués de Castrias* y con la banda de gran cruz de Isabel la Católica cruzada al pecho, se presentó en aquella ciudad como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del susodicho Carlos V en esta corte y en las de Copenhague y Stokolmo, á fin de obtener de ellas el reconocimiento del tal como Rey legítimo de España. A pesar de las vivísimas simpatías que los Soberanos del Norte, bajo el influjo del Czar y de las ideas que inspiraron la *Santa Alianza*, abrigaban por Don Carlos, se negaron redondamente á reconocerlo como Rey mientras no ocupase Madrid, y por consiguiente, á su agente Izquieta como Ministro público. Limitóse por ende la misión de éste al envío de armas y de elementos bélicos, que no sé si llegaron ó no á las costas de Vizcaya y al teatro de la guerra.

»Un viejo empleado del Ministerio de Negocios Extranjeros de Rusia, me dijo en San Petersburgo que un individuo, al parecer el mismo Izquieta, había residido allí algún tiempo como agente particular de Don Carlos, para entender en lo relativo á la pensión que el Czar señaló y pagó á éste desde el *abrazo de Vergara* hasta su fallecimiento.

»En 1851 y 1852 conocí de vista—pues tan alto personaje no podía tener otras relaciones con un rapaz como ¡ay! era yo entonces—al dicho Izquieta en Londres, como llevo dicho, y más tarde ví figurar su nombre al pie de las proclamaciones que dirigió el Infante Don Juan al pueblo español cuando por la muerte de su padre el primer Pretendiente y la de su hermano, asumió los derechos de éstos.»

No hay para qué decir que Izquieta acabó sus días, como el Príncipe de Korikos, en un hospital, en 1871.

HISPANUS.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: PSQUIATRÍA DRAMÁTICA: La locura en el arte dramático. = ETNOLOGÍA: El misticismo de los latinos y de los eslavos. = HISTORIA Y COSTUMBRES: La Medicina entre los árabes. = PEDAGOGÍA: Las Universidades francesas. = LITERATURA: La modestia de los literatos. = CRIMINOLOGÍA: Nueva teoría biológica del crimen. = IMPRESIONES Y NOTAS: La vida moderna y el arte moderno. — Principios de un programa de educación. — ¿Debe el Estado ser neutral en la enseñanza? — La especificidad celular. — *Los Asesinos*.

PSQUIATRÍA DRAMÁTICA

LA LOCURA EN EL ARTE DRAMÁTICO. — Un profesor de Psiquiatría de la Universidad de Burdeos, el Dr. Regis, consagra en *La Revue* un interesante artículo á historiar la representación que la locura ha tenido en la escena.

Tespis mismo, el fundador de la tragedia, fue el primero que llevó al teatro la locura haciendo representar la leyenda del Rey Penteo, enloquecido por Baco y luego desgarrado por su propia madre y las bacantes. Esquilo, Sófocles y Eurípides, trazaron también soberbios cuadros de la locura, viéndose también ejemplos de demencia simulada en el perdido *Ulises* de Sófocles, y de locura ridiculizada en *Las Avispas* de Aristófanes. Roma tampoco dejó de aprovechar tan importante elemento dramático; y ya en las obras imitadas de los griegos, ya en el *Bruto* de Accio ó en la *Aulularia* de Plauto, saca á la escena variados tipos de dementes.

En los comienzos de la Edad Moderna la locura desempeña en el teatro importante papel. En Inglaterra se la encuentra en algunas piezas de Webster, Dekker, Peele, Greene, Marlowe y Kyd, cuya *Tragedia española* es casi el asunto de Hamlet, y sobre todo en Shakespeare, el maestro más cabal de psiquiatría dramática que jamás haya existido.

En Francia la tragedia clásica apenas ha utilizado los negros colores de la locura; en cambio, la comedia ha sacado gran partido de su aspecto ridículo, y en *Maese Patelin* figuran ya dos compadres que simulan la demencia á cual mejor. Molière nos hace reír con el célebre hidalgo á quien los médicos creen loco, ó bien nos presenta el caso de un neurasténico hipocondríaco grosero en *El enfermo imaginario*, ó de un hipocondríaco superior en *El Misántropo*. Racine mismo, que no se ha servido de la locura en sus tragedias, sabe aprovechar el delirio curialesco en *Los pleiteantes*. Regnard á su vez nos hace reír en *Las Locuras amorosas* con la demencia fingida de Agata; y esta tendencia sigue sin interrupción hasta Courteline, que nos proporciona una obrita maestra de psicología alegre en la escena entre el loco y el comisario de su comedia *El Comisario es un buen muchacho*.

En Alemania, por el contrario, domina la nota seria especialmente en Goethe, con *Ifigenia*, *Fausto*, *Werther*, y sobre todo *Lila*, pieza muy curiosa, aunque poco conocida, en la que se ve á una joven, enloquecida por la falsa noticia de la muerte de su marido, recobrar la razón bajo el influjo de medios psicoterápicos, cuyo pormenor es interesantísimo (1).

Durante la primera mitad del siglo XIX la locura ha sido poco llevada al teatro; sólo algunos autores, como Lemercier y Delavigne, pintan, bastante mal por cierto, la locura de al-

(1) Como se ve, el teatro español no figura para nada en esta enumeración, ni tampoco el italiano. Es sensible que estudios tan serios como el del Dr. Regis tengan semejantes lagunas que constituyen verdaderos lunares.

gunos personajes históricos, *Cristóbal Colón*, *Don Juan de Austria* y *Carlos VI*; los rasgos de estos personajes reales resultan falsificados, y así se llega, como lo ha hecho Parodi en 1893, á representar á Doña Juana la Loca como una víctima de la política más bien que como una demente. Esta tendencia á falsear personajes y escenas se ha acentuado después, y locos, médicos y manicomios, son presentados al público, no como son realmente, sino como la fantasía del autor los imagina.

En estos últimos años se ha producido, sin embargo, una reacción, debida al realismo, y así se observa en *L'Assommoir*, de Zola; *La Evasión*, de Brioux; *Los Espejismos*, de Lecomte; *En Paz*, de Brugerre; *La Dormilona*, de Lorde, etc.; siendo de notar esta nota de psiquiatría dramática en las piezas de Tolstoi, de Bjørnstjerne-Bjørnson, de Hauptmann, de Strindberg, de Annunzio, y sobre todo en las de Ibsen.

De esta ojeada general se desprende que la locura ha sido en todos los tiempos utilizada como tema teatral. Las etapas principales y puntos culminantes de la historia de la representación de la locura en el arte dramático, son tres: la *época griega*, con Esquilo, Sófocles y Eurípides; la *época del Renacimiento*, con Shakespeare; y la *época actual*, con Ibsen.

TEATRO GRIEGO.—Esquilo en su trilogía de *Orestes*, Sófocles en *Ajax*, y Eurípides en *Las Bacantes*, *Orestes*, *Ifigenia en Táurida* y *Hércules furioso*, han llevado al teatro la demencia.

Esquilo, profundamente religioso, no ha concebido la locura como una enfermedad, sino como un conflicto entre dos potencias sobrenaturales ó como un gran proceso trágico en que se nos presenta sucesivamente la acusación y la defensa de un desgraciado parricida con la sentencia final de su absolución.

En Eurípides, también el parricida Orestes es perseguido por las Furias; pero aquí los dioses no son más que resortes de teatro, y todo está más humanizado. Los accesos alucinatorios están perfectamente presentados y nada falta en ellos; ni la alucinación visual que forma su base, ni el estado de espanto

engendrado por las apariencias siniestras, ni la incorporación al delirio de las realidades ambientes. La locura de Orestes, no es, como dice Gasquet, una «manía aguda», sino un «delirio alucinatorio terrificante», es decir, un delirio tóxico, pues según la moderna psiquiatría, este delirio es característico de las intoxicaciones.

En su *Ajax*, Sófocles, para no salirse de la tradición, pone á cargo de Minerva el acceso de furia que acomete á su protagonista al saber que las armas de Aquiles han sido adjudicadas á Ulises y no á él; Ajax, furioso, mata cuanto encuentra al paso, guardias y rebaños, y pasada la crisis, reclama una explicación de lo que ha hecho, cayendo en el mayor abatimiento al saberlo, gimiendo y llorando, negándose á comer, declarándose indigno de la protección de los dioses y de los hombres, y concluyendo por arrojarse sobre la espada de Héctor, clavada en tierra. Es la totalidad de los síntomas clínicos de la lipemania, una creación teatral ajustada fielmente á la verdad y á la ciencia.

También en el *Hércules furioso* de Eurípides nos encontramos con la influencia de los dioses; pero esto es puro convencionalismo, y fuerza es reconocer que no hay reproducción más exacta del delirio *onírico*, delirio alucinatorio pasajero semejante á un sueño en acción, que la crisis en que Hércules, extraviado por sus aterradoras ilusiones, derriba su palacio y degüella á su mujer y á sus hijos tomándolos por enemigos. La descripción de aquel horrible acceso no sólo es una admirable página dramática, sino un cuadro clínico de sorprendente verdad.

SHAKESPEARE.—El dramaturgo inglés tiene sobre los griegos la ventaja de poderse desentender del elemento sobrenatural, sustituyéndolo sencillamente por la pasión humana. Otelo encarna el furor de los celos; Macbeth y su mujer, la ambición y el remordimiento; el Rey Lear, el amor paternal; Hamlet, la piedad y la venganza filiales. Otro mérito de Shakespeare es el de haber creado al lado de locos completos como el Rey Lear,

tipos de enfermos menos atacados, abarcando así en sus estudios la neurosis y la psicosis.

El Rey Lear, personificación de la verdadera locura, no puede resistir á la ingratitud de sus dos hijas, y pierde la razón vagando á la ventura. Shakspeare no sólo ha pintado en todos sus detalles este trastorno mental, sino que ha descrito los medios de curarlo tan bien como pudiera hacerlo el mejor alienista.

Lady Macbeth, por su parte, y contra lo que opina Stapher, es un tipo admirablemente real. Macbeth, impulsado por su mujer, comete un crimen y llega sin vacilar hasta el fin; es un hombre; Lady Macbeth, sostenida por una energía ficticia, siente rotos los resortes que la mantenían, y sucumbe como mujer. Pero ¿cómo? Bajo la forma patológica más en relación con su sexo, con su nerviosidad y con la causa moral provocadora; bajo la forma de una «obsesión histérica con sonambulismo nocturno».

¿Y Hamlet? Hamlet, á pesar de su complejidad, es un personaje sencillísimo de concebir; es un joven que, herido en sus ilusiones y en sus más caros afectos, al mismo tiempo que disimula la locura para vengar más seguramente á su padre, cae en una incurable neurastenia. Lo que caracteriza esencialmente la neurastenia mental, es una melancolía particular formada de inquieto sufrimiento, de amargura, de asco de todo y de todos, con alguna idea fija torturadora, duda, irresolución, impotencia de obrar. Y eso es Hamlet: un neurópata pesimista vestido de demente aparente. Y ahí se revela el genio de Shakespeare, pues encargar á un héroe de una labor heroica nada tiene de particular; lo grande es hacer ejecutor de esa obra á un sér débil y perplejo.

IBSEN.—Los personajes de Ibsen son de más difícil comprensión para el psiquiatra por su complejidad é indecisión, porque Ibsen no ha llevado á sus piezas verdaderos locos, sino semi-locos, anormales, neurópatas, excéntricos, desequilibrados, impulsivos, etc., que son además personajes simbólicos.

En *Casa de muñecas*, Nora es una mujer joven, linda, pero frívola, aturdida, caprichosa, gastadora, embustera si es preciso, imprevisora hasta la imprudencia, una muñeca, en fin, y casi casi una histérica. Pero examinada á fondo se ve que esta mujer, para salvar á toda costa la vida de su marido, ha tomado dinero á préstamo, sin fijarse en las condiciones, y para pagar su deuda economiza años enteros sueldo á sueldo; cuando el prestamista la amenaza con revelarlo todo si no logra que le conserve en su cargo, y cuando Helmer se entera, y en lugar de corresponder á tanto cariño con una explosión de gratitud la trata con cólera é indignación, Nora siente romperse algo dentro de su alma y se revuelve contra las convenciones sociales y contra la educación recibida que han hecho de ella la muñeca de su padre antes y la muñeca de su marido después.

Algo semejante ocurre en *Cuando nos despertemos entre los muertos*. Irene es una demente que ha debido estar encerrada en un asilo á consecuencia de la muerte de su marido y que viaja seguida y vigilada por una enfermera que lleva en su maleta la camisola de fuerza; ella la ha visto. Parece que sufre alucinaciones, pues cada una de sus palabras «se la soplan al oído», y delirio, pues afirma que está muerta y que Rubeck está muerto también, lo que hace decir á Geyer que Irene padece el síndrome de Cotard, es decir, una «melancolía ansiosa crónica con delirio de negación». Pero no hay tal cosa: Irene es el sér bello y vivo que se consagra al artista á quien inspira; no comprendida por Rubeck, que ha dejado marchitar su alma, sin copiar más que su escultural desnudez, ha partido, hundiéndose en el fango, el crimen y la locura; vuelta luego en sí, llama al otro tiempo aquel «en que ella vivía», y al de ahora, después de disipados sus sueños, «el tiempo de su muerte». Las ideas de *muerte* y de *tumba*, en boca de Irene y de Rubeck, son más bien imágenes que delirios, como la ascensión á la cumbre y la caída final son manifestaciones simbólicas del pensamiento del autor.

No todos los datos psiquiátricos del teatro de Ibsen son, sin embargo, tan oscuros. Los relativos á la herencia morbosa, á la impotencia y á la duda de los neurasténicos, á la movilidad fantástica y caprichosa y á la envidia de los histéricos, á la ansiedad, obsesiones y tics de los grandes nerviosos, á las ideas de superioridad, invenciones desconocidas y falta de sentido moral de los degenerados, á las manifestaciones alucinatorias é impulsivas del embarazo y de la pubertad, son perfectamente ajustados á la verdad y á la ciencia. Algunos casos, como los del alcoholismo y el contagio mental, están tratados del modo más detallado y completo.

CONCLUSIONES.—Los trágicos griegos han pintado sobre todo la locura alucinatoria con visiones terribles, impulsiones homicidas y amnesia; Shakespeare, la psicosis bajo la forma agitada y confusa, y la neurosis, bajo la forma de neurastenia pesimista y la obsesión somnambúlica histérica; é Ibsen, en fin, ha compuesto una galería, no de locos, sino de anormales.

Ahora bien: si las obras de arte, las literarias especialmente, son fiel reflejo de su época, puede presumirse que los trastornos psicopáticos llevados al teatro corresponden á las formas morbosas predominantes. Esto es verdad, y podemos ser testigos de ello, respecto de Ibsen, y es de creer que lo mismo habrá sido en Grecia y en los tiempos de Shakespeare. Las composiciones naturalistas de que hoy está sembrado nuestro teatro, por sabias que sean, producen, sin embargo, una emoción menos intensa que las de los trágicos griegos, porque en éstos la locura, lejos de ser un puro episodio escénico, forma parte integrante del drama. Los autores deben, por lo mismo, buscar la manera de fundir la verdad clínica con el asunto desarrollado en sus obras, y los médicos y especialistas juzgar estas obras como lo que son, no como obras técnicas, sino como obras dramáticas, formadas á la vez por la emoción y la observación.

ETNOLOGIA

EL MISTICISMO DE LOS LATINOS Y DE LOS ESLAVOS.—Latinos y eslavos, que parecen representar los dos polos opuestos de la vida social de Europa—dice Cosimo Rubino en la *Rivista Moderna*—han encontrado su lazo de unión en el misticismo.

El misticismo senil de los latinos, tan despiadadamente criticado por Max Nordau, no necesita ilustraciones ni comentarios. Lo hemos visto triunfar donde quiera, en la filosofía, en la literatura, en el arte y hasta en la moda. Decadentes, parnasianos, simbolistas y estetas no son más que una triste cohorte de místicos y una serie sintomática de la involución de la raza.

No es menos aparente, sin embargo, el misticismo eslavo en el arte, en la ciencia y en la vida. El eslavo tiene una religiosidad formada de fe ciega y de fanatismo fervoroso, como sólo se ha visto en la Edad Media. La extraordinaria resistencia al dolor, característica del eslavo, es propia del misticismo, como lo es la grandiosidad de la imaginación en la política y en la novela, en la poesía y el amor. Entre los tipos más interesantes de místicos, es de notar el estudiante ruso, extraña imagen del vagabundo soñador.

La más evidente demostración del misticismo de estos pueblos está en el fenómeno anárquico, que halla terreno prodigiosamente fértil en la conformación psíquica de los místicos. La anarquía cuenta hoy más prosélitos en el mundo eslavo que en los demás países de Europa. El *nihilismo anárquico* no mata, ni se conjura ni se amotina; á la violencia de los dominadores responde con su resistencia pasiva. Gente de gran fe, espera de la propaganda de sus ideas la redención del pueblo y la palingenesia social. En el fondo de toda alma rusa—como dice Ciampoli—hay la terrible enfermedad de la *occiania*, que produce desesperación y locura, entusiasmo y tristeza, fatalismo y salvajismo, ascetas y mártires, nihilistas y asesinos, Dostoyewski y Nekrasow, Turguenef y Tolstoi, el espíritu ruso, en

una palabra, último en desprenderse de las creencias nirvánicas de su origen. Así se explica que al lado de los apóstoles de la rebelión pasiva, el anarquismo ruso produzca teóricos de la violencia como Bakunine y Krapotkine.

Entre los latinos, en España, Francia é Italia, también el fenómeno anárquico se presenta como una violenta y fatal explosión de los místicos. Cyrot frecuentaba los círculos católicos poco antes de su atentado en el café Bellecour, de Lyon; Ravachol reconoció siempre sus tendencias místicas; Salvador era religiosísimo, y Vaillant y Caserio pasaron de fanáticos creyentes á no menos fanáticos anarquistas. ¡Qué diferencia entre estos anarquistas y los anglosajones Godwin y William Platt!

Las producciones intelectuales de ambas razas son otra prueba del misticismo. Entre los latinos triunfa el *movimiento idealista* y llega á fundar el *reino de los tísicos*, según la feliz expresión de Teófilo Gauthier, desde Gabriel Rossetti á Huysmanns, que ha gozado de todas las embriagueces de la vida para acabar tras las paredes de un claustro.

La más pura expresión del misticismo eslavo la encontramos en las obras literarias y filosóficas de Tolstoi, aunque el aire místico se encuentra en todos los escritores eslavos. El mismo Sinkiewicz se resiente de esta mística tendencia. Pero todavía nos presenta el infantil misticismo eslavo un ejemplo más luminoso en Catalina II, la sensual é idealista czarina, que escribía en 1765 sus *Instrucciones*, vapores rosados de un sueño ideal, con exuberancia de buenas intenciones y falta de sentido real y de voluntad. Otro estallido místico fue la famosa invocación de Nicolás II al desarme y á la paz universal.

De este carácter místico, común á las dos razas, como por un proceso de ósmosis social, se desprenden recíprocas corrientes de simpatía entre eslavos y latinos; y aunque esto parezca absurdo, desde que Carlos Marx ha descubierto en el factor económico el verdadero motor de la historia, fuerza es reconocer con Novicow que todo fenómeno social se relaciona en úl-

timo análisis con un fenómeno psíquico, como muchos sucesos, según demostró Castelar, deben atribuirse á ese factor indefinible que se llama casualidad. Lo cierto es que ambas razas, una en el ocaso y otra en la aurora de su vida, comulgan en el misticismo, por hallarse en edades en que lo mismo en los organismos individuales que en los sociales hallan terreno fertilísimo las neurosis, no siendo el misticismo más que una manifestación neurótica.

HISTORIA Y COSTUMBRES

LA MEDICINA ENTRE LOS ÁRABES.—Los árabes han pasado siempre por ser peritos en medicina; pero según dice Arnaldo Nicoletti Altimari en la *Rassegna internazionale* de Roma, si se han dedicado y dedican al ejercicio de la medicina, nunca ha sido estudiándola seriamente, pues el médico entre ellos casi se confunde con el charlatán.

La Facultad árabe no tiene exámenes, ni concursos, ni grados. Hay, sí, una especie de jerarquía, en cuya cima figura el *Tebib*, el sabio, el hábil, el que podríamos llamar doctor; luego viene el *Medáni* (el que cura), que es un especialista, en lo que cabe; después viene el *Sana*, especie de secretario y ayudante del *Tebib*, cuyas atribuciones se confunden con las de nuestros flebotomos, callistas y sacamuelas, y por último, en lo ínfimo de la escala está la *Cabla*, la comadrona.

El *Tebib*, médico por excelencia, llega á ser tal por derecho hereditario. Sin necesidad de libros ni de estudios y sólo por la observación, sabe aproximadamente las divisiones anatómicas del cuerpo humano, no ignora que los pulmones son los órganos de la respiración y sabe que el corazón es el centro de la circulación de la sangre; confunde un poco las venas, las arterias y los nervios bajo el nombre genérico de *arúg*, pero sabe para qué sirven el cerebro, la laringe, las orejas y el estómago. Con lo que ha oído á su padre y lo que él mismo ha observado, forma su ciencia, aplicándola en cada caso

mediante la atención que presta á los fenómenos externos que presenta la enfermedad y haciendo también de boticario.

Terminada la cura ó muerto el enfermo (que para el caso es lo mismo), la recompensa del *Tebib* es siempre un obsequio, nunca un pago; le dan una cabra, un asno, una gallina, una medida de grano, y á veces una cantidad de dinero que escandalizaría—dice Altimari—«á nuestros mediquillos de á cincuenta céntimos la visita.»

Los instrumentos quirúrgicos son sencillísimos. En una bolsa llevan unos punteritos de hierro que sirven para examinar las llagas; unas pinzas para sacar los cuerpos extraños; un cuchillito ó cortaplumas para incisiones, y un hierro afilado en la punta á guisa de lanceta para sangrar. Con estos instrumentos hace juego el botiquín que lleva siempre el médico consigo; en un pucherito de barro ó en un vaso de vidrio lleva los unguentos y algunas medicinas, y en un saquito varios cartuchos de yerbas secas y de polvos vegetales; sólo el doctor entiende aquel batiburrillo, pues ningún papel tiene etiqueta ni contraseña alguna.

El médico árabe se siente un hombre superior y tiene gran empeño en conservar su reputación, contando sus curas maravillosas. En los casos apurados apela á lo fantástico, no siendo raros los casos en que dice:—«Amigo mío, sólo te podrás curar si logras beber un poco de leche de pantera.» Como difícilmente se encuentra á mano una pantera que se deje ordeñar, si el enfermo se muere, el *Tebib* no tiene la culpa, sino la falta de la leche de pantera. Otras veces recurre á la producción de fenómenos extraordinarios:—«Si se seca mañana el riachuelo que pasa por aquí, estás salvo.» O bien: «Si te se cayese espontáneamente un diente, te curarías.» Con estas condiciones la reputación se salva siempre.

No hay que pensar por esto que el *Tebib* sea un ignorante. En las enfermedades agudas y corrientes en el país, su auxilio es útil. De lo que no se preocupa es del dolor físico que produce, ni busca atenuantes para dulcificarlo; aunque conocie-

ra el cloroformo ó la cocaína, no los emplearía. Tampoco recurre casi nunca á las amputaciones por su respeto á Alá, pues habiéndonos Alá dado la vida y los miembros, no tenemos derecho de quitar un miembro, que es de Alá, por prolongar una vida que es también de Alá. Así todos quedan contentos: el médico volviéndose á su casa sin haber disgustado á Alá, y el enfermo yéndose al otro mundo sin haber ofendido á Dios.

El *Medáni* es al *Tebib* como un prosista á un poeta. El *Tebib* recibe de recompensa un regalo; y el *Medáni*, un tanto por cura ó por remedio. Entre los *Medáni* están los especialistas del dolor de muelas, de la solitaria, de los reumas, de los cólicos, de las calenturas, de la oftalmia, de las fracturas, de la hidrofobia, etc. Uno sabe extraer las balas sin incisión, otro cura la sordera, otro tiene el secreto para devolver la vista á los ciegos, y hay quien cura con un ungüento maravilloso cincuenta cosas. Estos especialistas presentan siempre sus secretos con gran misterio y aparato, y se confunden con los charlatanes.

En el tercer grado de la escala está el *Sana*, especialmente práctico en arreglar las cintas herniarias, preparar piernas de madera, ayudar al barbero á poner sanguijuelas, etc. Se dedica también á la cura de animales de todas clases, y por eso es un casi veterinario.

La última sacerdotisa de Esculapio es la *Cabla*, la partera autoritaria, exclusivista y celosa de su profesión. Como entre los musulmanes no se permite á los médicos invadir las atribuciones de estas mujeres, ellas son las únicas que intervienen en los partos y en los abortos. Cuando la enferma cree por sus dolores próximo el parto, la *Cabla* la hace beber un potingue amargo y desagradable, que á los primeros sorbos produce agudos dolores de estómago, contracciones espasmódicas de todo el cuerpo y vómitos; si el parto se presenta difícil, la *Cabla* manda poner sobre el vientre de la enferma una masa pesada cualquiera, que agita y mueve continuamente sobre el

cuerpo de la desgraciada, que entonces, viva ó muerta, da á luz á todo trance. Y ya está todo resuelto; y la *Cabla* ha cumplido á conciencia su misión. Lo que menos importa es que la madre y el feto vivan ó mueran; la cuestión es que el parto se verifique.

Tal es el cuadro que Altimari pinta para demostrar cuán usurpada es la fama de peritos en medicina de que gozan los árabes.

PEDAGOGIA

LAS UNIVERSIDADES FRANCESAS.—Desde la Revolución, las Universidades francesas venían rigiéndose de tal modo, que las diversas Facultades no tenían entre sí lazo ninguno. Julio Ferry en 1883 abrió una información, cuyo resultado, de acuerdo con la opinión de los doctos, fue la promulgación del decreto de 28 de Diciembre de 1885 primero, y la ley de 10 de Julio de 1896 especialmente, que vino á restablecer el antiguo sistema, reuniendo las varias Facultades de cada agrupación académica en una misma Universidad, creando el *Consejo universitario* y transformando radicalmente las Universidades francesas.

Hoy, como dice en la *Nuova Antologia* Carlos Ferrari, la Universidad francesa está constituida por la reunión de las Facultades y Escuelas de grado universitario, de la misma sede ó de sedes diversas; esto último por excepción.

Las Universidades francesas son 15, pudiéndose clasificar en cuatro grupos:

1.º Universidades con cinco Facultades: París y Tolosa.—París tiene las Facultades de Letras, Ciencias, Derecho, Medicina y Teología protestante; y además la Escuela Superior de Farmacia, teniendo agregada la Escuela preparatoria de Medicina y Farmacia de Reims. Tolosa tiene las Facultades de Letras, Ciencias, Derecho y Medicina-Farmacia, con más la de Teología protestante de Montaubán.

2.º Universidades con cuatro Facultades: Burdeos, Lila, Lyon, Montpellier y Nancy. Burdeos y Lyon tienen las Facultades de Letras, Ciencias, Derecho y Medicina-Farmacología; Lila tiene las mismas Facultades, y tiene además agregada la Escuela preparatoria de Medicina y Farmacología de Amiens; y Montpellier y Nancy tienen las Facultades de Letras, Ciencias, Derecho y Medicina, y la Escuela Superior de Farmacología.

3.º Universidades con tres Facultades: Aix-Marsella, Caen, Dijon, Grenoble, Poitiers y Rennes. En Aix están las Facultades de Derecho y Letras y en Marsella la de Ciencias, con más la Escuela de Medicina y Farmacología; en Caen hay las Facultades de Letras, Ciencias y Derecho y la Escuela preparatoria de Medicina y Farmacología, teniendo además agregada la Escuela de la misma clase de Rouen; en Dijon y en Grenoble existen las Facultades de Ciencias, Letras y Derecho y la Escuela preparatoria de Medicina y Farmacología; Poitiers está en las mismas condiciones, pero tiene además agregadas las Escuelas preparatorias de Medicina y Farmacología de Limoges y de Tours; y en Rennes están las Facultades de Letras, Ciencias y Derecho y la Escuela de Medicina y Farmacología, teniendo agregadas la Escuela preparatoria de Medicina y Farmacología de Angers y la de pleno ejercicio de Nantes.

4.º Universidades con dos Facultades: Besanzon y Clermont-Ferrand. Ambas tienen las Facultades de Letras y Ciencias y la Escuela preparatoria de Medicina y Farmacología.

El personal docente se compone de Profesores titulares, Profesores adjuntos, Encargados y Maestros de conferencias. Los Profesores titulares son nombrados por el Presidente de la República sobre una doble lista de aspirantes, propuesta una por la Facultad donde existe la vacante, y otra por la Sección permanente del Consejo de Instrucción pública; para las cátedras de nueva creación el Ministro formula directamente su propuesta motivada. No pueden ser trasladados de oficio ni se les puede jubilar forzosamente antes de los setenta años; cumplidos los setenta pueden seguir enseñando y exa-

minando, previo informe del Consejo, pero su cátedra se puede declarar vacante; reciben su sueldo entero si continúan como en activo, y sólo los tres cuartos si se dedican á enseñar únicamente. Los jubilados (en reposo) pueden ser nombrados honorarios y gozan entonces de ciertos derechos.

El título de Profesor adjunto se da á propuesta del Consejo de la Facultad y con informe del Consejo de Instrucción pública á los Encargados ó Maestros de Conferencias que son doctores y se han distinguido por sus servicios; su número no puede exceder de la tercera parte de los titulares en Letras y Ciencias, y de la sexta parte en Teología, Derecho y Medicina.

Los Encargados y Maestros de Conferencias son los que en caso de vacantes, ausencias ó enfermedades de los titulares, dan los cursos oficiales, teniendo á su cargo cursos complementarios y ejercicios prácticos. En las Facultades de Ciencias y Letras, la 1.^a Sección del Comité Consultivo de Enseñanza pública examina los títulos de los aspirantes y el Ministro los nombra. En Derecho y Medicina y en las Escuelas superiores de Farmacia estos puestos están reservados á los Agregados. En el examen de agregación, que se verifica por las respectivas Facultades, y al que pueden presentarse todos los que sean Doctores en la Facultad correspondiente, la Comisión examinadora elige entre los aprobados los que necesita para cubrir las vacantes y presenta su lista á la aprobación del Ministro. Los Agregados conservan su puesto nueve años en Medicina y diez en Derecho y Farmacia, quedando luego como agregados libres sin enseñanza ni retribución, á menos de que el servicio los reclame de nuevo. En Letras y Ciencias, donde los Agregados están suprimidos desde 1878, los Encargados y Maestros de Conferencias son nombrados anualmente por el Ministro, percibiendo una retribución superior á la de los Agregados. Los cursos libres los tienen personas competentes, autorizadas al efecto por el Consejo universitario, que no concede permiso más que para un año, aunque renovable.

El sueldo de los Profesores titulares es variable. En París la primera clase percibe 15.000 francos y la segunda 12.000, en las cuatro Facultades; 8.000 y 6.500 en la Facultad de Teología, y 11.000 y 9.000 respectivamente en la de Farmacia. En provincias hay cuatro clases de 11.000, 10.000, 8.000 y 6.000 francos en las cuatro Facultades ordinarias, y tres clases de 6.500, 5.500 y 4.500 en la de Teología, y 8.500, 7.500 y 6.500 en Farmacia. Los ascensos se dan mitad por antigüedad y mitad por elección del Ministro, á propuesta del Comité consultivo. Los Decanos reciben además 3.000 francos en las cuatro Facultades de París, y 1.000 en la de Teología de París y en todas las de provincias. Los Profesores no reciben derechos de examen, habiendo tenido en compensación un aumento en sus sueldos.

Los agregados activos perciben en París 7.000 francos en la Facultad de Derecho, y 4.000 en la de Medicina y Escuela de Farmacia; en provincias 3.000 francos. Los encargados de cursos tienen en París de 1.000 á 8.000 francos, y fuera, de 1.000 á 5.500. Los Maestros de Conferencias reciben de 1.000 á 7.500 francos en París, y de 1.000 á 5.500 fuera.

LITERATURA

LA MODESTIA DE LOS LITERATOS.—Es notorio—dice Federico Loliée en la *Revue Bleue*—que de tiempo inmemorial los obreros del pensamiento tienen el flaco de creerse el centro del mundo. Los ha habido sin embargo modestísimos, al menos en apariencia y á juzgar por sus escritos, como Sócrates, San Agustín, San Antonio de Padua, San Francisco de Sales, Espinosa, Descartes, Leibnitz, Rousseau, Lesage, etc.

Pero dejemos á un lado á estos escritores y vengamos á los de nuestros días, á los que nos son más ó menos directamente conocidos, para apreciar mejor su moderación. ¿Iremos á pedir á Chateaubriand alguna lección de modestia? «Ved—nos dice en su prefacio—cómo me humillo ante Dios, ante la Natura-

leza, ante mí mismo.» Pero hay que leer entre líneas: «Ved cuán grande soy; excedo á mis contemporáneos en cien codos, y si me pongo á su nivel es sólo por no avergonzarles demasiado.» ¿Y Lamartine? Su imperturbable majestad y su afición á la lisonja recuerdan la anécdota de Royer-Collard: «Cuando se acaba de oír á Lamartine y se le felicita por su magnífico discurso, no se está seguro de que no os diga al oído: No os sorprenda eso, porque aquí, entre nosotros, yo soy el Padre Eterno.»

Nadie, sin embargo, llega á Víctor Hugo, que escribía en 1831 en el plinto de una estatua de Napoleón: «Acabar con la pluma lo que no ha podido ejecutar la espada, gobernar el mundo y no tener Waterlloo.» Vive en plena apoteosis, dando á sus palabras y á sus actos un carácter sagrado, llegando al punto de recoger los recortes y raspaduras de sus uñas, para que sirvan de fetiches á los poetas futuros; dirige al Sér Supremo carteles de desafío, y en un momento de irritación le amenaza con ir él, Hugo, á lanzarle del cielo.

¿Qué pensar de tales extremos? Pero ahí está Stendhal, que tantas veces ha empleado su ironía en ridiculizar la vanidad. La vanidad, sin embargo, le impulsa también, y él, que se burlaba de la afectación, se teñía las patillas á los cincuenta y cinco años, y llevaba tupé postizo.

Y todos son lo mismo. Cousin, dice Sainte-Beuve, está siempre subido en el Capitolio. La fatuidad de Augusto Comte y de Saint Simón, es prodigiosa. Proudhon tiene accesos de humildad fingida, menos soportables que sus salidas de orgullosa franqueza. Alfredo de Vigny creía que no había nada superior á su persona, y que la literatura francesa empezaba en él; en su discurso de recepción en la Academia, declaraba que el público había ido allí para contemplarle. Barbey d'Aurevilly, oyendo decir en un salón á un joven que no había encontrado en el mundo más que dos hombres de genio, se volvió hacia él preguntándole: «¿Quién es el otro?»

Hay que reconocer que sobre los literatos de los dos últimos

siglos ha pasado un vértigo epidémico, y que la infatuación es la nota dominante de nuestra edad intelectual. Y no hemos hablado de las mujeres, ni de Dumas hijo, para quien era una verdadera necesidad vital el recibir incienso; ni de Edmundo de Goncourt, que sudaba la vanidad por todos sus poros; ni de Gui de Maupassant, que nada hubiera perdido con repetir tantas veces que era el primer escritor de su siglo; ni de Pedro Loti, que en plena sesión académica se alababa de no haber leído nada ni aprendido nada, debiéndoselo todo á sí mismo; ni de Richepin, que es un prodigio de reclamo; ni de Verlaine, cuya reputación es más debida á su exhibición diogénica que á sus versos; ni á cierto tenebroso poeta del Norte, á quien no le parece excesivo que le pongan por encima de Shakespeare.

La exageración del personalismo se expresa de mil modos; pero la manifestación característica es el afán de autobiografiarse. Los cuadernos confidenciales y las memorias llueven de todas partes. Uno nos cuenta cómo se hizo periodista, ó cómo se casó; otro, la varia suerte de sus libros; Coppé, la historia de sus gatos; Cladel la de sus perros, y no sé quien la de sus gallinas.

En todo tiempo se ha considerado á la gente literaria muy irascible. Hoy las formas de lenguaje han perdido su antigua violencia; pero empujados por su amor propio, nuestros autores se lanzan entre sí amenidades encantadoras. «Sainte Beuve es un mendrugero»—decía Victor Cousin.—«Cousin es un lacayo»—decía Beranger.—«Si me comparáis con ese negro—decía Balzac hablando de Alejandro Dumas,—dejo la conversación.»

La palma de la irrespetuosidad se la lleva Barbey d'Aurevilly; para él no hay antiguos ni modernos que no merezcan una frase desdeñosa: «Ese tonto de Goethe», «ese bendito de La Bruyère», «ese gotoso de Le Sage», «ese patitristón de Leopardi»; así trata á las glorias consagradas, y no hay que decir cómo tratará á los demás: Julio Sandeau es para él un novelis-

ta que se ha equivocado de sexo, una suave cataplasma para los que llevan viseras verdes; Mignet, un Salvandy flaco, cuyo más claro mérito es el haber sido condiscípulo de Thiers; Thiers, la nulidad coronada; Feuillet, un sub-Musset, bueno á lo sumo para distraer almas de modistas; Cousin, un pobre bastardo de Hegel; Montalembert, un escritor pesado, incorrecto y terroso; Sacy, un vago desplumador de sílabas, lo infinitamente pequeño en lo seco; Leconte de Lisle, un tatuador de imágenes indias en la poesía; la *Revue des Deux Mondes*, un campo de nabos; la Academia, una Salpêtrière de Ministros caídos y de parlamentarios inválidos. Y así sucesivamente.

Filarete Charles no le va en zaga, aunque ha dejado sus dardos para sus *Memorias* póstumas. Los *Cuadernos* de Sainte Beuve abundan también en notas incisivas. «No estoy contento—declaraba un día—sino cuando he descubierto el lado débil ó el punto flaco de un gran hombre.» A Balzac lo coloca en lo más bajo de la literatura de pacotilla; á Cousin, le llama Fedon-Scapin, y ni siquiera perdona al buen Nodier, á quien tanto había elogiado en sus *Crónicas*; Guizot, á quien tan alto había colocado, no es más que la ligereza, la insuficiencia y la falsedad andando, y Thiers «el más espiritual de los mamarrachos». No parece sino que Sainte Beuve había dejado para sus últimas páginas todo el ahorro mental de una vida de rencor.

La fiesta es completa en el *diario* de los Goncourt. Jamás se ha visto tan al desnudo el amor propio febril del literato, aguzado por los celos del éxito del prójimo. Tenían la reputación conquistada en buena lid, y no les bastaba. Les hacía daño, aun triunfando ellos, el triunfo de los demás, y se revuelven airados contra todo lo que brilla, así se llame Edmundo About, Teófilo Gautier, Taine, Renan, ó Pablo de San Víctor. «¡Y todos somos así!»—decía Enrique Becque.

Hay que confesarlo: el egotismo violento impera en nuestras costumbres literarias. Y en verdad, el orgullo literario es inevitable; hasta puede decirse que tiene su papel obligado en

el juego de la producción. Sin las satisfacciones verdaderas ó falsas que proporciona, el trabajo de los autores en general equivaldría á un suplicio lento. Hay límites, sin embargo, que no deben traspasarse, si no se quiere caer de las alturas del amor propio que estimula y ennoblece, á los abismos del amor propio que cubre de ridículo al envidioso, empañando su gloria, si la tiene.

CRIMINOLOGIA

NUEVA TEORÍA BIOLÓGICA DEL CRIMEN.—¿Qué es el crimen? —se pregunta Max Nordau en *La Revue de París*.—Un jurisconsulto sale fácilmente del paso: «el crimen es un acto contrario á las leyes y punible». Pero el sociólogo no puede contentarse con esa definición.

El crimen es un acto humano como los demás, y lo que importa es saber en qué difiere de los demás, por qué lo comete tal individuo y no tal otro, cuál es su significación en la psicología individual y en la economía social, cuáles son sus causas ó raíces orgánicas ó exteriores. Nada de esto nos descubre la respuesta del legista, cuya precisión aparente es una ilusión. Si el crimen es un acto contrario á la ley, ¿es la ley la que hace el crimen? ¿Le da existencia un artículo del Código, y con borrar ese artículo se suprimirá el crimen? Un espíritu superficial responde que «sí» á todas estas preguntas, y los hechos parecen darle la razón. Lo que aquí es crimen, no lo es en otra parte; lo que ayer fue crimen, hoy ha dejado de serlo; negar la existencia de Dios, era ayer un crimen por el que le quemaban á uno vivo, y hoy puede servir esa blasfemia en algunos países para que le hagan á uno diputado; juzgar sin respeto á un soberano, se castiga con azotes ó con deportación en un país, y se estima como cosa lícita en otros. Todo depende de la hora y el lugar, y de ese modo el concepto del crimen se escapa de entre las manos. Por eso los anarquistas comparten ese modo de ver de los legistas, afirmando que el Código es el

que hace el crimen, y como no reconocen en el Código ningún valor moral, niegan el crimen mismo con irrefutable lógica, si se acepta la definición del crimen que suelen dar los manuales de Derecho.

El teólogo tampoco se apura por el fenómeno del crimen: para él, los hechos son buenos ó malos, según que se ajusten ó que infrinjan los textos sagrados. También aquí tenemos como base un Código, y la diferencia está en que el Código del legista es obra humana, y el del teólogo, divina. En cuanto á su etiología, también sale del paso fácilmente: el diablo, el espíritu del mal, es el que inspira al hombre los hechos contrarios á la ley de Dios.

La ética científica clasifica el crimen con lo inmoral y el mal, buscándole raíces trascendentes ó inmanentes, según sea espiritualista ó materialista. Para los evolucionistas, que hallan en el utilitarismo la explicación de todos los hechos humanos, el crimen es el acto que perjudica á la colectividad. Esta base parece algo más sólida, pero todavía es insuficiente; porque, ¿dónde está la medida cierta del bien público? ¿Sería criminal el Ministro que hiciera malas leyes? ¿Quién daría la fórmula de lo bueno y lo malo? ¿La mayoría? ¿Sería entonces criminal toda innovación? Por otra parte, ¿sería un bien la piratería y el robo, ejecutados por una sociedad como la de los filibusteros y las de los Estados berberiscos, por el solo hecho de que en aquellas sociedades se aplaudía al pirata y al ladrón? Definición como la spenceriana, que con tales enormidades tropieza, es inadmisibile.

La teoría de Lombroso es algo más aceptable: según esta teoría, el crimen es un caso de atavismo, es la reaparición en medio de nuestra civilización, de hechos que hoy son anómalos y que en el hombre primitivo eran normales. El hombre primitivo de Lombroso, reconstituído por el estudio de la historia, del niño y del salvaje, es el tipo opuesto al forjado por el bueno de Rousseau. Es una fiera que ejecuta corrientemente los mayores crímenes como cosa natural y corriente.

¿Por qué es un atávico el criminal? Para Lombroso, el criminal es un degenerado, y la degeneración implica la detención en el desarrollo; el hecho es innegable: todos los estigmas de la degeneración se encuentran en los criminales habituales, siendo raras las excepciones. No toda detención de desarrollo es necesariamente, sin embargo, un atavismo, y aquí está el punto en que se separa la nueva teoría de Max Nordau de la de Lombroso.

El feto humano es primeramente un zoósporo monocelular, después un gusano, después un organismo prevertebral, luego un organismo vertebral, etc.; cada uno de estos tipos ha sido, en determinados momentos, la más alta forma de la vida entonces existente, y si el desarrollo embriológico se detiene en una de estas fases, entonces hay atavismo; pero entre cada una de estas fases hay un período de transición, y si el desarrollo del sér se detiene en ese período, hay entonces amorfismo, formación caótica, que no es lo mismo que atavismo. Para Lombroso, la parada que hace el criminal habitual en su desenvolvimiento, es atavismo; para Max Nordau, es amorfismo.

El concepto del hombre primitivo como criminal inconsciente es indefendible: el niño tiene instintos sociales é impulsos altruistas; el salvaje es un animal gregario, y en su tribu no es ladrón ni asesino, aunque lo sea respecto al extranjero, que para él es el enemigo. El salvaje no es un criminal, ni el hombre primitivo lo ha sido tampoco. El criminal en medio de la civilización es, por el contrario, un sér antisocial, que no respeta ninguna tradición ni distingue entre los suyos y los extraños.

¿Qué es, pues, el crimen? El parasitismo humano. Todo hábito criminal es de índole parasitaria, y eso es lo que le caracteriza y le define. El parásito es el animal que vive habitualmente sobre ó dentro de otro sér vivo de distinta especie; que no puede vivir sin su involuntario hospedaje; y que, en vez de prestar servicio, perjudica á quien le sostiene. Toda vida tiene algo de parasitaria: las plantas se nutren de otras plantas ó de

animales, y los animales se alimentan de plantas y de otros animales; es pura convención llamar parásito á la lombriz solitaria y no llamar así al león, que devora á otros animales. Por necesidad de clasificación únicamente llamamos parásito al organismo explotador, que es más débil y pequeño que el explotado y se posesiona brutalmente de él.

El hombre no es naturalmente caníbal; si come á otro hombre, es á su enemigo, á quien no considera como su congénere. A medida que la civilización avanza, los hombres se organizan económicamente en una gran sociedad cooperativa y mutua, basada sobre el principio del *do ut des*. El parasitismo comienza cuando en esta sociedad aparecen hombres que quieren recibir sin dar, tratando á los demás como materia primera para satisfacer sus necesidades. Esos son los primeros criminales. El parasitismo y el crimen, por lo tanto, es un fenómeno de la civilización, y no un caso de atavismo, como Lombroso quiere.

¿Por qué los hombres se hacen parásitos? Aquí Max Nordau vuelve á coincidir con Lombroso: el parasitismo es un fenómeno de degeneración. El degenerado es un débil que trata de explotar al prójimo y vivir á su costa como un parásito, y de ahí el crimen. El degenerado es poco sensible, y á veces insensible, á las impresiones materiales; y esta anestesia tiene por corolario análoga insensibilidad moral. Tres condiciones psicológicas le llevan necesariamente al parasitismo, es decir, al crimen: su insensibilidad le hace indiferente á los disgustos y dolores que ocasiona á su prójimo; su débil capacidad de inhibición le impide contrastar sus deseos y satisfacerlos en condiciones normales; el agotamiento rápido de sus centros nerviosos le impide dedicarse á un trabajo metódico y continuo para satisfacer legítimamente sus necesidades; realizado un hecho de parasitismo, en seguida se hace en él habitual, y se convierte en criminal de costumbre.

Y no es esto privativo del hombre. Hay abejas que comienzan siendo excelentes obreras; pero llega un día de hambre y

REPTILIO A LA BIBLIOTECA DEL
ATLAS DE MANIPULACIONES

encuentran en su camino una colmena extraña guarnecida de miel, y la saquean; desde entonces están perdidas para el trabajo honrado; y convencidas de que es más cómodo robar que trabajar, prefieren lo más fácil, llegando á perder hasta sus instrumentos de trabajo, las brochitas de sus patas, con las que recogen el polen de las flores; teniendo que ser ya forzosamente criminales.

Este concepto del crimen tiene amplitud y elasticidad bastante para contener toda la rica variedad del fenómeno de que se trata, dejando al crimen su carácter natural y su puesto en el cuadro biológico de la vida. Así como la salud y la enfermedad son aspectos diversos de una sola y misma cosa, la vida, así la virtud y el crimen, son puntos extremos de una misma cadena de fenómenos, en la que entran desde los tiranos y los dictadores, hasta los rateros, acaparadores y espadachines, todos parásitos en una ú otra forma. La diferencia entre el criminal y el virtuoso es que el criminal no sabe resistir á sus deseos y pasiones; y el virtuoso tiene fuerza para dominarlas y no rebajarse al parasitismo.

El criminal es peligroso sin duda, pero es un enfermo, y como tal hay que tratarle. El criminal accidental es la víctima de una tempestad psíquica, terrible desde luego, pero inherente á la naturaleza humana. El verdadero crimen imperdonable, perfectamente evitable y que debe ser combatido sin descanso, es la explotación social, caso tipo del parasitismo humano, no por necesidad orgánica, sino por costumbre cómoda. El gran remedio de este crimen sería una organización social que hiciera la cooperación perfecta, impidiendo el abuso de la superioridad del fuerte y asegurando al débil el minimum de medios indispensables para vivir. La doctrina que tiende á la realización de este ideal es el socialismo.

IMPRESIONES Y NOTAS

LA VIDA MODERNA Y EL ARTE MODERNO. — Alberto Lamm, en la *Gesellschaft*, de Dresde, presenta con vivos colores el cuadro de la vida moderna, formada por toda clase de manifestaciones egoístas y materialistas, de todo punto reñidas con las nobles, espirituales y generosas aspiraciones del arte. El arte no puede triunfar en semejantes condiciones de vida, ni hay esperanza tampoco de un pronto cambio, pues el pueblo que dejara de vivir con el egoísmo con que hoy se vive, sería pueblo condenado á desaparecer.

¿Se deduce de aquí que el arte debe morir? Nada de eso. Frente al montón de la barbarie y de la vulgaridad, que eleva pedestales á las medianías y se deja engañar por el reclamo, está la minoría de los cultos y de los selectos, que conservan pura la tradición artística, que la rinden ferviente culto y que acabarán por redimir al arte de la abyección en que se intenta sumergirle. El arte tiene una misión que cumplir, y la cumplirá. El arte se encierra en el santuario de la gran familia intelectual y no tiene para qué preocuparse de los homenajes del vulgo ignaro.

*
* *

PRINCIPIOS DE UN PROGRAMA DE EDUCACIÓN. — Enrique Bremond dedica un artículo en la *Revue des Deux Mondes* al gran educador inglés Eduardo Thring, á cuya perseverancia incansable debe Inglaterra en gran parte la transformación de su sistema educativo.

La obra pedagógica de Thring se basa en los dos principios siguientes:

1.º Siempre hay alguna cosa que cada niño puede hacer bien, y allí es donde hay que sorprenderle, y de allí hay que partir para conducirlo al desarrollo moral, que es el fin de la vida.

2.º En un verdadero colegio es preciso que cada alumno, inteligente ó torpe, sea objeto de atención particular; un niño

del que no se ocupen más que en montón, es como si no estuviese en el Colegio.

*
* *

¿DEBE EL ESTADO SER NEUTRAL EN LA ENSEÑANZA? — Tal es la pregunta que Enrique Berr hace en la *Revue politique et parlementaire*, discutiendo las opiniones existentes sobre el monopolio, la libertad ó la neutralidad.

La neutralidad absoluta es paradógica y funesta; es algo así como una confesión de impotencia por parte del Estado, fomentando el excepticismo y abandonando el campo á las doctrinas más retrógradas, que no tardarían en imponerse. Berr opina que la libertad no es incompatible con la intervención del Estado, que puede y debe tener su doctrina en materia de enseñanza. Esta doctrina no necesita descender al detalle: la enseñanza en los liceos debe ser de carácter sintético, de modo que desarrolle en la juventud la confianza en el porvenir y la fe en la ciencia; para ello se tendrán á la vista las diversas ramas del conocimiento humano y sus leyes generales, pero sin recargar la memoria con el montón de cosas indigestas que suele formar el contenido de los programas.

*
* *

LA ESPECIFICIDAD CELULAR.—Así se titula un interesante opúsculo de L. Bard, en el que el autor—según asegura el Dr. Laupts en *L'Humanité Nouvelle* (cuya reaparición cordialmente celebramos)—sostiene con calor su teoría de la especificidad celular, que se reduce á una modificación de la conocida fórmula de Virchow; éste decía: «Omnis cellula e cellula»; y Bard dice: «Omnis cellula e cellula ejusdem naturæ»: «Toda célula procede de otra célula de la misma naturaleza.»

Desde el triunfo de las doctrinas darwinistas—dice el autor—se admite generalmente la creación progresiva de las especies por transformaciones lentas, en el transcurso de siglos y generaciones; se trabaja por hallar las especies intermedias,

y como éstas no parecen, se sale del paso diciendo que han podido desaparecer sin dejar huellas.

Con la especificidad celular absoluta y la teoría física de la vida, Bard rechaza esta filiación directa de las especies contemporáneas, sosteniendo que hay que considerarlas como unidades nuevas, complementarias unas de otras, nacidas paralelamente por las disociaciones de unidades anteriores, más complejas en potencia, menos especializadas y menos complicadas de hecho. Estas disociaciones exigen que dos especies celulares diferentes se remonten siempre á un antepasado común, pero nunca proceden una de otra, ni directamente, ni por intermediarios interpuestos; su aparición implica, por el contrario, la desaparición del generador común, puesto que la disociación de este último es la razón de ser del nacimiento de los primeros.

*
* *

LOS ASESINOS.—Así se titula una interesante novela histórica de Nevill M. Meckin, que acaba de publicarse en Londres, y cuyo argumento extractamos de la reseña del Boletín bibliográfico de la *Revista Moderna*.

El Viejo de la Montaña, jefe de la secta de los Asesinos, se ha propuesto matar al califa Saladino, que se halla en guerra con Ricardo Corazón de León y sus cruzados. Para llevar á cabo su propósito cuenta con Hassan, árabe conocedor del francés, por ser francesa su madre, suponiendo que por sus bellas prendas personales no tardaría, una vez alistado entre las tropas del Califa, en ser distinguido por éste y admitido en su guardia, lo que le daría facilidades para ejecutar el asesinato.

El Viejo de la Montaña, para conquistar la voluntad de Hassan, le participa que ha sido elegido para la muerte y que será colocado en el Paraíso si hace sin vacilar todo lo que le mande. Para darle una muestra de los goces que le esperan, le hace beber una copa de haschisch, que le sumerge en profundo y delicioso sueño, durante el cual es transporta-

do al paraíso preparado al efecto: un jardín maravilloso lleno de bellísimas esclavas—huríes para Hassan—de una de las cuales, llamada Saida, se enamora Hassan, viendo recompensado su amor con las más tiernas caricias.

Después de un día de goces inefables, Hassan vuelve á beber el haschisch y se despierta lejos del Paraíso y de la amable Saida. Entonces, sabedor de que sólo asesinando á Saladino puede volver á gozar de las pasadas delicias y encontrar á Saida, acepta las proposiciones del Viejo. En el sitio de San Juan de Acre, por los Cruzados, Hassan se distingue, y tras larga serie de sucesos, es admitido en la Guardia del Sultán. Impresionado por las virtudes y espíritu justiciero del Califa, Hassan vacila, y cuando llega el momento oportuno, le falta el corazón, y en lugar de asesinar á Saladino, se arroja á sus piés y se lo confiesa todo. El Califa le perdona y lo conserva á su lado.

La secta de los Asesinos, irritada, decide la muerte de Hassan; Saida lo sabe, y por salvarle, se ofrece ella misma á matar á Saladino, á cambio de la vida de su inolvidado amante. Aceptada la oferta, parte Saida, enviada de regalo al Sultán, y en el camino es asaltada y aprisionada su escolta por los cristianos y más tarde por los musulmanes, mandados por Hassan. Este la reconoce y se estima en el colmo de la felicidad; pero al saber que Saida está destinada á Saladino, la mira como cosa sagrada y no se atreve á tocarla. Saida entonces le explica la misión de que está encargada, y Hassan logra convencerla de que debe contárselo todo al Sultán. Así lo hacen, y Saladino premia la fidelidad de Hassan haciéndole Emir y desposándole con Saida. La venganza del Viejo de la Montaña no se hace esperar, y al día siguiente de la boda se encuentra á los dos amantes, abrazados en el lecho nupcial, con el corazón atravesado por el terrible puñal con pomo de esmeralda, signo secreto de la implacable secta.

FERNANDO ARAUJO.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

L'alcoolisme. — Discours prononcé par M. Villemaers, procureur général près la Cour d'appel de Bruxelles à l'audience solennelle de rentrée du 1^{er} Octobre 1902.

La literatura del alcoholismo es á estas horas abundantísima. No tanto, sin embargo, quizá, como la extensión y los daños de tal azote exigirían. Cuanto se haga por difundir el conocimiento de los estragos, así individuales como sociales que causa el alcohol, será siempre poco, porque son ellos muchos y muy graves.

El Fiscal del Tribunal de apelación de Bruselas, M. Villemaers, está bien persuadido de ello, y por eso ha consagrado al estudio de tal asunto su discurso de reapertura del presente año judicial, como los de los años inmediatamente anteriores los dedicó al examen de otros puntos de gran interés asimismo, á saber: los alienados criminales y la legislación belga sobre los alienados en general.

L'alcoolisme es un trabajo escrito por persona que domina el asunto. Aunque el autor no lo divide material y ostensiblemente en partes, nosotros podemos decir que abarca dos: una, la primera, en que se aducen testimonios comprobantes de la relación etiológica que existe entre el alcoholismo y la criminalidad, la locura, el suicidio, etc., y otra, más larga que la anterior, donde se da cuenta de los diferentes medios de lucha que se vienen poniendo en práctica contra el mal de referencia. Si bien Villemaers habla de varios países, de Bélgica,

como es natural, nos da mayor número de noticias que de los otros.

La opinión del autor respecto del problema se resume del siguiente modo: «No hay un remedio único contra el alcoholismo. Por radical que nos imaginemos una reforma, no se conseguirá con ella sola vencer un mal que tiene raíces en hábitos seculares y que ha gangrenado hasta la médula las fuerzas vivas de la nación. Iniciativa individual, propaganda colectiva, acción constante de las sociedades de templanza, sostenida por el auxilio moral y material de las autoridades; enseñanza del pueblo por medio de la prensa, las conferencias, el libro, el periódico; educación sobre todo de la infancia y la juventud, educación mediante la higiene, la moral, la religión; ejemplos de temperancia dados por las clases directoras, las cuales, por tener este carácter, son las clases responsables de la sociedad; mejoramiento de la suerte material del obrero, proporcionándole el bienestar de un hogar atractivo, de alojamientos salubres y soleados que le hagan olvidar el camino de la taberna; elevación de la situación moral de la mujer, dándole mayor autoridad en la familia; medidas administrativas tomadas por los poderes públicos en todos sus grados: he aquí las armas de combate que hay que esgrimir sin descanso contra el enemigo común.» Pero como estos remedios son de lentos resultados, debe intervenir desde luego el legislador, y entre las medidas que ha de tomar, M. Villemaers no conoce «ninguna más oportuna, más eficaz y más urgente que la limitación del número de despachos del alcohol y la necesidad de una autorización previa en el caso de que se pretenda abrir alguno nuevo».

P. DORADO.

INDICE

**por orden alfabético de autores de los artículos
publicados en «La España Moderna»
durante el año 1902.**

- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*El Convento de la Concepción en Toledo*. Enero, pág. 89.—*Noticias históricas de la exclaustación en Toledo, con relación á las obras de arte, las bibliotecas y los archivos*. Noviembre, pág. 121.
- ANDRÉ (Eloy L.).—*Nuestras mentiras convencionales*. Septiembre, página 93; Noviembre, pág. 63.
- ANÓNIMO.—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 202.
- ARAUJO (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 179; Febrero, página 142; Marzo, pág. 177; Abril, pág. 170; Mayo, pág. 167; Junio, página 184; Julio, pág. 176; Agosto, pág. 178; Septiembre, pág. 189; Noviembre, pág. 166; Diciembre, pág. 175.
- BECKER (Jerónimo).—*La supresión de las Órdenes religiosas en España (1813-1837)*. Septiembre, pág. 114.—*Los Concordatos españoles*. Octubre, pág. 44. *Las elecciones pontificias y el derecho de «exclusiva»*. Noviembre, pág. 85.
- BONILLA Y SAN MARTÍN (Adolfo).—*El renacimiento y su influencia literaria en España*. Febrero, pág. 84.
- BRET ARTE.—*Bloqueados por la nieve* (novela). Junio, pág. 5; Julio, página 5.—*El filón del vado del diablo* (novela). Agosto, pág. 5.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO (E.).—*La jurisdicción contencioso-administrativa*. Febrero, pág. 124.—*El ducado de Cánovas*. Abril, pág. 101.
- CASTRO (A.).—*Memorias de una dama del siglo XIV y XV (de 1363 á 1412): Doña Leonor López de Córdoba*. Julio, pág. 120; Agosto, pág. 116.
- COSTA (Joaquín).—*Un regenerador español del siglo XVII (1686-1691)*. Diciembre, pág. 87.
- COUPERUS (Luis).—*Su Majestad* (novela), conclusión. Enero, pág. 5.
- DÍAZ MIRÓN.—(J. Manuel).—*Brindis áureo*. Octubre, pág. 42.
- DORADO (Pedro).—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 201; Marzo, página 202; Mayo, pág. 202; Junio, pág. 204; Julio, pág. 202; Agosto, página 197; Octubre, pág. 205; Diciembre, pág. 203.
- DUZÁN (Juan).—*Lo invisible*. Septiembre, pág. 47.

- ELOLA (José de).—*Notas bibliográficas*. Mayo, pág. 194.
 GALLEGOS DEL CAMPO (Emilio).—*Manuel Gutiérrez Nájera*. Enero, página 65.
 GÓMEZ DE BAQUERO (E.).—*Crónica literaria*. Enero, pág. 167; Febrero, pág. 130; Marzo, pág. 166; Abril, pág. 158; Mayo, pág. 155; Junio, página 172; Julio, pág. 162; Agosto, pág. 167; Septiembre, pág. 179; Octubre, pág. 192; Noviembre, pág. 155; Diciembre, pág. 138.
 GÓMEZ MORENO (Manuel).—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 193.
 GONZÁLEZ-BLANCO (Edmundo).—*El problema religioso en España*. Enero, pág. 137; Febrero, pág. 59; Marzo, pág. 46.—*Papel de los grandes hombres en la historia*. Abril, pág. 128.—*Tendencias al individualismo en la ciencia alemana contemporánea*. Junio, pág. 107.—*Psicología religiosa del pueblo español*: Agosto, pág. 78.—*La ley del divorcio y sus inconvenientes*. Octubre, pág. 114.—*Posibilidad de una iglesia nacional*. Diciembre, pág. 56.—*Notas bibliográficas*. Abril, pág. 201; Octubre, pág. 201; Noviembre, pág. 197.
 GONZÁLEZ LORCA (E.).—*A Federico Balart*. Septiembre, pág. 45.
 HISPANUS.—*Lecturas Americanas*. Abril, pág. 138; Junio, pág. 142; Septiembre, pág. 159; Octubre, pág. 172; Diciembre, pág. 154.
 IBÁÑEZ MARÍN (José).—*La devastación en el Sur de Africa*. Julio, página 97; Agosto, pág. 134.
 IBARRA (Juan Francisco).—*Marché á estudiar...* Agosto, pág. 77.
 MARTÍNEZ RUIZ (J.).—*Impresiones españolas*. Febrero, pág. 116.
 MÉNDEZ DE CUENCA (Laura).—*Invierno*. Mayo, pág. 39.
 MOREL-FATIO (A.).—*La historia en el drama «Ruy Blas», de Víctor Hugo*. Marzo, pág. 66.
 NOE (Eugenio C.).—*Sursum*. Julio, pág. 59.
 OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Historia de los perfumes*. Marzo, página 139.—*Noticias históricas acerca de la seda*. Mayo, pág. 85.
 ORTEGA (Eduardo).—*Rima*. Septiembre, pág. 46.
 PALLARES ARTETA (Leonidas).—*Rimas*. Marzo, pág. 44.
 PARDO BAZÁN (Emilia).—*La literatura moderna en Francia*. Enero, página 69; Diciembre, pág. 39.
 PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Cuándo y quién fue el fundador del periodismo en España*. Abril, pág. 109.—*El Congreso Panamericano en Méjico*. Mayo, pág. 41; Junio, pág. 58.—*Panteón nacional de españoles ilustres*. Julio, pág. 61.—*La Guía oficial de España*. Septiembre, página 49.—*La exploración del Orinoco*. Octubre, pág. 72.—*Estudios sobre Moratín. La primera representación de «El Sí de las Niñas»*. Diciembre, pág. 103.
 PÉREZ MERINO (Nicolás).—*Un imperio que brotó de una larga decadencia*. Junio, pág. 129.
 PÉREZ VALENCIA (Enrique).—*A una desposada*. Enero, pág. 67.
 POSADA (Adolfo).—*Educación y enseñanza*. Marzo, pág. 156; Julio, página 147.—*El año sociológico (1901)*. Septiembre, pág. 136.—*Las fun-*

- ciones del Rey en el régimen constitucional y parlamentario*. Noviembre, pág. 45.—*Notas bibliográficas*. Abril, pág. 203; Julio, pág. 201; Septiembre, pág. 207; Noviembre, pág. 200.
- POTAPENKO.—*La novela de un hombre sensato* (novela). Septiembre, página 5; Octubre, pág. 5; Noviembre, pág. 5; Diciembre, pág. 5.
- REYES (Arturo).—*Nerón*. Febrero, pág. 38.
- SAMA (Manuel María).—*Notas*. Noviembre, pág. 43.
- SÁNCHEZ PÉREZ (A.).—*Dos fracasos*. Enero, pág. 119.
- SANTOS CHOCANO (José).—*El triunfo de las ciencias*. Abril, pág. 38.—*Pagana*. Diciembre, pág. 37.
- SELA (Aniceto).—*Un geógrafo español: D. Rafael Torres Campos*. Febrero, pág. 101.
- SOLER (R. I.).—*Notas bibliográficas*. Junio, pág. 207.
- SOSA (Francisco).—*Conquistadores antiguos y modernos*. Abril, pág. 59; Mayo, pág. 93.
- SUTTNER (Baronesa de).—*High-life* (novela). Febrero, pág. 5; Marzo, página 5; Abril, pág. 5; Mayo, pág. 5.
- UNAMUNO (Miguel de).—*La educación*. Febrero, pág. 42.—*Maese Pedro*. Mayo, pág. 75.
- ZANCADA (Práxedes).—*Antecedentes históricos y estado actual del problema obrero en España*. Marzo, pág. 106.
- ZEPEDA WINKFIELD (Alfonso).—*Salmo de combate*. Junio, pág. 56.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>La novela de un hombre sensato</i> (conclusión), por Potapenko.....	5
<i>Poetas americanos: Pagana</i> , por José S. Chocano.....	37
<i>La literatura moderna en Francia</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	39
<i>Posibilidad de una iglesia nacional</i> , por Edmundo González-Blanco.	56
<i>Un regenerador español del siglo XVII (1686-1691)</i> , por Joaquín Costa.....	87
<i>Estudios sobre Moratín. La primera representación de «El Sí de las Niñas»</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	103
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	138
<i>Lecturas americanas</i> , por Hispanus.....	154
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	175
<i>Nota bibliográfica</i> , por P. Dorado.....	203
<i>Índice por orden alfabético de autores</i>	205